

**q u e d a**

**e l**

**a m o r**

*CONFIDENCIAS DESDE LA TERCERA EDAD*

Antonio López Baeza

**2006 - 9**

Dedico este libro a un  
posible lector  
que podrá encontrar en estas  
páginas algo de sí mismo.

*Sepan, pues, que nada hay más alto ni más fuerte ni más sano ni más útil en nuestra vida que un buen recuerdo, sobre todo si lo tenemos de la infancia, del hogar paterno [...]. El que ha acumulado recuerdos de esta naturaleza, es hombre salvado para toda la vida. E incluso si no quedara más que un solo recuerdo bueno en nuestro corazón, puede que algún día ese recuerdo nos salve.*

F. Dostoievski  
LOS HERMANOS KARAMAZOV

## **CONTENIDO**

|  |     |
|--|-----|
| Postfacio (como prefacio) .....                                | 5   |
| Vivir la tercera edad.....                                     | 7   |
| Aprender a ser viejo .....                                     | 12  |
| Oración ante la vejez.....                                     | 15  |
| La ternura como utopía o el espíritu de nuestro tiempo .....   | 17  |
| La vida como es (en torno a la experiencia depresiva).....     | 20  |
| Llorar en la Iglesia .....                                     | 29  |
| "ruidos" en la Iglesia.....                                    | 33  |
| Confidencias poéticas (o, algo así) .....                      | 37  |
| I) ¡La transparencia, Dios, la transparencia! .....            | 37  |
| Ii) Elogio de la poesía .....                                  | 39  |
| Iii) Razón poética.....  | 40  |
| Iv) ¿Loco por la poesía?.....                                  | 41  |
| V) Ventana abierta de la poesía .....                          | 44  |
| Vi) Fe poética.....  | 46  |
| Vii) La poesía y yo .....                                      | 47  |
| La verdad del amor y el amor a la verdad.....                  | 50  |
| ¡Hermano, te amo!.....   | 56  |
| Yo soy nosotros (declaración de autoestima).....               | 57  |
| Momentos privilegiados.....                                    | 66  |
| Sin nada más que el amor (testamento espiritual) .....         | 76  |
| Mi cristianismo .....  | 87  |
| Jesús, mi poeta.....   | 96  |
| Mi Dios .....  | 110 |
| Paternidad en el celibato (para una historia abrahámica) ..... | 117 |
| Epílogo en abrazo .....  | 124 |

## POSTFACIO (COMO PREFACIO)

ESCRIBO este prólogo, que más bien es un epílogo (este prefacio que es en realidad un postfacio), en la terraza de mi vivienda que da a un Instituto de Secundaria, donde las voces chillonas de muchachos y muchachas me advierten de que la vida sigue, la vida imparabile, la vida siempre nueva y hermosa, plena de posibilidades e ilusiones, como la misma juventud que reclama mi atención.

Ellas, ellos, son las mejores antenas de esa vida siempre rica, plural e indomesticable; las más sensibles para captar las emisiones de un futuro que todavía no nos pertenece, pero que será su medio habitual y que ellos ya intuyen.

Ellos, ellas, me ayudan a comprender que es verdad: que cuando todo declina e incluso acaba, ¡queda el amor! El amor siempre necesario. El amor motor de nueva vida.

Mi amor -hoy de viejo-, permanecerá siempre en ellos, con todos: chicos, chicas, que mañana serán padres y madres de familia, profesionales en diversos campos; siempre movidos por la misma machacona necesidad de amar y ser amados. Mi amor los acompañará soterradamente, como amasado con sus alegrías y sus penas, sus éxitos y sus fracasos, sus necesidades satisfechas o por satisfacer. Pensar así me llena de incontenible gozo. Siempre revivirá mi amor donde viva la juventud.

Escribo por ellos y para ellos, aunque, tal vez, ninguno de ellos, ninguna de ellas, llegue a leer una sola página de lo aquí escrito. Pero ¡qué importa! ¡Queda el amor! El amor que ha sido el motor y la meta de toda mi escritura. La literatura como tal no cuenta. Sólo cuenta el amor.

Suena de fondo una flauta de caña, que un alumno o alumna del centro, tañe cariñosamente, unas veces con melodías populares, otras con intentos de creación personal; pero siempre, siempre, con ese temblor emocional de un corazón adolescente, que alberga las llamadas del infinito y se asoma tímidamente por cada una de las notas emitidas.

Acunado por las voces juveniles y el sonido del caramillo, levanto los ojos de la página que escribo y miro el cielo dilatado sobre mi cabeza. Es una mañana de finales de abril. Tiempo pascual. A mi derecha, la cresta horizontal y picuda de la montaña que llaman El Cobi; a mi izquierda, el morrón rosado que corona el montículo llamado El Cajal. Y entre ambos, retazos de huerta y un espacio que se dilata, invitando a la fuga, al más allá de todo lo tangible.

Queda el amor. Otro día, ya no podré mirar este paisaje hoy tan entrañable. Pero el amor con que lo miré -y lo miro ahora- sí estará vivo en él como cimientos y fortaleza; y en mis ojos resucitados se elevarán sus formas graciosas, como elementos de eterna felicidad, integrados en mi propio ser, ya inmerso en el Ser Divino.

Son éstos, escritos de la tercera edad. Hay que perdonarles sus reiteraciones, tan propias de una mente cansada y obsesiva. Y hay que pasar por alto, con benevolencia cortés, sus contradicciones e incoherencias, que, por otro lado, tan propias son en los procesos y caminos del espíritu humano, del espíritu en búsqueda.

Al escribir, ha ido desfilando por mi memoria lo mejor de mi vida; porque la memoria sabe seleccionar sus momentos más felices. Esto quiere decir que, siendo verdad todo lo que aquí se cuenta o comparte, la verdad es mucho más grande y compleja de cuanto aquí queda reflejado. Pero estoy contento de haber escrito. Los grandes contenidos de mi experiencia humana han desfilado por estas páginas. Y no porque yo pretenda que mi vida sea importante para nadie, sino porque es importante para mí, al margen de que otros puedan encontrar -o no- en ella alguna ayuda o estímulo para la suya propia.

Mi vida ha ido pasando, a través de estas páginas, del recuerdo a la palabra. Es decir, del corazón a la comunicación. Todo cuanto se recuerda es digno de ser compartido. Todo cuanto sale del corazón busca oído amante. Y todo lo que se comparte de corazón expresa amor. Queda, pues, el amor. De todo lo vivido, sufrido, soñado, creado..., solo ha valido la pena aquello que se destila como amor. Decir "Amor" es el empeño de todos los lenguajes. Pero solo alcanzan a ser verdaderamente humanos aquellos que aciertan a decir, abiertamente, AMOR.

Como el cedazo que va cerniendo impurezas, hasta dejar visible y nítida la pepita de oro, así la vida ha ido zarandeando mis experiencias temporales de todo tipo, especialmente las referentes a la fe, la amistad y la poesía, para poner de manifiesto en todas ellas el oro vivo (divino) del amor. ¡Queda el amor!

Archena, 24 - IV - 09

## VIVIR LA TERCERA EDAD

ESTOY próximo a cumplir los setenta años. Creo que es una gracia (también una conquista) de la vida. Una cima, más allá de la cual solo podemos atisbar la certeza de la muerte. Pero, sea cual fuere la duración del tiempo que me resta pasar en este mundo, estoy persuadido de que tengo el derecho (también el deber) de vivirlo lo más plenamente posible. Vivir a pleno pulmón la propia vejez, lo que significa, en primer lugar, vivirla como tal vejez, sin negar ninguna de sus carencias, ni pretender volver atrás, cosa que, además de imposible, me privaría de las bondades y ventajas que, sin duda, conlleva la ancianidad, al menos antes de que sus achaques la dominen.

Quiero y pido a todo el mundo que me dejen ser viejo. Mantener los ojos bien abiertos a todo lo que significa no ser ya joven. Que me permitan saborear a fondo lo que encierra esta última etapa de la existencia temporal. Cuanto representa la edad joven, con su bagaje de sueños y afanes de libertad, con sus ansias de amor y sus luchas por la personalidad, me lo supe muy bien en su momento. Igualmente, lo que significa ser adulto, consciente de sus propias responsabilidades, herido de continuo por inevitables tensiones, por infaustas decepciones..., también me lo he aprendido bien. Ahora quiero saber lo que es ser viejo, masticar el paso lento de los días aparentemente vacíos y adentrarme en el ameno bosque de no tener nada que hacer como obligación inmediata, para así, poder hacer lo que me resulta más placentero o conveniente para mi situación real.

\* \* \*

¡Ah, ya lo sé! Un anciano tiene como uno de sus primeros deberes, escuchar las demandas de su propio organismo, deteriorado por las posibles enfermedades sufridas, así como por el desgaste inevitable del paso del tiempo sobre la materia. Tal vez por eso, porque sé que no son demasiadas las posibilidades que me restan de disfrutar de las bondades de esta vida, reclamo para mí el derecho de gozar todavía, alguna que otra vez, del tiempo sosegado: para un paseo solitario, que me sumerge por entero en un diálogo con un paisaje de mar o de montaña, de huerta o de río; para el disfrute masticado de una música oída con el alma, más que con el cuerpo; para la lectura de un libro que me pone en comunión con valores inalienables de la existencia humana; para un encuentro de amistad, con abrazo cálido y reconfortante, con comunicación escueta y sincera; y siempre, y en todo ello, para la gran interrogante: Dios; ese Dios que no está lejos de ninguna experiencia de vida, que se esconde precisamente en lo que en cada momento vivimos, para que podamos encontrarlo en la fidelidad al momento presente.

Tengo derecho a todo ello (¿quién podrá negarlo?). Son los placeres a los que no estoy dispuesto a renunciar. Pero tengo derecho, sobre todo, ¡oídllo bien!, tengo derecho, a morir tranquilo; en paz conmigo mismo y con los demás; sin restos de antiguas ambiciones, que distorsionaron mi mirada sobre la vida y sobre el mundo; sin amarguras, desengaños y resentimientos, que quisiera ver totalmente ahogados en el océano del perdón más total y de la aceptación más generosa.

Y, cuando ya no pueda -si llegare el momento-, ni pasear en solitario, ni escuchar sosegadamente una música, ni leer disfrutando de una página, ni conversar placidamente con un amigo...; aquello que quede de mi vida no seré yo; será sólo el

despojo de una existencia apagada. Ceniza, solo ceniza de aquella hoguera de amor en que mi vida resplandeció hasta consumirse. Pero, no me tengáis lástima, ¡no!. Seré dichoso por haber sido un instante de luz y de pasión.

\* \* \*

Ser viejo es tener conciencia clarividente de que humano es sinónimo de limitado, incompleto, en proceso, en camino siempre hacia sí mismo. También ahora, en la vejez, he de seguir caminando. Caminando hacia mí mismo, que nunca me poseeré del todo antes de la muerte. Caminando igualmente hacia una comprensión mayor y más luminosa de la realidad global en que se inserta y cobra su sentido mi persona. Nada soy sin los demás, sin este mundo, su cultura, su arte, su política, sus religiones. Atento, pues, a lo que la realidad me presenta cada día, mi vejez no será una edad inútil, siempre que sepa responder a lo que la vida me pide, aunque solo me pida ya prepararme para la muerte, una muerte que habrá de ser el punto final, el punto luminoso y definitivo, que hace de mi entera existencia un texto acabado, un texto apto para ser leído. Atento a responder a lo que la vida me pida, pues la vida siempre nos pide algo, aunque solo sea la última esperanza, la sonrisa final.

Soy anciano. Esto no quiere decir que me considere un trasto inútil; pero sí que la utilidad de mi existencia actual, discurre por caminos muy distintos a los de antes. Y, ¡cuánto bien hace a mi vida el no pretender (por otro lado, imposible) discurrir por los senderos de antaño!

Soy un anciano; también me gusta decir "viejo", en cuanto que dicho término se contrapone a "joven" -lo que tiene ante sí largo porvenir-, y reconoce no tener ya el mismo tipo de futuro, los mismos contenidos de esperanza ante el mañana. Y lo soy muy gustosamente (no siempre en el mismo grado), precisamente porque estoy convencido de que "no soy un trasto inútil", aunque no pueda hacer con los demás y para los demás las mismas cosas que hacía antes. Sigo siendo una persona (¡oh, maravilla!); y, el valor absoluto de la persona no queda condicionado -y menos aún reducido- por el número de años, igual que por ninguna otra circunstancia de la historia personal de cada individuo. Como persona humana no valgo hoy menos de lo que valía ayer en plenas fuerzas.

Más aún: pienso que los muchos años vividos (o, la intensidad con que se han vivido), entregados al cultivo y defensa de la dignidad, los derechos y los valores humanos, dan precisamente a la edad madura un bagaje de ideas y sentimientos, un poso de experiencia y síntesis, que le permiten ahondar y beber en las aguas más refrescantes del sentido de la vida. Modestamente, creo que este es mi caso. Lo último que un anciano debe perder es el sentido de la vida, es decir, que la vida sigue teniendo valor, orientación, contenidos..., hasta el mismo momento de la muerte ¡y más allá de la muerte!.

Pienso que, la persona mayor que haya dejado esto de vista, se ha perdido en gran medida a sí misma, indisponiéndose para disfrutar de su vejez y dar los todavía frutos posibles.

\* \* \*



Sé muy bien que me ha tocado vivir en una época de exaltación, casi paroxismal, de todo lo juvenil, lo nuevo, lo prometedor. Pero esto no deja de ser una moda, y todas las modas pasan. Yo mismo soy, como fiel hijo de mi tiempo, un admirador enamorado de lo que es (o representa) la juventud, como edad de lo que irresistiblemente avanza, como imagen del porvenir asegurado, como frescor de las fuentes de la vida.

En algún lugar (y, tal vez, en más de una ocasión) he escrito y proclamado que yo no sé amar la vida sin los jóvenes. Cuando era joven, uno con ellos, participando de sus luchas ilusionadas y refrescándome en las aguas de sus oasis. Ahora que soy de esa llamada "tercera edad", por ellos y para ellos; para que nunca muera sobre la tierra el empuje y entusiasmo de lo nuevo. ¿Qué triunfo mayor sobre la vejez que el amor permanente a la juventud? No llora la juventud perdida más que aquel que no la sabe ver y disfrutar en la vida.

Esto quiere decir, en primer lugar, que mis setenta años vividos, no han matado en mí la capacidad moral e intelectual, pero sobre todo espiritual, de conectar con las últimas generaciones, y ellos lo saben. ¡Veo tanto bueno en los jóvenes de hoy día! ¡Espero -no principalmente para mi provecho, sino para el de la historia humana- tanto bueno de sus potencialidades de ensueño y rebeldía, de pasión y de ternura! Tal vez, mi optimismo cara a la juventud de ahora pueda parecer ingenuo o, al menos, excesivo, a más de un coetáneo. Pero yo, después de haber vivido y amado en este mundo durante casi setenta años, no concibo esperanza en un futuro mejor, si no es con ellos y por ellos, tribus nuevas de fresca sangre, roturadoras de inéditas aventuras de progreso, en la más hermosa Globalización de la intocable Dignidad Humana.

Mis sueños de una civilización basada en el amor, como eje dinamizador de toda la cultura humana y de la convivencia entre pueblos, razas y religiones, sé que serán realidad gracias a ellos. ¿Cómo no mirarlos con verdadero arrobamiento? Y, si esta actual generación de juventudes, no fuese la elegida para la odisea de un mundo en abrazo, estoy convencido de que otra lo será; pues solo los jóvenes que aman la vida y viven el amor, que rinden culto a la alegría compartida de vivir, poseen las armas adecuadas para derribar lo caduco y gastado y levantar airoas realidades de bien común.

Sí, sí, os lo otorgo, hermanos y hermanas de mi generación: los jóvenes de hoy muestran (o, al menos, así nos lo parece) poca consideración hacia nosotros, los representantes vivos de esa historia que ellos leen de luchas por el poder y guerras fratricidas; parecen no necesitarnos para nada, ni contar con el acerbo de nuestra búsqueda anterior con sus pequeños o grandes hallazgos, ¡como si partieran de cero!...; sí, os lo concedo. Pero, me otorgaréis vosotros a mí, hermanos, que, nos sigan más o menos de cerca, acepten o no nuestras síntesis culturales y espirituales, ¡son nuestros hijos generacionales!; no se han hecho ellos a sí mismos, sino que son el resultado de lo que nosotros fuimos capaces de sembrar en los surcos del futuro en los que ellos han florecido como plantel de muchos viejos sudores. Y porque siempre intenté (los fallos no faltaron, ¡por supuesto!) luchar para abrir a la humanidad histórica horizontes de paz y de fraternidad, de bien común y de abrazo universal..., tengo fe en la semilla depositada y en el fruto que habrá de ser cosecha en los brazos y en los corazones de las generaciones advenientes. Son mis hijos y mis nietos, y no puedo dejar de amarlos con admiración y esperanza. Por demás ¿no es cierto que muchas de las cosas que menos nos gustan en los jóvenes de hoy son el resultado de lo que nosotros hicimos ayer?

\* \* \*

Creo que he llegado a viejo para poder así admirar más y mejor lo que es la juventud y cómo son los jóvenes concretos que nos rodean. Y sé que los necesito. Sé también que ellos me necesitan, aunque tal vez no tengan tiempo para reconocerlo. En esto les llevo ventaja: en mi actitud de admiración y entusiasmo hacia ellos. Yo dispongo de mucho más tiempo que ellos -tan ocupados siempre-, para contemplar la vida con sus claros y oscuros, sus llamadas del presente y sus destellos de futuro. Yo dispongo, en mi retiro de jubilación, de espacio y tiempo para extraer lecciones oportunas de un pasado reciente (que fue nuestro) y de su entramado con el presente y sus luchas por la vida (que ya es el de ellos)

Amo a los jóvenes, sean como sean, actúen como actúen, y no puedo dejar de amarlos porque en ellos amo la juventud de todos los tiempos, incluida la mía, incluida la de Dios, el Eternamente Joven. El día en que dejara de amar a los jóvenes se perdería en mi espíritu toda noción de audacia, de creatividad, de libertad, de entusiasmo, de belleza, ¡de amor, en definitiva! Y no es que esas cualidades pertenezcan en exclusiva a las gentes de edad temprana, ¡qué va!; sino que ellas las actualizan en cada paso del proceso histórico, para que nunca dejen de ser patrimonio de la humanidad en marcha.

Tampoco me parece que sea fácil ser joven hoy, aunque, afortunadamente, la naturaleza ha dotado al espíritu juvenil de una especial capacidad de sorprenderse y de atreverse, de vivir abierto y sin temor a lo desconocido, que le permite afrontar el riesgo imprescindible para escalar nuevas cimas de felicidad y de convivencia entre humanos. ¿Qué alma joven no se ha visto a sí misma, siquiera en sueños, explorando las entrañas de la tierra, participante de una aventura espeleológica, o, bajo otro aspecto igualmente deportivo y aventurero, ascendiendo a una cumbre nunca hollada antes, desde la que vislumbrar horizontes destellantes de novedad imprevisible? Y, en definitiva, qué es ser joven, sino albergar la apasionante ilusión de penetrar por primera vez en un seno virgen, o descubrirse a sí mismo encumbrado en el vértigo de una cima que se me rinde?

Soy anciano. De ello comencé hablando en esta página, para terminar haciéndolo de la juventud, de los jóvenes (¡qué extraña metamorfosis, ¿no?!); para terminar reconociendo que, vale la pena haber llegado a cumplir cierto número, más o menos elevado, de años, si ello significa saber mirar a esos jóvenes que avanzan con todo el arrojo y la audacia de lo que busca expandirse por su propio dinamismo interno, y toda la gracia extática de los radiantes y prometedores amaneceres que bullen en sus hirvientes venas.

Porque los jóvenes siempre serán eso: coraje, embestida, anunciación...; aunque resulten no pocas veces víctimas de falsas concepciones de la vida (que otros desde el poder les imponen), o ellos mismos se empeñen en negar que son todo eso. Los jóvenes, la juventud, siempre mantendrá en alto, de una manera u otra, para bien de todos, la bandera de la vida como búsqueda y como don de sí mismo. Un joven que no tiene ansias de darse, es un viejo con pocos años que pesan mucho sobre sus espaldas. Y, la sincera actitud de búsqueda, convierte en joven y radiante el alma más arrugada por el paso (peso) del tiempo.

Desde la torre de vigía de mi ancianidad, os miro a vosotros, los jóvenes, moviéndooos con tanta agilidad y sutileza (a veces, también, con incertidumbre o pesadez) en las mil y una direcciones del campo de la actividad humana. Os miro casi tanto como al Dios de Jesús, que es el que me ha enseñado a contemplar todo lo "otro", como signo de su Presencia vivificadora, restallante del Amor que nos salva. Os miro y os admiro como algo tan mío, como tan mía es la fe que me hace saber que ninguna vida es inútil, y ningún esfuerzo o sacrificio a favor de la grandeza y dignidad humanas, deja de tener asegurada su cosecha de Vida en Plenitud.

Mas, si algo queréis retener -hacer vuestro- de este viejo que tanto os valora, retened, por favor, tan sólo, mi forma de abrazar; mi abrazo, tan abierto a todos como cerrado (apretado) sobre cada uno; mi más incommovible certeza de que vale más abrazar lo "otro" , abrazar al "Otro", que levantar fronteras (del tipo que fueren) para defender lo mío.

Nada nos abre más al Infinito como un abrazo. Abrazad siempre y de todo corazón. Abrazad con un abrazo abierto, para dar y recibir lo mejor que cada uno llevamos dentro. Abrazad sin reticencias, hasta permitir que el calor de los dos cuerpos enlazados, de todos los cuerpos fundidos en un mismo sentimiento de gratitud y de gozo, de entusiasmo y de abandono..., os revele que la vida es abrazo, que el universo es abrazo, que Dios es el Abrazo que no cesa de buscarnos, para volcar en cada uno de nosotros, nacidos de una efusión de su Amor divino, toda su Gracia y su Gloria; toda esa dicha sin fondo que cada abrazo preconiza.

¿Puede considerarse "un trasto inútil", un ser arrinconado, un estorbo para los demás, un viejo sin futuro..., aquel, aquella, que lleva en todo su ser grabadas la fuerza y la ternura de un abrazo invencible?

## **APRENDER A SER VIEJO**

APRENDER a ser viejo, no resulta nada fácil, pero sí una aventura de las más apasionantes de la experiencia humana, sobre todo en la época que nos ha tocado vivir, en que se prolonga la edad de las personas, a la vez que se intenta “aislarlas” lo más posible de la marcha de la vida activa.

Aprender a ser viejo, es tarea de toda una vida (aunque uno muera joven); y, nunca es demasiado pronto para ponerse manos a la obra (ni demasiado tarde, tampoco)

Aprender a ser viejo, es aprender a ser fiel a uno mismo, en cada una de las circunstancias en que nos vaya situando la existencia, y a través de cada una de las etapas por las que hemos de pasar antes de que la muerte nos separe de esta forma de vida que llamamos temporal o transitoria. Es indudable que uno sabrá ser mejor viejo, cuanto mejor haya sabido ser joven o adulto a su tiempo, cuanto mejor haya sabido integrar los momentos menos agradables en una esfera de valores y sentido.

Aprender a ser viejo, es, no renunciar a ser persona cuando, los muchos años cumplidos, y los achaques limitadores parecen querer quitarle su valor al hecho de estar vivo, de seguir participando en la existencia. Una vida humana siempre es vida y siempre es humana, prescindiendo de todas las connotaciones de salud, fuerza, belleza, ocupaciones..., que puedan pretender alterar su inalienable ínsita grandeza.

Aprender a ser viejo, es respetarse y valorarse uno a sí mismo, precisamente en cuanto que "viejo". Es, no querer aparentar en nada ser joven, ni actuar como lo hacen hoy los jóvenes. Es, no pretender que los demás estén pendientes de mí, cual si exigiera que me pagaran lo que antes hice yo por ellos. Es, no hacer de mis muchos años cumplidos - experiencia y veteranía, decimos-, un pedestal de poder ni de prestigio, para situarme en nada por encima de los otros, los todavía no viejos, lo que aún no han adquirido la experiencia que a ti te ha hecho “viejo”.

Aprender a ser viejo, es también, no renunciar a tener alguna forma de misión en la vida, aunque dicha misión consista sólo (o, principalmente) en aplaudir los éxitos y gestas de las nuevas generaciones (¡tan alejadas en tantos aspectos de los gustos, criterios, objetivos e ideales que movieron a mi generación!).

Aprender a ser viejo, aprender a compartir con los demás lo que cada etapa histórica conlleva de más genuino e irrenunciable, es tener, más o menos preparada, una síntesis del propio pensamiento, una sabiduría de vivir elaborada a base de todas las vivencias personales, con sus mieles y amarguras, con sus éxitos y fracasos, con el realismo sincero y humilde de quien sabe que, nada madura más y mejor a la persona, que la búsqueda apasionada, la oscura renuncia y la firme constancia (saber volver a empezar, una y mil veces -cuantas fuere necesario-, cada vez que se oscurece el horizonte y se desvanecen las ilusiones).

Aprender a ser viejo, es mirar, lo ya pasado con esperanza; lo que pueda venir del futuro con confianza; y, lo que tengo ante mí en el presente, con acción de gracias. La esperanza, sí, de que los errores del pasado no fueron tan dañinos (ni, posiblemente, tan errores) como solemos tender a juzgar en la memoria. En todos los errores que pudimos

cometer en el pasado, se esconde, sin duda, una siembra de buena voluntad, (pues queríamos hacer el bien que no sabíamos, y hacíamos a veces el mal que no queríamos) que la Gracia divina incrementará en cosecha de bien para nuestros hermanos y los que vienen detrás. ¿Por qué esa tendencia a ser tan duro con los propios límites y debilidades?

La confianza de que, venga lo que venga, no estaré sólo para hacerle frente; y también me traerá, aunque sea la muerte misma, su parte de lección sobre la vida. ¿No será el momento de morir uno de los más luminosos sobre el valor de conjunto de nuestra existencia temporal?

Y la acción de gracias de reconocer que todo lo bueno que he vivido de aquí atrás, no desapareció al pasar: permanece en mí como sabiduría de la vida, como riqueza de mi propia personalidad, como sensibilidad que me capacita a gozar más de los bienes presentes. ¿No se puede comparar la vejez con un panal reventante del jugo de muchas flores (dulces y amargas) gustadas en el trabajo, la lucha y el amor de los años trajinantes?

Aprender a ser viejo es saber que, si bien es poco el tiempo que nos resta que estar en este mundo, es porque la eternidad me está llamando, con aquella plenitud de libertad, gozo y comunión, que el tiempo no nos puede dar, ya que todo en él es efímero, transitorio. Es saber que, si hoy ya no puedo hacer lo que hacía ayer, es para que llegue a descubrir que hoy puedo hacer otras cosas que ayer no podía; para que pueda amar más serenamente, pensar más calladamente, admirar más rendidamente; para que pueda descubrir que, la soledad del alma de un anciano, es un campo ubérrimo en el que no dejan de dar fruto las semillas de todas las mejores siembras del pasado.

¡Aprender a ser viejo... Tarea nada fácil, pero a todos ofrecida, para todos necesaria, cuando llega la disminución, las pasividades, que nos obligan a ver la vida en su conjunto, como un *todo* armónico -un *corpus* existencial indesmembrable, porque cada parte contiene en sí misma el *todo*, y el *todo* se manifiesta en cada parte-, provisto de valores inalienables y de un destino único, a la vez que compartido.

Cuando llega la disminución, física o mental, hay que amarla, no sólo soportarla; recibirla como la última oportunidad para darse y decirse uno en el mundo; dar razón de que, la etapa final de nuestra existencia en la tierra, no supone la abolición de los valores que hicieron hermosa la juventud, sino su cumplimiento en madurez y entrega.

Si en mi vejez no persiste lo mejor de mi infancia, de mi juventud y de mi edad madura..., será que nunca fui verdaderamente joven ni niño; será que no supe escuchar y secundar las llamadas de las profundidades de la existencia, y, por eso mismo, tampoco ahora llego, en mi vejez, a ser un viviente enamorado de la vida!

Para los creyentes en el Dios de la Creación -el Dios Personal que nos hace a su Imagen para poder relacionarse con cada uno de nosotros- aprender a ser viejo, es dar testimonio, cálido y cercano, de que la vida, que de Dios viene y a Dios va, no es una sustancia que se pueda fragmentar en etapas superpuestas, como componentes o estratos separables (prenatalidad, infancia, adolescencia, juventud, madurez, senectud), sino una magnífica unidad, una conciencia de ser yo mismo, que hace de cada uno de nosotros, un ser único e irrepetible, pleno de riquezas a disfrutar y compartir con los demás, a su

paso por este mundo, sea cual fuere la edad (o circunstancias) en que cada uno se encuentra.

¿No es Dios, también, *el Anciano de días*, a la vez que *el Eternamente Joven*?

Aprender a ser viejo... Aprender a morir, día a día, sin haber perdido un ápice de ilusión... Aprender a darlo todo, todo, sin pretender quedarse con nada, nada, es el mayor aprendizaje de una vida de amor, una vida que sabe que lo es porque se ha recibido a sí misma de muchas formas anteriores de muerte. Nadie aprende a vivir sin haber muerto muchas veces. La etapa última de nuestra existencia temporal está llena de ocasiones de tal aprendizaje.

Para los creyentes en el Dios Amigo de la Vida, cualquier edad cumplida, cualquier número de años contados, es el momento de empezar a vivir. Mi vida es nueva, recién estrenada, cada vez que decido vivirla con responsabilidad ante sus desafíos.

Aprender a ser viejo... Contar años, como quien cuenta razones para la alegría y la confianza en el futuro. Como quien pasa y repasa las cuentas de su rosario íntimo, el que ensarta los infinitos motivos de su conciencia agradecida y de su esperanza siempre en flor.

El verdadero anciano, el anciano maduro, es aquel que sabe esperar la muerte y abrazarse a ella dando gracias por su entera vida.

## ORACIÓN ANTE LA VEJEZ

CUANDO vamos sintiendo disminuir nuestras fuerzas de todo tipo, y la pasividad es la fuerza mayor que nos asiste... ¡cómo necesito, Señor, recordar que, todo cuanto he sido en el tiempo, y lo que soy eternamente en tu presencia, lo sigo siendo también en este preciso momento de mi decrepitud!

Porque, bien visto, Señor, yo sólo soy mi entrega al presente. Sólo soy mi debilidad, debidamente aceptada y generosamente entregada a lo que la vida me pide en cada momento. Sólo soy -y sólo he sido siempre- la fuerza del amor con que me acepto a mí mismo, criatura saliendo cada instante, nueva, recién hecha, de tus manos amorosas, Padre y Creador mío.

Cuando decaen nuestras fuerzas, y, hasta en tantos sentidos, parece que se pierden para siempre -¿siempre?-, yo puedo saber, si creo en ti, Señor, que sólo se pierde lo que no se ha dado en gratuidad; que sólo se pierde, lo que no ha llegado a resultar material válido para la construcción de tu Reino Universal y Eterno en este Mundo.

Y que, las pérdidas mismas que experimento, día a día más agudizadas, ya en mi cuerpo, ya en mi mente, ya en mis capacidades de todo tipo..., ¡no disminuyen en nada la creatividad del amor!: esa fuerza de amar más y mejor; de amar a todos sin distinciones ni exclusividades; de amar sin afanes de posesividad ni protagonismos; como quien ha descubierto que la muerte -y la vejez, que la prepara y anuncia- es el abrazo más total a la vida, la que existía antes de que yo viniera a ella, y la que ha de seguir existiendo, indefinidamente, fecundada, enriquecida sin duda, más hermosa en algún aspecto, gracias a mi propia entrega de amor, mi entrega más desnuda, la más humilde y sincera, en la aceptación total y gozosa de mi vejez y de mi muerte.

Cuando las fuerzas corporales van disminuyendo, no por ello disminuye (por el contrario, se acrecienta) la conciencia de que esta vida que me precede y en la que participo, ¡es más grande y poderosa que yo! Que la vida se me ha dado, y sólo me pertenece como don que hago crecer en el intercambio amoroso con otras vidas.

Dame, pues, Señor, amar la vida -mi vida real, en todas sus circunstancias-, a fin de que pueda amarlo todo -¡y en todo a ti!-, sin negarme a nada de cuanto me presente la vida -¡y menos a la muerte!- y de cuanto la vida me pida. Cuando la vida nos pide aceptar la muerte, no es menos vida, ni nos está pidiendo nada que no esté contenido en ella. ¡La vida sigue siendo más grande que todas las muertes vividas, pues la muerte pertenece a la vida, y no al contrario!

Cuando estamos ciertos de que se acerca nuestra muerte, porque sentimos disminuir nuestras fuerzas y aumentar, a su vez, todas nuestras debilidades, ¡cómo necesitamos, Señor, no olvidar que tu Amor nos acompaña con toda su Fuerza y su Gracia, en el corazón mismo de todas nuestras flaquezas!

Nuestra muerte, ¿no es la última y mayor gracia que nos concedes, como oportunidad máxima, para confiar y entregarnos a ti? Al aceptar mi muerte, acepto y agradezco todos los dones de que ha estado enriquecida mi existencia. Y me pongo en tus manos, donde tu Voluntad de bien para conmigo alcanza su más total expresión.

Por todo ello, yo, que siempre he querido ser libre en esta vida, sin lograrlo nunca del todo, presiento, Señor, que Tú me preparas mi más augusta libertad en tus brazos con mi óbito de este mundo. ¡Tus brazos de Padre, hogar de la definitiva libertad para todos los sedientos de paz y de justicia, para todos los amantes con entrañas desgarradas! Espero, pues, de ti, esa libertad de no volver a hacer el mal que no quiero; de no hacer daño con las aristas de mi existencia a las existencias de otros hermanos. ¡Gran libertad esta de estar sólo disponible para el bien!

Es ahora, cuando me he acostumbrado a pensar serena y lúcidamente en mi propia muerte (que no puede estar muy lejos), y en la de tantos seres amados y vivencias enriquecedoras del tiempo pasado o presente, cuando te repito, sin sombra de duda ni de temor aquello de: *Vuestro soy, para vos nació: ¿qué queréis, Señor de mí? Dadme muerte o dadme vida, dad salud o enfermedad..., que a todo diré que sí. ¿Qué queréis, Señor, de mí?*, tal y como desde mi juventud, Tú lo sabes, he gustado repetir más con el corazón que con los labios. O, aquello otro del místico fundador: *Tomad, Señor, y recibir, toda mi libertad... ¡dadme vuestro Amor y Gracia, que esto me basta!*, que tanto bien me ha hecho en momentos menos fáciles de mi seguimiento de Jesús. Como también, Señor, la inestimable joya espiritual que nos dejara el Hermano Charles de Foucauld, en su Oración del Abandono: *Haz de mí lo que quieras. Lo que hagas de mí te lo agradezco. Estoy dispuesto a todo. Lo acepto todo. Porque te amo. Porque Tú eres mi Padre.* Tal intensidad de amor hacia ti, de confianza en ti y de aceptación gozosa de tu Voluntad amante, Dios mío, ha sido durante años y años el agua reconfortante para mí del pozo manante de tu Misericordia.

Te suplico, Padre amoroso, me permitas rezar alguna de estas oraciones, de alguna manera, en el momento de mi salida de este mundo. Quiero que mi muerte no contenga un ápice de rebeldía, sino muy al contrario, el dulce y tierno

*quedéme y olvidéme,  
el rostro recliné sobre el Amado;  
cesó todo, y dejéme,  
dejando mi cuidado  
entre las azucenas olvidado.*



## LA TERNURA COMO UTOPIA O EL ESPÍRITU DE NUESTRO TIEMPO

CON frecuencia oímos hablar del "espíritu de nuestro tiempo".

Pero nuestro tiempo ¿tiene "espíritu"? ¿No vivimos más bien en el tiempo de la técnica, la física, las matemáticas..., que algunos han denominado, incluso, "del materialismo"?

¿Acaso el siglo que acabamos de dejar, no ha sido un siglo sin entrañas para miles y millones de personas que han perecido de hambre, bajo la guerra, o entre las alambradas y cámaras de exterminio masivo?

¿No hemos conocido y sido víctimas a nivel mundial de regímenes políticos cuya garra infernal destrozó vidas, corazones, conciencias, cultura y espiritualidad, a lo largo y ancho de nuestro planeta?

¿Acaso podemos negar que los mismos grandes y acelerados cambios surgidos de la ciencia y técnica modernas (junto con el crecimiento demográfico), han propiciado un consumo desahogado de materias primas (en manos de pocos), que pone en peligro la habitabilidad de nuestro mundo y la justa distribución e sus bienes?

¿Permite este panorama seguir hablado de un posible espíritu de nuestro tiempo?

\* \* \*

Espíritu, ¿no significa altura y profundidad? Espíritu, ¿no denota gracia y comunicación, solidaridad y fidelidad a todo lo humano?

Cuando hablamos del "espíritu de nuestro tiempo", ¿a qué nos referimos, en concreto? ¿Tiene cada tiempo, cada época, cada momento histórico, su espíritu propio, claro e inconfundible? Y, si así es, ¿tiene algo que ver el espíritu de una época con el de las que la han precedido y han de seguirla? ¿Qué es, en realidad, el espíritu de un tiempo determinado, para que podamos referirnos a él como algo objetivo, experimentable?

¿Es posible vivir en este nuestro tiempo -en cada tiempo nuestro-, con el espíritu de otro tiempo anterior (o incluso futuro)? ¿Es posible ser miembro vivo de una generación histórica y no participar en el espíritu que la caracteriza y hace de ella una etapa-eslabón con otras etapas inmediatas de la historia, de las que se distingue precisamente por "su" espíritu?

Estas y otras muchas preguntas, serían posibles, porque tanto el sustantivo "espíritu" que hace de sujeto, como el de "tiempo" que hace de genitivo apropiativo en nuestro enunciado, revisten caracteres de tan intensa complejidad, ya cada uno por separado que, al unirse ambos en la misma proposición, nos abocan al misterio, es decir, a la profundidad insondable del ser y del existir, en su mutua relación de autenticidad, y en la búsqueda de la felicidad, a la que no puede renunciar época alguna de la vida humana, para ser de verdad "humana". Buscar la felicidad para todos, resulta la mejor manera de encontrar la propia.

\* \* \*

Si "espíritu" hace referencia siempre a la profundidad de las cosas, "tiempo" es aquí, afectado por el espíritu a que se dirige, y tratándose de una experiencia humana, vocación irrenunciable de felicidad en la libertad. (Sin ambas dimensiones -felicidad y libertad- no es posible hablar de lo auténticamente humano). Mas, ¿qué interés puede guardar la Utopía para mujeres y hombres en su existencia ordinaria (en "nuestro tiempo"), si no es la de prometer y garantizar esa felicidad a la que no pueden dejar de aspirar?

Así, pues, cuando hablamos del espíritu de una época concreta, estamos hablando de la forma y medios que esa época despliega para hacer posible la felicidad en la libertad para muchos de sus con generacionales. Felicidad que solo es posible cuando cada época se emplea a fondo en hacer crecer la vida, a partir de la vida misma recibida de generaciones anteriores. ¿Será, entonces, que el espíritu de un tiempo -el nuestro, por ejemplo-, tenga como primera e irrenunciable característica la de reconocer -valorar, agradecer- el grado y nivel de vida recibida de los tiempos que nos precedieron, y del esfuerzo de quienes los hicieron posibles, para seguir haciendo crecer todo lo auténticamente humano que se nos ha transmitido?

Es innegable que nuestro tiempo, de tan sombrío mapa en guerras, violencias, genocidios, negación y atropello por el poder fáctico de los Derechos Humanos, es también, y paradójicamente, la época de la Declaración Universal de los mismos Derechos Humanos, la época de la antimateria y de un nuevo lugar privilegiado en el pensamiento para el corazón del hombre, la época de la sutil valoración de lo pequeño y del vacío, la época, en suma, de una nueva conciencia ecológica y una imperiosa llamada a la plena integración de la mujer en los mecanismos sociales, culturales y de poder. Valores que son líneas fuerza y vectores orientativos de la irrenunciable Utopía.

Basta con tener un oído medianamente afinado para la música, para percibir de inmediato que, en numerosos acontecimientos, análisis y declaraciones de nuestro tiempo, podemos escuchar las melodías más bellas y sutiles, entretejidas, sí, con numerosos estruendos y desarmonías que no logran sofocarlas. La melodía de la No-violencia y del desarme plurilateral; la del abrazo planetario, que pretende humanizar la pretendida Globalización; la del Ecumenismo y diálogo interreligioso, que lleva en sí la semilla de la paz entre todas las religiones de la tierra; la del diálogo por encima de toda condena, ruptura, descalificación, hegemonía... Sí; basta con sentir el ritmo de los latidos del corazón de nuestro tiempo, para saber que nuestra historia está preñada de canciones de amor más que de guerra, de miradas de ternura más que de odio, de abrazos de Fraternidad que derriban todos los muros y fronteras entre razas, culturas, ideas y religiones.

\* \* \*

No hay espíritu de un tiempo fuera del agradecimiento a los tiempos anteriores, fuera del cultivo de todos los valores -más o menos evolucionados- que ellos nos legaron. En el amor a la herencia cultural y espiritual de las épocas que nos precedieron, y en el afán de transmitir al futuro, hechos nuevos, revitalizados en su capacidad de hacer más hermosa -por más humana- la vida para todos: ¡ahí tenemos el espíritu de nuestro

tiempo, el espíritu que reconoce todo don como tarea, toda gracia recibida del pasado como nuevas oportunidades del presente, de gozo en la libertad, de paz en el abrazo, de siembra en la gratuidad; a fin de que nuestro tiempo entregue a los tiempos venideros una tierra más de hermanos, un universo más respetado y contemplado como casa de todos, como fuente prístina de la vida en su integridad, y una existencia más fundada en la defensa de la inviolable dignidad, derechos y valores, que nos hacen ser a unos semejantes a los otros en las diferencias (más semejantes, precisamente, cuanto más diferentes) que nos enriquecen!

El espíritu de nuestro tiempo (y el espíritu de todos los tiempos), ¿no será el de la humilde Utopía, que no renuncia a señalarnos (pero sólo a señalarnos) un lugar que está más allá de todo lugar, pero al que ninguna generación puede dejar de aspirar, so pena de hacerse a sí misma estéril en la transmisión de lo mejor que ha recibido? ¿No será la Utopía la única garantía de que cada generación cultive lo mejor de su momento presente, aquello que hierve con fuerza y pujanza en las entrañas de las nuevas generaciones, y así haga avanzar la Historia hacia metas de plenitud en Humanidad?

No lo olvidemos: si la Utopía no tiene lugar propio en el espacio conmensurable, es porque su lugar exacto está en el corazón humano. Desde ahí, quiere saltar a todas las realidades de la vida, a fin de enriquecerla con su Confianza radical y sus Ensueños de bondades y bellezas eternas y universalmente compartidas.

En el Espíritu de Nuestro Tiempo, os exhorto, hermanos, a no renunciar a la Utopía, la pequeña Utopía, la nada-poderosa-Utopía; la que quiere enseñarnos que, lo único verdaderamente digno, lo único que salva al hombre, individual y colectivamente considerado, es el amor como servicio; es el servicio como entrega de la propia vida; es la entrega de la propia vida a fondo perdido, porque, en el fondo perdido de la Humanidad Histórica, se encuentran:

la Fe, que hace avanzar la vida, hacia sus verdaderas metas, aún en medio de todos los retrocesos; la Esperanza, que nos impide conformarnos con lo menos, cuando es mucho más lo que se nos promete como vida realizada, poseída, disfrutada, y que sólo se frustra en la desesperanza; y, la Caridad (que tiene la misma raíz semántica de Carne), y no cesa de llamar, a quienes tienen oídos utópicos, al banquete de la Ternura inquebrantable: ¡la Ternura!, que es la fuerza que hace nuevas -¡y para todos!- todas las cosas.

¿No será la Ternura, la Ternura como Utopía, el verdadero Espíritu de nuestro Tiempo?

¡Por favor: sea utópico, si no quiere ser anacrónico!

## LA VIDA COMO ES (EN TORNO A LA EXPERIENCIA DEPRESIVA)

*La vida, tal como es, no resulta soportable a los hombres más que por la mentira. Quienes rechazan la mentira y, sin rebelarse contra el destino, prefieren saber que la vida es intolerable, acaban por recibir desde fuera, desde un lugar situado fuera del tiempo, algo que permite aceptar la vida como es* (Simone Weil, **PENSAMIENTOS DESORDENADOS ACERCA DEL AMOR A DIOS**)

ESTE PENSAMIENTO de Simone Weil que acabo de releer (siguiendo mi costumbre de comenzar releendo -regustando- cada día, los párrafos subrayados de la lectura del día anterior), me produce gran conmoción interior, como si estuviese escrito para mí y para este momento preciso de mi vida. Como si de una iluminación se tratase en medio de la noche.

Ayer mismo fui a consultar a mi médico de cabecera sobre este estado general que me acompaña, ya largos meses, y que se caracteriza por un cansancio físico superior, sin duda, al esfuerzo desarrollado; así como por una profunda tristeza (¿melancolía?) que me habita como formando parte de la estructura más íntima de mi alma. Todo ello acompañado de un sueño ligero, corto, que me proporciona largas horas de la madrugada en blanco (muy útiles, por otro lado, para la oración y las divagaciones poéticas).

Preciso es decir que, si fui al médico por estos motivos, lo hice bajo la insistencia de tres compañeros y una buena amiga, con los que compartí esta situación, no del todo normal, y que unos y otra juzgaron tratarse de algo que podría remediarse fácilmente con la medicina. Y acertaron en el diagnóstico. Lo mismo que ellos habían insinuado, confirmó el médico (la médico, pues de una doctora se trataba, atenta ella y con un buen talante profesional): es una suave depresión. ¡Y yo que siempre me había creído libre de tal posibilidad! ¿No es la depresión una pérdida de energía vital, de amor suficiente a la vida real y de confianza en sí mismo, habiéndose perdido el coeficiente mínimo indispensable de autoestima? ¿O, tal vez, una mezcla confusa y desordenada de todo ello? Eso pensaba yo; pero, por lo visto, la depresión debe ser otra cosa. "Nada grave", me dijo la doctora; y añadió: "esto se lo vamos a quitar".

\* \* \*

Lo primero que se me ocurrió ante tal diagnóstico fue: bueno, ya tengo un motivo más para sentirme un ciudadano "normal" de mi mundo, solidario con tantos hermanos, mujeres y hombres, que sufren hoy el azote de la depresión. Tal vez mi experiencia de la misma me vaya a permitir poder acompañar desde la fe (al menos, comprender mejor) a personas concretas que viven bajo las garras de uno de los males más comunes de nuestra época.

...Y me recetó un antidepresivo; uno de esos medicamentos cuyo prospecto (mejor no leerlo) anuncia (¿denuncia?) más desastres que beneficios. Al menos, así me lo pareció.

Entré en profunda reflexión. Me di cuenta de que aquel medicamento intentaba atacar a las consecuencias de un estado general de ánimo, de una experiencia vital seria y consciente, de un conjunto de nobles (aunque penosos) sentimientos, modificando físicamente algún funcionamiento orgánico, pero sin poder alguno para combatir las causas reales de mi llamada "depresión". ¿Qué conseguiría de decidirme a tomar -¡durante seis meses!- dicho medicamento? Se me hizo evidente: bien poco; tal vez, nada. Mi mal es más del alma que del cuerpo. Sí, sí, ya sé que ambos funcionan muy de acuerdo entre sí; y que, mejorando el uno, se mejora automáticamente el otro. *Mens sana in corpore sano*, sin duda; pero, ¿por qué no buscar también la salud del cuerpo en la mente, en el espíritu, en *un alma en su almarío*; es decir, en una vida vivida con sentido: plena aceptación de la realidad, la que no está a nuestro alcance cambiar ni modificar, al menos de una forma substancial?

Si los ácidos, hormonas, vitaminas y demás sustancias que hacen funcionar mi cerebro y mi sistema nervioso en general, están suficientemente equilibrados, sabemos que el funcionamiento psicofisiológico es mejor y hasta puede ser óptimo. Pero yo he sabido que hay algo más profundo y substancial en la experiencia de estar vivo, de ser viviente en cuerpo y alma; algo que puede, incluso, modificar para bien las puntuales carencias y deficiencias psicosomáticas, hasta hacer de ellas un trampolín hacia valores de mayor gozo y fecundidad existenciales.

El conocimiento intenso del fenómeno psíquico llamado "depresión", así como la inteligencia íntima de cómo afecta (positiva y negativamente) dicho fenómeno a mi conciencia viva de hombre y de creyente, me parece infinitamente más interesante (beneficioso) que acallar el sufrimiento de la depresión con el "sueño" de un fármaco antidepressivo. Pienso no haberme equivocado en la elección. No obstante, la lucidez intelectual y espiritual ante el dolor sentido, la considero siempre más cercana a la confianza en el triunfo invisible de la Cruz de Cristo, que no el refugiarse temerosamente en la cueva de la negación de la realidad que, por dura que sea, no deja de ser "mi" realidad, la que me llama a sacar de mí lo mejor que hay en mí mismo. Meditar despierto sobre la propia desdicha (y la de los hermanos), mientras el mismo dolor no lo haga imposible, siempre servirá, en algún grado y medida, para revelarme algo necesario sobre mi propio destino.

\* \* \*

En tanto no se ha perdido totalmente la fe en sí mismo, es posible remontar situaciones de depresión (no digo que todas), y escalar cielos de aceptación de sí mismo en la más auténtica creatividad moral y espiritual. Sé que alguno leerá esto con una sonrisa escéptica en sus labios. Bueno. Yo mantengo el desafío. Mejor es buscar (y respetar) las causas profundas de una depresión, que pretender curarla en sus consecuencias psicosomáticas, dejando intactas las raíces del problema espiritual que las sustenta, al menos en los casos en que no se trata de una depresión endógena, pero con algún nivel de influencia también en estos casos.

Pues bien, retorno a la cita inicial, como a la mejor medicina antidepressiva (al menos, para mí), que se me ha ofrecido en el momento oportuno. Y, si algún día comprobase que no es así, que me equivoqué al preferir el pensamiento de Simone Weil al producto farmacéutico de moda, os prometo decirlo con toda humildad, ya que no me anima

ningún prurito de llamar la atención, ni militancia alguna contra la industria fármaco/química.

\*...\*

*La vida, tal como es, no resulta soportable a los hombres más que por la mentira.* Así dice la mística, revolucionaria y filósofa judía, de la primera mitad del siglo XX. Pensamiento que, a primera vista, resulta de un acusado pesimismo; porque, si la vida real (*la vida, tal como es*) es de todo punto insoportable, y sólo la mentira nos permite habitarla con un mínimo de estabilidad, ¿será que la mentira posee la clave de una vida humana, hasta el punto de que su verdad (su ser verdaderamente humana) consiste en la misma insoportabilidad? ¿Solo viviendo en la mentira se puede hacer la vida llevadera?

Si fuera así, ¡qué horror! Pero la clave está en que la vida no es para soportarla, sino para vivirla. La mentira puede hacerla soportable por un tiempo más o menos largo. Pero sólo la verdad, mirada de frente, aceptada en su íntegra realidad, integrada en el bien absoluto que es la propia vida, puede ayudarnos a desenmascarar todas las mentiras existenciales que nos impiden ser fieles a nosotros mismos y a nuestra misión en la existencia.

Repitamos esta clave: la vida no es para ser soportada. Soportarla todavía no es vivirla. La vida es para ser amada en sí y más allá de aquellos aspectos que pretenden hacerla insoportable, invivible. Sólo amando la vida, la propia y la que nos acoge y rodea, estaremos en condiciones de descubrir que ningún mal que la amenaza es más fuerte o poderoso que ella misma. Cuando parece que la vida se nos hace insoportable -cosa que ocurre con demasiada facilidad-, todavía estamos en condiciones de descubrir que la vida no es sólo lo que me ocurre a mí y a mí me aqueja en este preciso momento. Es cuando reduzco el concepto vida, el valor vida, a mi única, limitada experiencia de la misma, cuando me veré obligado a echar mano de la mentira para hacerla soportable.

Por el contrario, en tanto amemos la vida que vivimos individualmente como bien común y universal, como bondades que son de muchos -aunque en este momento no sean de mí-, la verdad tomará posesión de mi ser más auténtico -me hará a mí verdadero-, y en él podré encontrar razones, fuerzas, luces, para mirar de frente, sin temor alguno, la realidad pese a todas sus amenazas y crueldades. ¿No es este el testimonio de Jesús de Nazaret, clavado en la Cruz de la fidelidad a sí mismo, fracasado según los criterios de este mundo, pero capaz de comprender al crucificado a su derecha y de dar consuelo a los que lo acompañan, familiares y amigos, al pie de la Cruz? Su fracaso no es el fracaso total de la vida, no es el fracaso irremediable del universo entero. Mi dolor individual, privado, no puede ser más grande -ni siquiera en mí- que el conjunto de bondades que siguen siendo la razón de ser de la vida misma. Este sentimiento me salva de caer bajo las garras del absurdo y del sinsentido.

\* \* \*

A decir verdad, es el miedo el que nos hace buscar refugio en la mentira para hacer soportable la vida amenazada o brutalmente herida. El miedo es la radiografía de un corazón cansado de sí mismo y desconfiado de otros corazones en quienes apoyarse. De esta manera, el miedo y la mentira, constituyen las dos caras de la misma realidad: esa que hemos llamado "la vida tal cual es", y que no es sino la vida tal como resulta

cuando ya no sabemos amarla en su cruda verdad. Porque, la verdad cruda de la vida humana es que nunca es, ni puede serlo en este mundo, una vida plenamente satisfecha en sus grandes e inalienables aspiraciones: las de felicidad, libertad, amor, creatividad, la misma sensación de vitalidad incesante. Pretender, aquí y ahora, tales plenitudes (que siempre nos acompañan como llamada) no sería humano, no sería propio del humano en camino hacia sí mismo. Y dicha pretensión se convierte, para no pocos, en trampa que nos impide seguir avanzando en la verdad que nos hace libres.

La vida "tal cual es" es una invitación constante a la modestia y a la humildad. Y fuera de la modestia y la humildad es cuando se hace insoportable, necesitada del clavo ardiente de las mentiras existenciales. Tales mentiras (sobre todo las del poder, el prestigio, el hedonismo como fin, el aislamiento comunitario como huida o rechazo de la convivencia, y las pretensiones de ser salvador de algo o de alguien), hacen imposible salir de las crisis que plantea la vida a todo humano que avanza buscándole un sentido, buscándose a sí mismo en el entramado de sueños, anhelos y pasiones que constituyen el trasfondo de la existencia.

La vida, tal como la hemos hecho los hombres -¿verdad, Simone Weil?-, está necesitada de una amplia y severa restauración, que no se conforme con reparar tejados, muros, y, menos, ornamentaciones deterioradas, sino los cimientos mismos del existir humano, que están, como tú sabes muy bien, cuarteados y carcomidos en sus pilares más firmes e imprescindibles: la solidaridad entre personas y grupos; el sufrimiento aceptado por amor; el respeto y valoración del otro, de todo lo otro, en cuanto "otro"; y, muy sobre todo, la estimación de la persona humana por encima de todos los logros políticos y culturales, de todas las riquezas científicas y técnicas (¡no digamos "económicas"!), de nuestra pretendida globalización. Esa "globalización" que, muy a las claras, no tiene la intención ni pone los medios para la auténtica restauración del edificio comunitario y social, que habría de estar basada en la dignidad de la persona humana, del último de los pobres de este mundo. Lo que ya se ha dicho tanto: la globalización, si no es desde abajo, es un sombrero de lujo para una cabeza desfallecida (¿una calavera?) que no lo soporta.

\* \* \*

Quien sabe esto, quien no busca parcheos a sus problemas personales o de la sociedad a la que pertenece, comprende muy bien la sabiduría de la pensadora Weil, cuando prosigue: *Quienes rechazan la mentira, y sin rebelarse contra el destino, prefieren saber que la vida es intolerable, acaban por recibir desde fuera, desde un lugar situado fuera del tiempo, algo que permite aceptar la vida como es.*

Lo que me subyuga más poderosamente de esta reflexión weileniana es, aquello de "no rebelarse contra el destino", puesto que no se trata de un *fatum* ineludible, ni de una maldición que pesa sobre la especie o el individuo. Se trata de un desafío para sacar de sí mismo (y de la solidaridad asumida con coraje) las fuerzas siempre resistentes para mantener en pie la propia dignidad, esa que me recuerda que yo soy el destinatario privilegiado del universo, de todas las bondades, bellezas y verdades creadas, cuyo destino es despertar en la persona que no renuncia a serlo ese sentido de la vida que le pertenece plenamente, pero que no se lo da ella a sí misma. Lo recibe "desde fuera", *desde un lugar situado fuera del tiempo*, que es el lugar de la fe, como afirmación radical del valor absoluto de la vida humana (y de la vida en general).

Mientras el hombre o la mujer mantienen la fe, permanecen abiertos, receptivos, a fuerzas que se les comunican desde las raíces de su propia existencia, en comunión con las raíces del universo mundo en el que están plantados. No somos nada sin nuestras raíces. Como los árboles, como todas las plantas, estamos arraigados en un terreno que nos necesita y al que necesitamos. Y, en tanto no olvidemos la primera verdad: que yo he venido a un mundo que me necesita, podré extraer del mismo mundo -del mismo suelo- la savia necesaria en cada momento, en cada situación por la que discurre mi vida, para seguir dando el fruto que los demás necesitan de mí, que yo mismo siento como mi propia razón de ser.

\* \* \*

¿Viene la fe, savia de la vida humana, *de un lugar situado fuera del tiempo*, como afirma Weil? Veamos. ¿Existe algo fuera del tiempo? Pero, ¿qué es el tiempo para el humano, sino aquello que le permite tomar conciencia de su ser peregrino, su ser en marcha hacia un destino que no sabe muy bien dónde está ni en qué consiste? Podríamos afirmar muy tranquilamente que los seres humanos somos tiempo: somos conciencia de un ayer y un mañana, vividos desde un hoy que no me pertenece, porque está pasando, está haciéndose cada momento parte del ayer y parte del mañana. Y lo que nosotros llamamos *destino*, no es otra cosa que el mañana desconocido, que nunca cesa de llamarnos mientras viene a nosotros. Renunciar a ese mañana equivale a no tomarse en serio el presente, o lo que es lo mismo, a no tomarse en serio uno a sí mismo (¿pues qué soy yo sin mi tiempo, concretado en el momento presente?).

Es mi propio ser, mi ser más verdadero, más realizado, más mío y a la vez más universal, el que me llama desde el mañana irrenunciable. Ese mañana está fuera del tiempo (lo que, los creyentes en un Ser Absoluto, llamamos Eternidad); y desde ese más allá, no cesa de llamarnos, suavemente, insistentemente, respetuosamente, a seguir avanzando, manteniendo la fe en sí mismo, cultivando las raíces profundas de nuestro ser en camino, abriéndonos al misterio de una vida plena que nos habita y convoca para un futuro de Eternidad cumplida. Me llama desde fuera de mí, pero está en mí como destino, como vocación irrenunciable, como núcleo dinamizador de mi ser más auténtico. Es mi futuro más cierto, pero desde este presente que se resuelve en fe como valor, como alegría de vivir, como actitud de búsqueda renovada.

Llegados a este punto de reflexión, ¿se comprende por qué yo he preferido la "terapia" del pensamiento de la hermana Simone Weil, a la medicina antidepresiva, mandada por el médico? ¿Que, ambas no son incompatibles? Hasta cierto punto. Lo que no es incompatible de ninguna manera con la vida humana -la hermosa vida humana- es la fe. Y yo he preferido mantenerme despierto, bajo la guía de la fe, que dormirme un poco (bajo el efecto de los narcóticos), para conseguir regular en mi organismo, mediante seis meses de pastillas, el funcionamiento de la serotonina.

\* \* \*

Que cada cual saque sus consecuencias y tome sus opciones. Yo prefiero afrontar el dolor con los ojos bien abiertos, tratándose de un dolor moral, espiritual y social (que no es menos dolor que si fuera físico), a adormecer superficialmente la conciencia; esta conciencia que es, precisamente, la que me recuerda que hay mucho amor en mi



corazón; mucha disponibilidad en mi sensibilidad para compartir con mis hermanos alegrías y penas, esperanzas y luchas; y una fe suficiente -aunque a veces se oscurezca- para poder afirmar el valor imponderable e inalienable de la vida humana sobre todos los demás valores de civilización y de cultura, de poder y de orden, de leyes y de programas mundializantes. Todo cuanto no está al servicio de la vida humana, empezando por el servicio a los más pequeños y desfavorecidos, termina siendo, tarde o temprano, instrumento de opresión y explotación de los fuertes sobre los débiles (¿no es ésta una lección permanente de la historia?).

Mi cansancio de tantos años de lucha (¿y eso que yo no he sido nunca combatiente de primera línea!), así como mi tristeza (que no angustia) ante tanto atropello a la dignidad sagrada de la persona humana, del que somos testigos día a día en los medios habituales de comunicación social (¿de embrutecimiento social?), pero sobre todo en nuestra actitud solidaria de manos abiertas con el prójimo más próximo; mi llanto, que riega los surcos de todo predio amado y cultivado a lo largo de mi ya larga vida entregada a la tarea pastoral y espiritual, y en la búsqueda de una actual y ardiente expresión poética y profética para una más adecuada presentación del Evangelio de Jesús al hombre de hoy..., me inclinan a eso (me hacen fácil presa) que hoy se llama "depresión", estar deprimido. Bueno, ¿y qué? Prefiero ser un deprimido "despierto" a un satisfecho "dormido" en la autocomplacencia de sus propias mentiras, sus propias excrecencias.

Cuando ya no pueda más -si es que mi dolor llega a ese punto-, cuando ya no pueda soportar tanta pena que la conciencia de estar vivo -*la vida tal como es*- acumula sobre mi débil sensibilidad despierta, se romperán los moldes de mi existencia temporal, y habré entrado, definitivamente, en el abrazo cósmico, el abrazo que ha de ser gozo y descanso definitivos en todos aquellos valores que fueron a la vez, motor de mi caminar en este mundo y anhelo siempre insatisfecho. La fe en el Dios de Jesús me recuerda que *el grano de trigo sólo da fruto muriendo*.

\* \* \*

Como fácilmente habrá advertido el lector que me haya seguido hasta este punto, no me ha sido fácil aceptar que mi estado de ánimo fuese, sin más, una depresión, según el diagnóstico médico. Yo sé que en esta depresión se encierra mucho dolor de contenido humano, espiritual, eclesial; y no sólo ni principalmente una fatiga mental con sus secuelas de tristeza, lágrimas, insomnios, melancolía. ¿Podría decirse que se trata de una depresión *reaccional*, fruto directo de problemas que afectan a la carne más viva de mi existencia? ¿Algo así como si mi ser más auténtico e inalienable se rebelase contra aquellas situaciones y experiencia que hacen daño a los valores que siempre han constituido los fundamentos de mi "yo" máspreciado?

Porque, ¿se puede pretender ser una persona armónica y equilibrada en una sociedad tan desequilibrada y llena de desarmonías como la nuestra; una civilización donde reinan la fatiga nerviosa y el abuso de drogas, los excesos de velocidad y la pérdida de contacto con las raíces más fecundas de la propia existencia? ¿No equivaldría ello a una especie de "desencarnación", que haría imposible toda actitud solidaria y de amor con nuestros semejantes?

Y, si dirijo mi mirada a la Iglesia, a la que tanto amo, y en la que intento vivir la aventura evangélica del seguimiento de Jesús..., ¿cómo no sentirme deprimido ante una

institución tradicional que se repliega miedosamente sobre sí misma, en lugar de enfrentarse con esperanza y audacia a los desafíos que no cesa de plantearle (para mí, que de parte de Dios) el mundo moderno, la sociedad laica y pluralista en que vivimos? Una iglesia que refuerza sin cesar sus cuadros jerárquicos, clericales, tradicionales, dogmáticos, legalistas, y olvida la parte de responsabilidad, decisión y participación que, por su bautismo, corresponde a todo el Pueblo de Dios, a los laicos, y, entre los laicos, hoy, con mayor sensibilidad hacia el papel de las mujeres.

\* \* \*

Entendido a la luz de lo anterior, acepto, y acepto con gusto, ser un deprimido: en una Iglesia sociológicamente (que no teológicamente) deprimida; en una sociedad tan cargada de absurdas contradicciones, entre los poderes de todo tipo de que dispone (más que nunca antes en la historia conocida) y el uso arbitrario y a favor del más fuerte -a favor de minorías dominantes- como los distribuye, generando miseria en muy amplios sectores del globo y poniendo en peligro el hábitat mismo (el tristemente famoso "calentamiento del planeta"); ante unos seres humanos, frecuentemente engañados, que han terminado creyendo, masivamente, más en los eslóganes de la publicidad que en sus verdaderas y reales necesidades vitales; hermanos míos muy queridos (entre ellos, especialmente los jóvenes) a quienes casi literalmente se les impone una falsa concepción de la vida basada en el placer como valor supremo, cuando no único, y en la competencia como mecanismo de subsistencia...: ¿existe otra cosa mejor que aceptar ser un deprimido?; sí: ser un deprimido, antes que dejar de ser un luchador. Pero la lucha permanente cansa. El humano no está hecho sólo para luchar. Puede uno ser toda su vida un luchador, sí, pero cambiando de objetivos a conseguir y de estrategias a utilizar. Por lo que a mí respecta, la larga lucha, la firme resistencia, tiende hoy a buscar refugio por sí misma en el vacío de la depresión, en la tristeza de tantos valores arruinados.

Pero ¡con esperanza -depresión no es sinónimo de escepticismo y menos de derrota aceptada- de que otro Mundo es posible, otra Iglesia es posible, otro Ser Humano, más fraterno y solidario, menos consumista y competitivo, es posible (como hoy gritan millones de gargantas insatisfechas del mundo entero)! Sobre todo si creemos en Jesús de Nazaret, el que dijo, haciéndonos partícipes del poder de su Resurrección: *¡Todo lo hago Nuevo: Cielos nuevos y Tierra nueva; Hombre nuevo y nueva Sociedad!* Negarse a la renovación en el Espíritu del Resucitado, cerrarse ante la novedad absoluta (*Cielos nuevos y Tierra nueva, habitados por la Justicia*), es hacer inútil (*sal que nada sala, luz que a nadie alumbra, levadura que no fermenta ninguna masa*) la fe en el Resucitado. Dicha fe viene a ser el antídoto más seguro contra las actuales depresiones del humano y del mundo que habitamos.

\* \* \*

Si, como me resulta evidente en este análisis, las causas profundas de mi depresión (hay otras, sin duda, pero más superficiales, menos dañinas) son la fuerza, incoercible y en choque con la realidad, de mi amor al Mundo y a la Iglesia, ¿cómo voy a renunciar a la depresión, si en ella me sigue llamando el amor, ¡única fuerza capaz de salvar al mundo, de dar sentido a mi vida!

¿No será, al fin y al cabo, la depresión, un exceso de vida no vivida, una fuerza espiritual, afectiva, creativa, que no encuentra cauce suficiente para darse, para decirse en las circunstancias en que nos ha tocado vivir? Y si es así -como bien me lo parece-, ¿no resulta la depresión antes una enfermedad, más del medio que del individuo? Se está depresivo por la enorme -o, al menos, significativa- distancia que media entre mi capacidad de amar, de crear, de comunicar, y las posibilidades reales que se me ofrecen para ello. La depresión es, pues, el peso que aplasta mi alma sin dejarla remontar el vuelo mágico de su mejor, más auténtica, expansión vital.

\* \* \*

Reconozco que, escribiendo las páginas que preceden, he llegado a sentirme menos deprimido, más libre, y, hasta agradecido con la misma depresión: ella me revela que dentro de mí hay mucho más, infinitamente más, de cuanto he podido ser y hacer, dar de mí, dejar de mí, entre los seres de este mundo. Y pienso: ¿no resultará la escritura (la reflexión por escrito) una excelente terapia contra los efectos de la melancolía, lo mismo que contra las causas más insidiosas de la penosa depresión, como son: la ausencia de cauces para compartir, ampliamente, generosamente, con otros lo que bulle en ti mismo; y la ardiente necesidad de un corazón amigo que sepa escuchar y compartir en silencio los latidos de tu propio corazón?

Y, una última anotación, en forma de interrogante: ¿escribiría Simone Weil la frase que encabeza estas reflexiones, estando ella misma deprimida, bajo los efectos de esa "desdicha" que supone encontrar frenos y diques a la propia personalidad, a la imperiosa necesidad de ser lo que uno es, en comunión con el ser vivo de los otros, de la naturaleza, de la historia y del entero cosmos? Aventuro que sí; que ella, mujer de tan probada riqueza humana -espiritual, social, intelectual, ...-, no encontró, pese a su búsqueda sinceramente apasionada, cauce suficiente para ser ella misma, para ser, en fidelidad a sí misma y a la época que le tocó vivir, la obrera industrial y rural, la filósofa, la mística, la revolucionaria, la mujer en fin, que supo le tocaba ser en su vocación irrenunciable de solidaridad con todas las desdichas humanas de su tiempo.

Como Jesús de Nazaret, punto siempre de referencia para quienes queremos vivir en su seguimiento, aceptamos también nosotros -con Él- esa depresión que es: llanto por el pueblo amado y las desgracias que podrían haber sido evitadas (Mt 23, 37-39); conciencia de no ser comprendido en su persona y en su misión por los más allegados e íntimos (Lc 4, 16-30); sentimiento de fracaso ante los obstáculos interpuestos por los poderosos a la misión que le ha encomendado el Padre (Jn 12, 20-28); tremenda sensación de soledad e incompreensión al ser rechazadas sus enseñanzas por una buena parte de sus seguidores (Jn 6, 60-69); pérdida del consuelo divino, sentida como infinita lejanía de "su" Dios (Mc 15, 33-34). Y, sin pretender con estas citas haber trazado un cuadro exhaustivo de lo que podemos llamar "depresión" en la experiencia humana de Jesús, sí nos es lícito concluir: ¡Bendita depresión que nos hace más semejantes a Cristo!

No digo yo -insisto- que en todos estos momentos de la vida de Jesús, recogidos de los textos evangélicos, se diese en el Maestro el cuadro clínico de lo que hoy denominamos depresión. Pero sí que en todos ellos se refleja algo de esa patología mental, en síntomas que, ofrecidos al diagnóstico médico, nada lejos andarían de ser calificados como ausencia de la ilusión vital, aislamiento afectivo y existencial, pérdida de la conciencia

de la propia razón de ser y de la misión personal en el mundo; y sobre todo, clarividencia de haberse encontrado con puertas cerradas, caminos truncados y declarada hostilidad a su persona y a su obra.

Sí; Jesús, nuestro Hermano, se hizo semejante también a nosotros en la experiencia depresiva. Su vida y su misión eran demasiado grandes para encontrar con facilidad cauce adecuado en las mentalidades y estructuras político-religiosas de su época y de su pueblo. Y así, Jesús, reducido a la impotencia e incluso eliminado literalmente por la religión oficial y por las autoridades civiles (*la hora y el poder de las tinieblas*), se alza, con autoridad propia e indiscutible (nada les debe a los poderosos de turno), por su confianza en el Padre y la entrega incondicional a la tarea encomendada en bien de los pequeños y desheredados de este mundo, como *modelo único* de quien supo *mantener el tipo* en medio del fracaso más ruidoso al que le había conducido su fe y fidelidad.

Jesús, Maestro y Modelo en todo lo que nos conduce de manera conjunta a Dios y al Hombre, nos muestra *con* su depresión, *en* su depresión, la posibilidad de seguir confiando en el Amor del Padre, que no puede abandonar jamás a aquellos de sus hijos que, en el desarrollo de su misión, han de enfrentarse irremediamente con aquel cúmulo de absurdos y sinsentidos que les hará exclamar más de una vez: *¡Dios mío, Dios mío: ¿por qué me has abandonado?!*

## LLORAR EN LA IGLESIA

LLORAR en la Iglesia, llorar por la Iglesia, es un hecho, hoy, que se multiplica, como tal vez nunca haya ocurrido a lo largo de su ya larga historia.

Son muchos los creyentes en Cristo, hijos e hijas de esta nuestra Iglesia Católica, que hoy *sufren en su carne lo que falta para completar la pasión de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia*. Creyentes que, si no amaran a su Iglesia, no sufrirían por ella como sufren, pues la habrían dejado ya hace tiempo, conscientes de que a Dios también se le encuentra fuera de las iglesias y religiones oficiales. Pero el hecho es que la aman. Y la suelen amar mucho. Y la quieren amar más. Y este amor constituye su tragedia y su grandeza. ¡¿Cuántas confesiones y confidencias íntimas no me lo han hecho saber así?!

Aman a su Iglesia, porque el agradecimiento les lleva a reconocer lo mucho bueno que de ella han recibido, parte de lo mejor de sus existencias. Y reconocen, así mismo, que en ella se encuentran incontables tesoros de Gracia depositados para el bien de la Humanidad Histórica, de la que la Iglesia ha sido constituida humilde servidora. Y porque también aman al mundo, el mundo de los seres que buscan libertad y felicidad, en medio de incontables dificultades y contratiempos, luchas y esperanzas, no pueden dejar de amar a la Iglesia, donde el Amor de Dios trabaja y se multiplica para que sean posibles los objetivos de bien común y de respeto a la dignidad sagrada de la persona humana.

Y precisamente por eso, porque reconocen en su fe que la Iglesia es depositaria de bienes preciosos para la buena marcha de nuestra sociedad mundial, para la auténtica ascensión humana, sufren al verla impotente, replegada sobre sí misma, e incluso a veces de espaldas (¿por miedo?) a la problemática y demandas del mundo que más sufre la marginación, la explotación por parte de los poderosos, la violencia de los intereses inconcesados y el desprecio de *los bienpensantes*, defensores de un orden que tiene mucho más que ver con leyes o costumbres heredadas que con el amor a la persona y la grandeza humana.

\* \* \*

Es una Iglesia mantenedora de sus tradiciones multiseculares; restauracionista de su patrimonio histórico/cultural, hasta el último ladrillo; pero poco accesible al diálogo con la modernidad y postmodernidad; y proclive en exceso a la condena de todo cuanto no cae bajo el prisma de su mirada dogmática y moralizante. Orgullosa en las expresiones de su hegemonía occidental, y de su influencia en gran parte de países del globo, pero olvidando que su merecido prestigio lo debe, muy por encima de todo lo demás, al servicio humilde y desinteresado de muchos de sus mejores hijos, los que no dudaron en entregar, y hasta sacrificar sus vidas, en la proclamación del Evangelio de los Pobres, con frecuencia olvidados del aparato burocrático clerical, demasiado ocupado en mantener posiciones de poder o de prestigio, en pugna cuando no en contubernio con otros poderes de este mundo.

Una Iglesia que se proclama salvadora del mundo, hasta el punto de atreverse a decir que *fuera de la Iglesia no hay salvación*, cuando sólo es sacramento de salvación, es

decir, signo en medio de los pueblos de un Dios que salva gratuitamente, y que lo hace también por otros medios y cauces distintos a la sagrada institución eclesial.

Una Iglesia, en suma, ella misma pecadora, pese a la Santidad que la sostiene por su origen, destino y medios de santificación que la avalan; que está en medio del mundo para señalar y celebrar la obra de Dios, que nunca cesa a favor de los humanos así como de la entera creación; y que, en su condición de Pueblo de Dios peregrino en la tierra, se ve obligada a la comunicación e intercambio de valores y criterios con todas las instituciones temporales (políticas, culturales, científicas, artísticas...), a fin de buscar entre todos y siempre el mayor bien posible de la humanidad histórica. Una Iglesia, semejante a su Fundador, manso y humilde, acogedor y servicial; encarnada (metida a fondo) en las realidades y problemas de la sociedad en que se mueve y en la que debe ser levadura del Reino, dispuesta a escuchar a todos y a aprender de todos para mejor servir a todos. Una Iglesia que sabe (y nunca olvida) que siempre está necesitada de conversión y de reforma.

\* \* \*

Lloramos, sí, y lloramos mucho, y lloramos muchos, porque encontramos en esta Iglesia que tanto amamos, un clima demasiadas veces demasiado asfixiante, es decir, represivo y nada cordial, pronto a las sanciones (penas canónicas) y tardo para la comunicación amistosa y el diálogo que renuncia a comenzar por la exclusión, antes de haber intentado comprender la parte de verdad que Dios quiere comunicarnos por medio de las voces que critican o disienten. Disentir del pensamiento oficial de la Iglesia, ¿no será en muchos casos la forma propia de amarla y de comprometerse con su Misión en el mundo? Yo así lo creo.

Lloramos, con llanto que brota de la parte más noble y sensible de nuestro corazón creyente, porque la Verdad (con mayúscula), la que nos hace libres, la que nos une íntimamente con el Dios Vivo y Verdadero, es Dios mismo en su Misterio de Salvación y de Comunión universales; y que, por tanto, aquella que llamamos Verdad Revelada, no es la Verdad Absoluta, sino un camino (aunque sea privilegiado, por tratarse de un camino sacramental) entre otros caminos para buscar a Dios y experimentar la grandeza de su Amor, en relación con nuestra propia vida y nuestro mundo real.

Lloramos, ¡y lloramos tanto!, porque esta Iglesia, a la que queremos servir con lo mejor que haya podido poner en nosotros la naturaleza y la Gracia, olvida en el terreno de su praxis pastoral, que su misión en el mundo (al menos, uno de los aspectos más necesarios de su misión) es abrir para el mayor número posible de mujeres y hombres el espacio luminoso de la experiencia mística, en la que el creyente se vive a sí mismo como desposado con Dios, partícipe del gozo y la fecundidad del Espíritu Divino.

Hoy se llora mucho en la Iglesia, nuestra Iglesia. Pero estoy convencido de que tanto sufrimiento no ha de ser estéril, sino de muy extensa e intensa fecundidad en el Espíritu. Como es un sufrimiento por amor y con amor, de Cruz asumida por obediencia a la Voluntad del Padre, como en el caso de Cristo, habrá de ser un Sufrimiento Pascual, un sufrimiento preñado de semillas de renovación para la misma Iglesia y de gozosa bienaventuranza para el mundo entero. ¿No nos alertó el propio Jesús: *Lloraréis y os lamentaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo?*

\* \* \*

Después de haber sufrido tanto por la Iglesia, y de haber compartido con tantos hermanos que soportan el mismo sufrimiento, hoy sé que la amo más, mucho más que antes de haber sufrido lo que todavía sufro: su lejanía de la sensibilidad histórica de las últimas generaciones (al menos en Occidente); su lenguaje desencarnado, que no acierta anunciar con palabra transparente y de fuego la Buena Noticia del Amor de Dios al mundo; su estilo clerical, que mantiene en pie un sentido jerárquico nada evangélico (en el Evangelio de Jesús, lo jerárquico, lo sagrado -? ????-), es el servicio desinteresado), y no da opción a esa igualdad en la que *a nadie llamamos padre, ni señor, ni guía, porque todos somos hermanos*. Y ser hermanos es lo que da más gloria a Dios, el único Padre; a Cristo, el único Señor; y al Espíritu, el único Guía.

Y, porque en la Iglesia están los cimientos, puestos por el mismo Dios, del Hombre Nuevo y la Nueva Sociedad, *los cielos nuevos y la tierra nueva, habitados por la Justicia*, no puedo dejar de amar esta Iglesia, de sufrir en esta Iglesia y por esta Iglesia; porque ello (dejar de amar a esta Iglesia) supondría haber dejado de amar este mundo con todas las realidades que lo conforman, especialmente la realidad de la existencia humana, por la que Dios no dudó en entregar a su Hijo, a fin de que la Humanidad entera, incorporada a su propio Hijo, llegara a ser, y para siempre, el Hijo Único del Eterno Viviente.

La larga crisis eclesial que nos acompaña desde la década de los ochenta del pasado siglo, ha sido para mí una larga noche de purificación del alma; y, en tal sentido, no puedo menos que estarle agradecido. ¡Cómo se ha acrisolado en mí la fe en un Dios más grande, infinitamente misericordioso; tan grande y misericordioso, que ninguna institución humana (aunque sea de inspiración divina) puede abarcar, comprender, administrar...! ¡Cómo he aprendido a vivenciar aquello de que *sólo Dios salva*, y salva desde la humilde solidaridad de los creyentes con los pecados del mundo y los de su propia Iglesia! Pues, como en otros momentos he confesado, si la Iglesia no fuera pecadora, yo no cabría dentro de ella, por cuerpo extraño, dañino para su buen funcionamiento. Pero soy pecador y pertenezco a una Iglesia pecadora, donde todos somos hermanos en la Acción de Gracias por el amor y el perdón infinitos, que nos vienen gratuitamente por la fe en Jesucristo, nuestro Hermano y Señor.

Tan larga purificación, bajo llanto tan copioso, soportando para mi trabajo de animación espiritual el silenciamiento y el aislamiento en los caminos pastorales; en tan solidario sentido del mal existente que afea el Cuerpo Eclesial, pero también de la Gracia sobreabundante que en él se nos brinda, ha ido tomando fuerza en mi conciencia creyente la vivencia de la Iglesia del Espíritu. Una Iglesia que se va consolidando, a lo largo y ancho de la historia humana, por la comunión en la experiencia del misterio del Verbo Encarnado, que pone a disposición de todos los hombres y mujeres de buena voluntad el Espíritu derramado sobre toda carne. *Lo que hemos oído y visto con nuestros propios ojos; lo que hemos tocado con nuestras propias manos acerca del Verbo de la Vida..., esto mismo ponemos en comunión con vosotros..., para que vuestra alegría sea completa*. En estas palabras de la primera carta de san Juan, he encontrado, no pocas veces, la fuerza y la luz para reemprender mi camino.

*Aunque es de noche*, sí, aunque es noche cerrada en muchos aspectos sociológicos y culturales de nuestra Iglesia Católica, amamos a esta Iglesia, Esposa del Verbo

Encarnado; esta Iglesia, concreta y real, santa y pecadora, patria de la libertad para muchos y cárcel para no pocos espíritus rebeldes, insatisfechos, proféticos en su fidelidad a Jesús y a su Evangelio.



## "RUIDOS" EN LA IGLESIA

HACE sólo unos días, me dirigí al templo parroquial del lugar en que me encontraba, más de una hora antes de la Eucaristía que me correspondía celebrar, con el propósito de disfrutar del silencio y poder así orar en paz, preparándome para la inmediata celebración. Pero ¡ay de mí!; no llevaba ni un cuarto de hora recogido en un rincón del templo, cuando los altavoces del interior comenzaron a vomitar, a excesivo volumen, el canto de villancicos populares (pues nos encontrábamos en el tiempo de Navidad), los mismos que se escuchan por las calles de ciudades y pueblos, como reclamo de comercios y grandes almacenes, de modo tal que la iglesia, completamente vacía de fieles, retumbaba como si mil diablos la hubiesen ocupado en un abrir y cerrar de ojos.

¿Qué hago: me quedo, me voy?, dudé por un momento. Intenté silenciarme, aislarme del canto vocinglero de los archirepetidos villancicos; pero ¡quíá!; la música martilleaba mis oídos, retumbaba en mi cerebro, y no resultaba nada fácil la concentración deseada.

Y salí del templo. Dirigí mis pasos a un lugar bastante solitario y no muy alejado, donde los ruidos ambientales se diluyen y son fáciles de integrar. Y así, pude orar aquellos casi tres cuartos de hora que faltaban para la Misa.

\* \* \*

Este hecho me hizo reflexionar: ¿No habrá hoy demasiados ruidos en nuestras iglesias? ¿No se habrá perdido, a gran escala, el sentido del respeto al templo como lugar de oración, y de la oración misma como espacio de silencio habitado? He visto a más de un cura llamar persistentemente la atención a sus feligreses sobre la necesidad de guardar silencio en la iglesia, porque se trata de un lugar sagrado. Pero son muy pocos, escasísimos, los que llaman al silencio, dentro y fuera del templo, como pedagogía pastoral para el encuentro personal con el Dios vivo, el Dios que nos habita.

Y pienso que, hoy día, cuando los templos católicos se han convertido, mayoritariamente, en espacios sociológicos, porque la inmensa mayoría de quienes los visitan sólo van a cumplir con un deber de sociedad, acompañando a un familiar o amigo en la celebración de sacramentos que nada les dicen en relación con sus propias vidas e intereses (ya que se trata de personas muy alejadas de la práctica religiosa), resulta contraproducente, y hasta es leído como una imposición clerical, eso de guardar silencio en el templo.

¿No habrá llegado, pues, la hora, de poner en marcha una amplia y bien programada campaña de educación para el silencio y en el silencio? ¿No será esta una de las primeras obligaciones a tener en cuenta en los objetivos y métodos de evangelización actual? ¿Qué caso hemos hecho a las palabras de Juan Pablo II, cuando en su carta *Novo Millennio Ineunte* nos decía, perentoriamente: *Sólo la experiencia del Silencio y de la Oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, de aquel Misterio que tiene su expresión culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan: "Y la Palabra se hizo carne, y puso su morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo Único, lleno de Gracia y de Verdad" (Jn 1,14)?*

El silencio tiene la virtualidad de sumergirnos en un más allá del espacio y del tiempo humanos, en aquel ámbito en que nos ponemos en contacto directo con el Ser Absoluto. Y es allí también donde podemos beber en la fuente original de las palabras. Sin el debido silencio interior, sin la actitud de concentrada escucha, las palabras que señalan lo sagrado o definen lo divino revelado, pierden el brillo cautivador de su significado salvífico y dejan de ser vehículo de encuentro y comunicación amorosa con el Eterno Viviente. El silencio es la puerta humana abierta a la trascendencia divina. Y es también el modo divino de comunicarse con el humano. Sin el cultivo del silencio interior no hay capacidad de reflexión, de intuición, de adoración. Imposible llegar a ser un creyente maduro en la fe, sin haber integrado en la propia experiencia de fe, y en todas las demandas que de ella se derivan, la práctica asidua y renovadora del silencio contemplativo.

\* \* \*

Me gustaría aplicar esta reflexión a la celebración eucarística. ¡Cuán ruidosas resultan muchas de ellas! Esas Eucaristías, en las que se canta -y, mal, con demasiada frecuencia-, para intentar hacerlas más amenas (como si de un espectáculo se tratara), y no para ayudar a los corazones creyentes a expresar su fe en relación con lo allí conmemorado. Eucaristías que resultan un mosaico de músicas y de palabras, poco o nada conectados entre sí; una catarata de oraciones sin oración, de palabras sin Palabra, de gestos corporales sin sentido o contenido espiritual para quienes los realizan.

Misas de los domingos y festivos, pobladas de devotos cumplidores, que parece no tener otro objetivo que el de facilitar al cumplimiento, por el poco (o ningún) empeño o pedagogía que se emplea (por parte de la pastoral litúrgica) para educar en una auténtica participación comunitaria, festiva, profética, contemplativa. Misas que no ayudan a los asistentes a gozar de la entrega amorosa de Cristo, *comiendo la Carne del Esposo*, y bebiendo *en la interior bodega del Amado*.

¡Ay, dolor! Y cómo desperdician nuestras iglesias el poder persuasivo, seductor, que encierran las palabras: *Tomad y comed porque esto es mi cuerpo; tomad y bebed, porque es el Cáliz de mi Sangre*. Palabras preñadas de silencio amoroso. Palabras de la consagración, que consagran al creyente que las escucha desde dentro, como invitado a *la cena que recrea y enamora*, como destinatario de los requiebros de ternura del Corazón traspasado de Cristo, Aquel que no cesa de llamar suave pero insistentemente, a la puerta de cada uno de nuestros corazones, para morar en ellos como habitante número uno.

Una Iglesia que reconoce que *la fuente y la cumbre e la vida cristiana* está en la Eucaristía, está obligada a desnudar la celebración eucarística de tanto ropaje artificial, histórico, cultural y ritualista, para que pueda aparecer de nuevo, a los ojos de muchos, en toda su hermosura y esplendor, que van íntimamente aliados a su sencillez de formas y sinceridad de objetivos. La Eucaristía Católica, tanto en su aspecto de Celebración como en el de Adoración de las Especies Sagradas, es una expresión contundente del Amor de Dios en Cristo: en la Celebración, es el Amor que se entrega por todos; en la Adoración, es el mismo Amor que espera nuestro agradecido reconocimiento, como respuesta de amistad.

Si existe algún aspecto de la fe en el Dios de Jesús, en el que el creyente no pueda ni deba reprimir su afectividad, su capacidad de ternura e incluso pasión amorosa, éste es sin duda la Eucaristía. En ella Jesús nos llama a la más plena fusión amorosa. El Eros y el Ágape se asocian indisolublemente en la experiencia de fe eucarística. La Carne de Dios y mi carne de hombre, son una sola Carne, por voluntad de Aquel que se ha hecho Esposo de su Iglesia, que en el acto de la comunión sacramental soy yo, como lo es cada uno de los comulgantes. Mas, imposible vivir la Comunión de la Misa como gozo y fruición de íntima unión con Cristo, si el creyente no está preparado, bien dispuesto (poseído, diríamos), por el fuego *-llama de amor viva-* del largo silencio contemplativo.

\* \* \*

Dice la sabiduría mística del Judaísmo: *Dios nos pedirá cuentas de los placeres que nos ofreció durante nuestra vida mortal y que no supimos disfrutar*. Valga, pues, la paráfrasis: Dios está muy triste con las iglesias de su Hijo, porque no supieron disfrutar del don eucarístico, del Pan de Vida, como de su bien más estimable y con mayor poder de transformación.

Pero, aquella tarde, la reflexión a partir de los ruidos que me expulsaron del templo, no sólo me condujo a meditar sobre la importancia insoslayable del silencio interior para toda la vida cristiana y especialmente para la celebración eucarística, sino que también me vi conducido a echar una ojeada sobre otros ruidos (que bien podríamos llamar ideológicos), más sutiles que los que afectan a los oídos y a nuestro psiquismo, y que todos estamos, en alguna forma y medida, llamados a reconocer y a acallar.

Me refiero a aquellos ruidos que produce el enfrentamiento en el seno de la Iglesia entre quienes piensan, en cuestiones opinables, de forma distinta. Llámense progresistas o integristas, teólogos de la liberación o teólogos de la bendición, continuadores del Vaticano II o partidarios/defensores de los contenidos inamovibles de Trento... Lo cierto es que en la Iglesia, patria de la libertad de los hijos de Dios, campo de cultivo de la caridad y el perdón más omnímodo, como expresiones privilegiadas del seguimiento de Jesús, son muchos los ruidos producidos por el miedo y la intolerancia. Ruidos que rompen muchos corazones y hieren gravemente sensibilidades religiosas en búsqueda.

Unas veces será el miedo a lo que podamos perder, si nos abrimos a los nuevos tiempos con su acelerado cambio en valores culturales y su pluralismo ético; otras veces será la intolerancia y la condena del adversario teológico; no pocas veces la resistencia a los objetivos y medios de las sociedades democráticas, considerados (¡todavía!) como amenazas para nuestra tradición católica; y, de forma casi generalizada (e instituida), será el rechazo al diálogo en el seno de la misma Iglesia y con el mundo, al que la Iglesia está llamada a amar y servir, lo que sembrará de ruidos la convivencia eclesial, haciendo imposible una armonía fecunda y evangelizadora.

Lo cierto es que, en nuestra muy amada Iglesia, son muchos los ruidos que hoy restan fraternidad y buen talante, paz y eficacia, bendición y liberación. El miedo de muchos jerarcas es una antena emitiendo a los cuatro vientos sospechas y condenas, entredichos y marginaciones. ¡Tantos son los que no se acercan hoy a la Iglesia (o, los que se han ido) porque no quieren ser víctimas de la crispación e imagen totalitaria que trasmitimos!

Viene a mi mente, para poner punto final a esta confidencia, aquella máxima de la doctora del Carmelo, Teresa de Ávila: *El Bien no hace ruido; y el ruido no hace bien.* ¿No convendría revisar muy atentamente todas las fuentes de ruido que hoy hacen mal (verdadero daño) dentro de nuestra Iglesia y a su misión en el mundo?

## CONFIDENCIAS POÉTICAS (O, ALGO ASÍ)

*La poesía estaba ya toda escrita  
antes del amanecer de los tiempos.*

Emerson

### I) ¡LA TRANSPARENCIA, DIOS, LA TRANSPARENCIA!

DESDE niño, desde bastante niño, he tenido gran inclinación y facilidad para la comunicación, y, en consecuencia, no menor dificultad para ocultar lo que pasaba dentro de mí. Llegué a creer que mis padres eran adivinos o que, mi ángel custodio, les "chivaba" todo cuanto hacía a escondidas o incluso pensaba en secreto.

Mi alma, como un diamantino amanecer de invierno tras una noche de intensa lluvia, resultaba ser límpida y diáfana, dejando transparentar sus dudas y temores, su inocente frescura.

En el colegio -también en la calle, en medio de los descuidados juegos infantiles-, para mis compañeros y amigos, resultaba a primera vista un niño *pedante*, por el uso de palabras, que parecían rebuscadas con el fin de llamar la atención sobre mi personilla; pero que no -¡qué va!-: no eran fruto de ningún afán temprano de notoriedad, sino anhelo innato de hacerme comprender y de poder compartir con otros lo mejor de mí mismo. ¡Cuánto sufrí por estas incomprensiones de mi infancia que, no pocas veces, se convertían en burlas!

Y siempre, siempre, hasta bien entrada la edad madura (escribo esto a mis setenta cumplidos años), aunque la dura experiencia de la incomprensión y la soledad, que tantas veces acompaña a los adultos en su caminar profesional y en sus relaciones con los otros, haya pretendido matar en mí la transparencia de aquella mi primera edad, puedo asegurar que nunca lo ha logrado, al menos del todo.

Lo que soy por dentro, lo canto por fuera. Y la virtud de no ocultar lo que pasa dentro de mí, se ha convertido en mi "vicio" más habitual.

¡Qué misterio más grande el de la vida, nuestra vida humana, que se nos da de una precisa manera, con unas determinadas connotaciones psíquicas o espirituales, sin que podamos elegir ni modificar esencialmente nada de lo recibido!

Luego, una vez adolescente, sí que llegué a tener secretos, celosamente guardados para mí solo, y, tal vez, si se produjese la circunstancia favorable, también para ser confidenciados exclusivamente con ese amigo, "único digno", entre los muchos amigos, que nunca faltaron.

Pero la vida -gran maestra de la necesidad de comunicación-, mi vida íntima, esa nueva existencia que, hacia mis catorce años, comenzaba a pujar por venas y poros como un volcán de urgencias de ser en otro y con otro, de decirme y darme en clave de ternura, a la vez que me dificultaba el intercambio directo y sencillo entre iguales por las

dudas y timideces propias de la edad, por el desconocimiento y el asombro del complejo mundo que se extendía dentro y fuera de mi, me abrió las puertas de la poesía, verdadero espacio dilatado del ser en libertad y en cálido sobresalto.

La poesía, leída con atención orante, pergeñada con pulso balbuciente, pasó pronto a ser mi mejor confidente, mi fiel aliada frente a la melancolía y el tedio de una sociedad rutinaria en sus hábitos rurales y patriarcales. La poesía no fue, entonces para mí (ni lo ha sido nunca), sólo refugio donde buscar el consuelo que por fuera se me negaba, sino alternativa y coraje, instrumento de luz (no debe ser casual, ahora me doy cuenta, que una de mis primerísimas recopilaciones -que conservo- de poesía juvenil, la intitulase "Semillas de Luz"; y mi primer libro publicado, "Luz en el Tiempo"). Ella me hizo también de introductora en los ubérrimos campos de la experiencia de fe religiosa y del compromiso social: dos preciosas formas de comunicación humana, que nunca ya me abandonarían.

La luz de la fe en Dios y de la amistad entre humanos, han hecho posible, sin duda, lo bueno que pueda tener mi poesía. La poesía entendida y vivida como aliada y exploradora del misterio eterno. ¿No es cierto que sin misterio no hay poesía?

Porque estoy hablando de comunicación. Estoy hablando de mi necesidad de ser en la palabra; de saber escuchar y decirme al otro, en respeto y fidelidad a todas las diferencias existenciales, que nos llaman al intercambio y mutuo enriquecimiento. Y estoy queriendo declarar que, desde mi adolescencia, no he encontrado medio más adecuado para bucear en las profundidades de la vida humana y, en general, de todo cuanto es vivo -naturaleza, arte, pensamiento, cultura, mística, creencias, amistad. etc.-, que el quehacer sereno y gratuito de la poesía.

Por eso, quien quiera saber hoy cómo y por qué late mi corazón, que aplique cuidadosamente el oído al ritmo de mis versos y poemas. Ellos, mejor que nada y nadie, guardan la confesión de mi ser hombre, herido de mil formas y en mil momentos por las flechas de la ternura y del deseo, de la búsqueda apasionada y de la clara esperanza. (Recuerdo aquel momento en que confesé: *Belleza, Ternura y Esperanza, razones únicas del caminar*. Hoy, más de treinta años después, con más razones que entonces, lo confieso igual).

En el claroscuro de la palabra poética, en el silencio que su enunciación reclama y recrea, podrá encontrar todo amante de la comunicación sincera, sediento de las verdades que mejor iluminan nuestra condición peregrina, la desnudez y el abrazo más totales y firmes, más generosos y gratuitos, que siempre ha escondido el ritmo de mi palabra poética, mi conciencia de hombre que se sabe venido a este mundo, principalmente, para cantarlo. De hombre que se sabe vencido totalmente por las llamadas del amor.

La transparencia está dentro de nosotros. De ti y de mí. De éste y del otro. Por eso hay que entrar dentro de uno mismo hasta empaparse de ella, como el que no teme al riesgo y al asombro de cuanto esconden los senos del océano. Por eso, tantas veces y de tantas maneras, nos enredamos los seres humanos en nuestros intentos de comunicación: porque no hablamos desde lo hondo, ni dejamos que la transparencia alimente y sostenga el sentido de nuestra palabra dada.

Cuando dejamos de ser transparentes, dejamos al punto de ser humanos. Que, ¿te extraña o te parece exagerada tal afirmación? ¿No es la persona humana, ante todo, un ser relacional; es decir, un ser que se realiza en el intercambio sincero, en el diálogo profundo, en el desnudo abrazo?

La transparencia del espíritu, el fulgor interior de la palabra, es lo más nuestro, para cada uno lo más suyo, y lo que más necesitan los demás de mí.

Ser transparente no es nada distinto a ser vulnerable ante las flechas y nubarrones que, con frecuencia (y, a veces, saña) disparan el poder y la violencia, la mentira y todas las formas de competitividad y protagonismo sociales, contra el hombre y la mujer que abren y entregan sin defensas su corazón, en el empeño de un mundo más justo y fraterno, igualmente más respetado y hermoso para todos en su hábitat natural.

Pero también, ser transparente, lleva consigo el gozo de saber que tu vida es propiciadora de comunión con otras vidas, dispensadora de señales del infinito, que nos instan a no detenernos nunca en lo conseguido. Siempre hay un mañana mejor para el que no renuncia a él.

La transparencia es la opción fundamental de cuantos aman la vida.

*¡La transparencia, Dios, la transparencia!*

## II) ELOGIO DE LA POESÍA

POESÍA, espantado de todo, me refugio en ti. Tú guardas la esencia de todo lo perdido. Tú trazas ese camino en lo imposible, que conduce a las pocas verdades irrenunciables de esta vida. Tú eres el aliento divino que nos visita en las horas de mayor tiniebla y espanto, para permitirnos sobrevivir a tantos horrores que la humanidad acumula sobre su propio destino. Tú mantienes encendido el horizonte de todos los valores, bondades y bellezas que seducen nuestro anhelante corazón y lo sostienen más allá de todas nuestras conquistas y derrotas.

Poesía, en ti vivimos, nos movemos y existimos. En ti rehacemos nuestros sueños y utopías con los restos de todos los naufragios sufridos. En ti descubrimos el secreto de nuestro nombre, el horizonte de nuestra irrenunciable tarea y el misterio de nuestro ser con raíces en lo eterno.

Por ti sabemos, Poesía, que la ternura vence a la ira, y, que el beso apasionado de los amantes, contiene en sí más fuego y aliento, más eternidad y audacia que la suma de todas las galaxias y mundos en formación. Por ti saboreamos el verdadero significado de la palabra Paz, y que ella encierra en sí las claves únicas del abrazo que conduce a las más festivas cumbres de justicia y libertad, y a los espacios más dilatados de la felicidad más compartida.

Poesía, música de todos los asombros que iluminan las cavernas de nuestra mente, siempre ávida de mayor claridad. Poesía, sin tu favor, hace tiempo que la Fe habría dejado de ser para mí -criatura seducida por un afán de imposibles-, la más gozosa afirmación de la vida humana y del deseo que la nutre, en la búsqueda más ferviente del rostro del Absoluto.

Poesía, verdad única que dinamiza mi existencia, hasta convertirme en una criatura débil, insatisfecha, buscadora, ebria en su capacidad de admiración y de entusiasmo, extraña para no pocos de mis hermanos, e incluso, no pocas veces, extraña e indescifrable para sí misma.

Poesía, espantado de todo, me refugio en ti. Déjame ser en ti quien verdaderamente soy en mí mismo, y que tan difícilmente puedo serlo en el cara a cara, en el día a día con los demás. Déjame ser en la ingenua transparencia de quien nada tiene que ocultar, nada pretende imponer, nada quiere poseer para sí solo, nada es que no haya recibido de las fuerzas del amor que rigen el constante movimiento de astros y moléculas en el universo.

Poesía, la que mejor me dice que Dios me ama; la que me hace contemporáneo, y, hasta compañero (iba a decir *cómplice*), de Jesús de Nazaret, por los caminos del nuevo día, preñado de presagios de amaneceres sin ocaso. (¿No es Jesús de Nazaret el Poeta por excelencia de los abrazos que no conocen ruptura, de las sonrisas de la infancia perpetuadas como raíces vivas de una existencia fecunda, de las canciones entonadas con el fuego de la pasión más sincera, la melodía del más airoso, encumbrado vuelo?).

Poesía, espantado de todo, me refugio en ti. ¡Jamás me niegues la libertad de tu espíritu, la comunión universal en tu misterio, y, aquella gracia, indiscutiblemente tuya, de conducirnos a las fuentes puras de la desnudez y la transparencia!

*¡La transparencia, Dios, la transparencia!*

### III) RAZÓN POÉTICA

AMO la Razón Poética. La pura Razón Poética. La simple Razón Poética. La poesía, que da razón de esta vida nuestra, más allá de cuantos pragmatismos pretendieran domesticarla.

¡Razón Poética! ¡Mi verdadera razón! ¡Mi verdad única que me hace verdadero! ¡Mi íntimo razonar, a filo de los días y de las horas, como el amante que atisba y rastrea el paso del ser amado -el ser que le apasiona y dinamiza- sin el cual, su vida se perdería en noche, sin guarida, de tormenta!

Amo, sí, esa Razón que, para tantos, es locura reprimible; y, para mí, encarna la abierta sabiduría, la de saber empezar de nuevo tras cada derrota o fracaso; máxima sabiduría de bucear en el amor a la vida -¡sólo en el amor!- la raíz de todo impulso vital, que mira confiadamente al infinito.

Sin esta Razón Poética, ¿qué podía haber llegado a saber yo de la armonía que rige el universo, de la verdad que no se fundamenta en demostraciones lógicas, ni de aquella alegría que renueva constantemente su savia en los profundos veneros del abrazo, que puja por ascender y adueñarse de todos los cuerpos, tanto celestes como terrestres?

¡Razón Poética! ¡Logos inmarcesible de las canteras divinas, que no cesa de esparcir sus razones seminales en todos los impulsos y movimientos que obedecen al amor!



¡Primavera en ciernes que amenaza a todos los inviernos de la existencia con su más brillante floración, siempre a punto de traspasar con su calor empírico todos los suelos grises y fríos, que pretenden sofocar tanta hermosura emergente!

¡Razón Poética! ¡Maestra de los ojos que saben mirar más allá y por encima de todos los horizontes inalcanzables; y sabe escuchar la música del alma, suave y silenciosa, en el fluir de todos los acontecimientos, tristes o gozosos, que entretejen el devenir cruzado de todos los humanos!

¡Razón Poética!! ¡Razón suficiente para vivir y morir, para amar y sufrir, para soñar y despertar, aprendiendo bajo su tutela a darlo todo en cada beso que damos a la vida, y todo recibirlo de esa alegría del ser que sólo es cuando es compartido!

Amo, sobre todo de este mundo, amo la Razón Poética: convertir en canciones, por igual, dulzores que asperezas; y anhelar siempre, como único descanso posible, las intensas invitaciones del Misterio, a no renunciar nunca a lo Imposible.

¡Razón Poética: jamás razón autosuficiente, en su propia conciencia, siempre hija de la desmesura en el amor y de la humildad confiada, que a todos tiende la mano franca y suplicante!

¡Razón Poética! ¡Razón que da fe de toda fe, de toda creencia que hace de su fiel un servidor atento a la vida y un buceador del Absoluto, entrando decididamente en el núcleo más secreto y profundo de su ser hambriento!

¡Razón Poética: sinrazón de cuantos no se resignan a ser esclavos en este mundo de una altiva razón, que pretende juzgarlo todo, estar por encima de todo, y racionar a los hombres la alegría, negándoles su derecho a soñar y a crear espacios habitables, espacios luminosos, donde respirar sea entrar en comunión con las realidades invisibles que pueblan todo lo visible!

¿Cómo no amar, pues, esta Razón Poética, Razón que da vida a la Poesía, hálito inmortal de la Belleza, Pureza que restaura todas las heridas del ser, con el bálsamo inmortal de la Ternura invencible?

Amo la Razón Poética, porque amo -¡claro está!- mucho más a este mundo y al humano que lo habita. ¿Acaso la Razón Poética no es una válida aproximación al misterio que habita todas las realidades en que vivimos y somos, en que amamos, sufrimos y creamos? Y, ¿no estará, en la misma Razón Poética, debidamente escuchada, seguida, la única solución posible (o, al menos, una muy válida ayuda) a los males que nos aquejan y destruyen?

La vida es impensable sin Poesía. La vida es invivible sin Poesía. El mundo futuro será de cuantos practiquen -¡amen!- la Razón Poética.

*¡La transparencia, Dios, la transparencia!*

#### **IV) ¿LOCO POR LA POESÍA?**

¿SE PUEDE decir de alguien, que está loco por la poesía, de la misma manera que se dice de muchos, que están locos por la música, el deporte, el cine, e incluso por otra persona...? Muchas veces he pensado de mí mismo que soy un loco por la poesía. Mi amor por la poesía es mucho más que interés, gusto o afición. Es una necesidad con la que me identifico. Es una búsqueda en la que me realizo. Leer y escribir poesía es una actividad que, de alguna manera, me posee, me domina, más que ser yo quien la domina y posee a ella. ¿No es esto una verdadera forma de locura humana? Cuando estoy tiempo sin leer poesía, ninguna otra lectura me agrada. Cuando pasan los días y no hay entre manos algún nuevo poema en creación, me encuentro perdido en la vida, y ninguna compañía, por amable que fuere, me es suficiente. Algo de locura debe haber en ello; sí, algo de locura, aunque no sea una locura peligrosa, pero sí, para muchos, una locura inútil, que hay que mantener lejos de la cordura de una sociedad basada en la eficacia y la productividad.

Estar loco por algo o por alguien, significa haber hecho de ese algo o alguien un valor supremo, único, insustituible; un valor por el que no se duda de sacrificar otros valores. Estar loco por algo es haber dado a ese algo las riendas de la propia existencia, y esperar de él, de ello, las mayores satisfacciones y los más puros gozos. Estar loco por algo significa no poder uno pensarse a sí mismo sin ese algo, del que se recibe y por el que el resto de realidades y circunstancias existenciales adquieren la categoría de relativos. La locura por algo o por alguien puede conducir, incluso, a perderse uno a sí mismo para intentar salvar el objeto de nuestra alienación.

Los amantes, en el vértice de su pasión, suelen ser auténticos locos, sin otro punto de mira que la fusión de ambos en un nuevo ser que los contiene y trasciende. Cuando nada existe para ellos fuera de esa fusión, cuando todo lo más interesante y rico para la propia existencia se espera de esa mutua entrega, que hará uno solo de ambos, y ambos de cada uno, puede decirse que se da la locura de amor, porque se ha dejado atrás, olvidada, superada, la conciencia del yo separado, el yo individual; y en su lugar ha aparecido un nuevo yo, que no quiere saber nada de su yo anterior.

Siendo una verdadera locura esta locura de amor, no deja de ser la menos loca de todas las locuras, pues encierra el recordatorio o advertencia de que el yo individual es incompleto (cuando no falso), en tanto no desaparece fundido en un nosotros, fuera del cual me resulta imposible volver a ser yo mismo.

¡Bendita locura, pues, la del amor verdadero, apasionado, único, que nos conduce a ser desapareciendo en la admiración, el entusiasmo y la entrega incondicional a la persona amada! (¿No es así como los místicos de todos los tiempos y creencias, han llegado a ser locos amantes de su Dios? ¿Y no es así también como Dios ama a quienes aceptan su amor?)

Las otras locuras (por el arte, las ciencias, el deporte, la naturaleza, etc.), salvo en contadas excepciones que siempre arrojarán sus dudas (¿Eran verdaderamente dementes personas como Hölderlin, Mozart, Van Gogh, y tantos otros de la historia?), más que de una enajenación mental, me parece que habría que hablar, en estos casos, de una manera de ser en la vida, un modo de actuar radicalizado en la consecución de un objetivo, que ha seducido el alma del que así lo siente, sin dejarle opción a orientarse de otra manera posible. ¿Es esto lo que comúnmente llamamos destino? ¿Son esos "locos" seres que descubrieron su destino y no se negaron a seguirlo, con todas sus consecuencias, y pese

a las cargas e inconvenientes que de ello le venían? ¿No serían, si tal se contempla, héroes antes que locos? ¡Héroes de la fidelidad a sí mismos, hendidos por el rayo de lo divino!

Pero, al halar de la poesía, de esa sinrazón que llamamos vida poética, creo que se dan matices dignos de ser tenidos en cuenta. Veamos.

El poeta enamorado de su arte, no es solamente un alma que ha encontrado su centro vital, su eje dinamizador en la expresión poética (propia o ajena), en el misterio luminoso de la palabra ungida. Es, ante todo, una persona que, atraída por la realidad última de las cosas que le rodean, intenta acercarse lo más posible a dicha realidad, y desentrañarla mediante el instrumento de una palabra hecha nueva, recién creada, por el ritmo o temblor de un presentimiento (¿intuición? ¿comunió? ¿ambas a la vez?), que le cerciora de que nada está dicho de una vez para siempre. Nada es lo que es hasta que no es nombrado por el silencio. El poeta toca el fuego del silencio que se esconde en las palabras, e inflamado en él, alumbrando para otros el camino de la realidad, siempre arduo y escurridizo.

El poeta, pues, ama la realidad, y la busca apasionadamente para señalarla, para servirla. Es un buceador en la vida de aquellas verdades que se esconden a toda superficialidad y rutina existenciales. Y en su búsqueda arriesgada y humilde, descubre que toda verdad humana, toda verdad que ayuda al hombre a ser fiel a sí mismo, está ligada de modo indisoluble a la bondad y a la belleza, y que las tres a una, las tres en una (Verdad, Bondad y Belleza) dan forma a la realidad que nos hace reales, libres, auténticos, sensibles.

Todo su empeño es abrirnos, mediante la palabra evocadora, la palabra transida de luces de imposible, de luces que desgarran el vientre de la oscuridad misma en que se engendran (como el rayo en la nube), a una nueva visión del mundo, de la vida, de las relaciones, del ser propio y ajeno. Luz instantánea y cegadora, pero desgarradora de tinieblas que parecían infranqueables. La poesía nos dice, no pocas veces, y de muchas maneras, que no todo es noche; e incluso que la noche más cerrada, urde en sus entrañas luminarias que, desde lo más alto, tienen poder para orientar nuestro vacilante caminar en la tierra.

Pero -se me objetará-, no todo es Verdad, Bondad y Belleza en la realidad humana y de nuestro mundo. Hay también mucha mentira que hace daño, mucha maldad que destroza vidas, mucha fealdad e incluso horrores que nos conducen, a veces, hasta querer no haber venido a este mundo para no tener que ser sus testigos. Cierto. Es innegable. El poeta, que ama la verdad, no puede pasar por alto cuanto la niega y afea. Pero él mira más hondo. Pero él sabe ver en conjunto. Y en su experiencia contemplativa, poética, telúrica, ha adquirido la certeza de que la última palabra la tiene el amor, no la muerte; de que la realidad, que soporta, ciertamente, al mal, es más grande y poderosa que el mal soportado. Y en su mismo rechazo radical del mal, al que señala y nombra como enemigo a combatir, afirma la búsqueda del bien irrenunciable, del bien que ya somos y el que todavía no hemos alcanzado, pero existe, nos llama, nos pertenece, en la misma medida en que no cedemos a los embates de la mentira, la maldad, el horror.

La locura del poeta es su deseo irrenunciable de un mundo, no más bello, porque él descubre ya en el mundo de su hoy bellezas sin cuento que no siempre sabemos disfrutar (o, compartir); sino un mundo más poblado de admiración, de respeto, de apoyo mutuo, de fraternidad entre todos sus seres (no en vano Francisco de Asís es el patrono de todos los que aman la poesía, siendo al mismo tiempo el hermano maravillado de cuanto existe y alcanza a ver con sus ojos de entusiasmo y agradecimiento) El mundo del poeta mira a la interioridad de lo humano, de la vida en general. Y en su interioridad descubre lo que más necesitamos por fuera, para construir la alegría de vivir, como el aire, respirable por todos, de la realidad.

¿Loco por la poesía? ¡Sí! Pero entendiendo la enorme paradoja de que se trata de locura por la realidad. Perder la razón por lo razonable. Hacerse loco por salvar lo que nos salva: el amor a la realidad que nos unifica y nos trasciende. El amor a cuanto nos hace más humanos. (¿No es así como son locos, entre otros muchos, don Quijote y el príncipe Myshkin?) Pero estas creaciones de Cervantes y Dostoievski no son más que parábolas aleccionadoras de lo que más necesitamos, hoy y siempre, en nuestro mundo. Este mundo que, frecuentemente, teme a todo lo que suene a profundidad, a radicalidad, a búsqueda apasionada, a comunión en las raíces..., y en su lugar, se entrega tan fácilmente al desenfreno de lo superficial, lo ruidoso, lo pragmático, lo acostumbrado, el hedonismo como evasión... Lo que más necesitamos y, de manera muy especial hoy, nos lo ofrece la poesía, la verdadera poesía de todos los tiempos: una mirada llena de fe en la vida, llena de amor a la realidad que nos envuelve, nos penetra y somos.

## V) VENTANA ABIERTA DE LA POESÍA

SI ALGÚN DÍA, apareciese alguien interesado, dispuesto a hurgar en los viejos papeles de mis versos, no tardaría en darse cuenta de que, mi poesía, no obedece a razón alguna predeterminada por gustos, modas o ideologías dominantes, sino únicamente a una imperiosa necesidad personal de ser y de quedar dicho en el ritmo de la palabra poética.

La poesía ha venido a ser, a lo largo de mi ya larga vida, mi modo propio de relacionarme con la existencia; como esa ventana abierta, a través de la cual el mundo *entra en mi casa* y yo no pierdo el contacto con cuanto ocurre *fuera de mí*.

Y así, la poesía me ha conducido a ver el mundo con ojos muy distintos de aquellos con los que, ordinariamente, se le suele mirar. Frente a tanta mirada resbaladiza, superficial, ambiciosa y posesiva; contra tanto pragmatismo que convierte la vida en puro elemento de consumo o de poder; en medio de una sociedad dominada por la prisa, los ruidos, los convencionalismos y las rutinas de toda especie, la poesía me enseñó a ver el mundo, los seres que lo habitan y los acontecimientos que lo conmueven, con mirada de comprensión y cariño, de admiración y de ternura; pero también -y por ello mismo- de inmenso dolor y de indignación ante tanto atropello que afea la hermosa vida humana.

Esta mi forma de mirar y de ver el mundo, a través de la ventana abierta de la poesía, me ha acarreado el venir a ser, para no pocos de mis contemporáneos, *un bicho raro*, incómodo no pocas veces al no compartir sus puntos de mira, cuando no digno de

lástima por haberme *quedado en la cuneta* del camino -único que para ellos vale la pena recorrer- de los éxitos contundentes y de la imagen pública por todos venerada.

En compensación (que, en puridad de sentido, no compensa de nada, porque nada verdaderamente valioso para mí se me ha quitado), la ventana abierta de la poesía me ha permitido vibrar de entusiasmo vital con incontables bellezas -de seres y paisajes, de hechos y creaciones del espíritu humano-, que para la inmensa mayoría permanecen desconocidos y ocultos, o son considerados de poca valía, ya que no sirven para incrementar sus riquezas y placeres, y que para mí fueron dejando, en mis sentidos corporales, pero sobre todo en mi espíritu profundo, sedimentos del más gozoso y fecundo sentido de la vida: el que se apoya firmemente en el amor gratuito y universal, y en la esperanza más desafiante frente a todos los avatares de tristeza que la asedian e invaden.

Convencido estoy, como creyente en el Dios de Jesús, convencido estoy de que, la ventana abierta de la poesía, ha sido el auxilio más poderoso que se me pudiera ofrecer para llegar a contemplar el fondo luminoso de todos los seres y acontecimientos de la vida. Fondo que, para mí, se identifica con la presencia amorosa del Creador haciendo buenas todas las cosas para el disfrute de sus hijos. La poesía, como mirada del amor del hombre que se cruza con la mirada del Amor de Dios, es escuela permanente de gozo en las cosas pequeñas, que se transmutan en las más grandes, por su capacidad de llenar nuestros corazones de luz, de consuelo, de descanso, pero sobre todo, de admiración y entusiasmo. El que sabe gozar de lo pequeño, no necesita nada grande o extraordinario, y su corazón vuela con la libertad de los que son pobres con espíritu.

Creo que vale la pena destacarlo: mi capacidad de gozar mucho de muchas cosas -objetos, detalles de la naturaleza, fenómenos atmosféricos, arte, comunicación, y sobre todo, personas-, me ha ayudado a superar crisis y depresiones, a la vez que me ha hecho comprender que Dios quiere que seamos felices, ya en esta vida, y que se nos pedirá cuenta de todos los sanos placeres que la vida nos ofreció y no supimos disfrutar. ¡Bendita ventana de la poesía, abierta al gozo de todas las bondades creadas!

¿Es mi poesía, en su conjunto, una confesión de fe en el Dios que aprendió a ser Hombre (como tú y como yo), en la sencilla Historia de Jesús de Nazaret? Tal vez. Pero no debo ser yo quien aventure tales conclusiones. Si mi poesía es confesante, lo es en fidelidad a mi propia humanidad, que encuentra en la de Cristo su modelo y meta más altos y definitivos. Aprender a ser persona humana, tarea de toda la existencia de cada individuo, es más fácil integrando la capacidad de fruición a que el Evangelio de Jesús nos invita. *Si tu ojo está sano* (sabe mirar contemplativamente, con amor) *todo tu cuerpo* (existencia) *estará iluminado* (lleno de gozo y paz).

La ventana abierta de la poesía -no sólo ni principalmente de la que yo he escrito, sino más aún de la que he leído con fruición y provecho en mis poetas favoritos-, me ha sacado multitud de veces de mis enredos interiores (miedos y obsesiones, protagonismos y actitudes competitivas), hasta conducirme a aceptar con alegría mi propia pequeñez o insignificancia social, al igual que mi vacío fundamental: condición

para entrar en comunión con todas las bondades de cuanto me rodea, y vivir en acción de gracias por la inagotable riqueza que los seres me ofrecen en su condición de mensajeros divinos.

Y he sabido, desde este lado de la ventana, mirando el sucederse de luces y sombras, de inviernos y primaveras, he sabido, que todo cuanto ocurre al otro lado de la ventana ocurre también en mí, dentro de mí. La comunión es total. Mirando poéticamente, desaparece la distancia entre este y aquel lado. La síntesis equivale a una expansión del ser que se siente hermano de todos los seres y sucesos y dueño a la vez de cuanto contempla. Dueño, sí, por su capacidad de disfrutarlo todo sin ser depredador de nada.

Y he sabido, como el místico de Fontiveros (tal vez de su mano, siempre amiga y buena conductora) que, todo lo verdadero y noble, todo lo bueno y hermoso de este mundo (y del más allá), me pertenece, ¡es mío!, sin que nadie me lo pueda quitar, siempre que lo contemple bajo el prisma de la adoración y la alabanza.

*Míos son los cielos y mía es la tierra. [...] Y todas las cosas son mías. Y el mismo Dios es mío y para mí. [...] ¿Pues qué pides y buscas, alma mía? [...] Sal fuera y gloriáte en tu gloria. Escóndete en ella y goza y alcanzarás las peticiones de tu corazón.*

Asomado a mi ventana, ventana abierta de la poesía, con pasión y perseverancia, he captado muchas señales de ese infinito que mora dentro de cada uno de nosotros, y que a todos no llama a ir siempre más allá, sin conformarnos con migajas de felicidad o de sentido, cuando el Dios de la Vida está empeñado en darnos más, en unirnos más a Él, mediante el goce agradecido de sus criaturas.

## VI) FE POÉTICA

A VECES pienso que, en este mundo, no hay más verdad que la poesía. Que todo lo que escapa a su hálito, tarde o temprano, se convierte en miseria. Las verdades políticas, ¿cuánta mentira no encierran en sus bravuconadas sedientas de poder? Las verdades filosóficas, ¿sirven para algo, cuando no arrojan luz sobre la imperiosa necesidad de amar y ser amado? Las verdades científicas, ¿hasta qué punto son verdades incuestionables y no meras aproximaciones al misterio de la existencia? E incluso, las verdades religiosas, ¿cuánta dificultad no encuentran y arrojan mediante las palabras de sus formulaciones, para el abrazo definitivo entre Dios y el Hombre?

¡No hay verdad donde el humano no es llamado a ser fiel a sí mismo, arrancado de sus miedos ancestrales y de sus conformismos paralizantes!

¡Poca esperanza nos asiste de que el humano, mujer u hombre, se encuentre consigo mismo y en sí mismo con la síntesis del Universo, fuera de la palabra ungida de revelaciones, que señala y no desvela el sentido último de la vida: perderla para poderla encontrar!

¡No hay verdad donde no hay salvación por el Amor!

La poesía nos enseña a buscar por nosotros mismos y en nosotros mismos lo que este mundo encierra para mí y a mí se me ha dado para este mundo.

La poesía es la aventura de buscar más allá de todo hallazgo y de saber encontrar más allá de toda pérdida.

La poesía -ella sola- toca la mente hasta encenderla con la luz del corazón.

La poesía -nada como ella- nos enseña a amar la vida en sus luces y en sus sombras (¡la poesía sabe que no existen las unas sin las otras!).

La poesía, aliento de las profundidades del ser, deja en nuestros labios el sabor de la belleza imperecedera, al que ya jamás podemos renunciar.

Sólo en sus alas logramos subir a lo más alto de los cielos y bajar a lo más profundo de los infiernos para retornar confortados con la sublime verdad de que, quien ha amado, siquiera una vez en su vida, con un amor que hizo de su carne hoguera de resplandores eternos, posee la certeza inarrebatable de que la muerte sólo existe para quienes confundieron vida con seguridades, amor con posesión, verdad con fórmulas doctrinales y de poder.

La poesía. Única verdad que no pretende imponer nada, propagar nada, defender nada; abre en nuestro corazón los ojos del asombro y nos deja abocados a la comunión con cuanto de nobleza y elevación nos sale al paso.

## **VII) LA POESÍA Y YO**

CUANDO LA POESÍA vino a mi vida, se coló de rondón, sin pedirme permiso ni presentarme sus credenciales. Se aposentó como dueña y señora de las profundidades de mi ser; y me dijo: “Yo estoy aquí para enseñarte lo mejor de la vida. Sólo te pido que confíes en mí más que en nada de este mundo, incluso más que en ti mismo”.

Yo, indefenso e ingenuo, deseoso de conocer y amar la vida más allá de todos los anhelos de mi alma, me entregué a sus brazos y le dije, entre copiosas lágrimas de entusiasmo: “Quiero ser tuyo. Llévame adonde sólo tu e puedes llevar. Abre los ojos de mi corazón para poder captar la belleza y la alegría, allí donde tantos otros sólo alcanzan a ver miseria y fealdad. Descúbreme el pasadizo secreto que conduce al misterio de todas las cosas, a fin de que pueda gustar la presencia divina en el corazón de todo lo humano presente. Oh, poesía; sé tú mi amada para siempre, el regazo de los placeres más puros que intuye mi conciencia estremecida como su alimento más necesario”. No sabía lo que decía. No sabía entonces que la reina poesía tenía poder para arrastrar mi alma hacia abismos lo mismo de desesperación que de entusiasmo.

Desde entonces -ignoro el tiempo transcurrido, pues la poesía trastrueca todas las medidas humanas-, mi existencia entera la percibo (y se desarrolla) como admiración y alabanza, como comunión y servicio, como camino siempre inédito que se intuye en el silencio y se desarrolla en fidelidades no ajenas a la búsqueda y el sufrimiento.(¿Quién puede escalar cumbres o explorar simas sin amigarse con el riesgo a cada paso?)

Supe entonces que, si hay poetas para quienes la poesía es un universo de signos a descifrar, para mí, en cambio, sólo podía ser un universo de amores a compartir. Amar y cantar lo amado, señalar y rendirse ante lo bello, olvidarse de sí mismo para mejor recibir la realidad de todo lo otro..., fue y es el marco y contenido de mi hacer poético.

Cuando la poesía vino a mí -ángel anunciador de vivencias preñadas de signos del misterio-, fue, sin duda, porque alguien le había mandado venir, a fin de que amasara las sustancias más tiernas de mi temporalidad con los jugos más sabrosos de la experiencia de lo eterno. Poesía y contemplación vinieron pronto a ser sinónimos de aquel mismo amor que sabe extraer el vino más generoso de las heces más exprimidas del dolor.

La poesía se me reveló como talante primordial, capaz de llenar todos los contenidos de mi existencia con las luces más esclarecedoras de la verdad humana. Ser hombre, a la luz de la poesía, no es más que aprender a ser libre, dejándote liberar por la búsqueda apasionada de la belleza que subyace en todo ser y acontecimiento de la vida. La belleza de la vida real es un firmamento, un universo, que despliega la vastedad de sus mundos y la seducción de su magia, a las alas desplegadas del canto.

¿No es cierto -¡oh poesía, madre y maestra de humanidades en acecho!- que tú has sido para mí, tanto en los momentos álgidos de dicha como en las grietas perturbadoras de la experiencia depresiva, la fuerza más luminosa que hacía estallar mi ser en conciencia amante? ¿No es cierto, con la certeza incandescente de tu escritura profética, que en tus brazos he recibido la noticia más amorosa del Dios Viviente, que hacía estallar los límites y rigideces de mi ser con su siembra de inmarchitables besos? Hasta poder hacer mía la gozosa exclamación del poeta de Tubinga:

*Somos nosotros, los poetas, quienes tenemos el privilegio de permanecer con la cabeza descubierta, bajo las divinas tempestades de Dios, y asir con la propia mano el Rayo Celeste y su fulgurante resplandor, hasta hacerle formar parte de nuestros propios cantos. Pues si nuestros corazones son puros como de niño, y nuestras manos inocentes, el Rayo Purificador venido de cabe el Padre, no nos destruirá, sino que, penetrando en la esencia última, nos conducirá a compartir los divinos sufrimientos, y nuestro corazón gustará aquí la imperturbabilidad de lo Eterno<sup>1</sup>.*

Y, como sugiere la sabia interrogante de aquel otro gran poeta<sup>2</sup> : *¿Es posible que se crea tener un Dios sin usarlo?*, la poesía es escuela permanente en el uso de Dios, en el gozo de su amor, en la conciencia de que vivimos envueltos y traspasados por su misterio. Sin necesidad de ser nombrado, Dios es la primera y la última palabra de un verso verdadero. Más aún, es el misterio de Dios el que enciende con llamaradas cegadoras las palabras que acuden al poeta, y las deja en el papel como ceniza escrita.

Por eso, porque la poesía es ceniza de un fuego devorador, de *un fuego que no nos destruye*, pero sí nos hace *compartir los sufrimientos divinos*, los sufrimientos del Amor más grande, de nuevo al amparo del poeta de las Elegías del Duino, quiero confesar que la tarea poética, no ha sido buscada ni cultivada por mí como medio para nada sino

---

<sup>1</sup> Versión acomodada de la estrofa final de WIE WENN AM FEIERTAGE (Como en un día de fiesta) de F. Hölderlin

<sup>2</sup> R. M. Rilke, LOS CUADERNOS DE MALTE LAURID BRIGGE. Losada, Buenos Aires, 2003, pg. 43



como un fin en sí misma. Porque el amor siempre es un fin en sí mismo. Y así aconseja el poeta de Praga:

*No pidas a nadie que hable de ti ni siquiera con desdén. Y si pasa el tiempo y ves que tu nombre circula entre los hombres, (...) piensa que se ha vuelto malo y arrójalo. Toma otro, cualquiera, para que Dios pueda llamarte en plena noche. Y guárdalo en secreto para todos<sup>3</sup>.*

Tal vez la gracia más grande que he recibido en mi vida de la poesía sea ésta: la de la gratuidad de todo hacer en el mundo, como camino único de autenticidad.

---

<sup>3</sup> R. M. Rilke, o. c., pg 94

## **LA VERDAD DEL AMOR Y EL AMOR A LA VERDAD**

**EL amor** es el hilo conductor de mi discurso vital. Pienso que no son posibles una verdad y una libertad auténticamente humanas, si no están basadas en el amor. Incluso, sin el amor a la verdad, resulta imposible la verdad misma (la verdad no se revela sino a quienes la aman).

Por demás, no existe una verdad abstracta, que pueda pensarse al margen del amor a la vida, de espaldas a las necesidades e intereses vitales del sujeto que la piensa. Sólo es verdad humana la que ayuda al hombre a ser más fiel a sí mismo, más capaz de comunicación e intercambio con otros seres humanos y con el conjunto de la creación; más libre, audaz y creativo. ¿Y, habrá alguien que piense que estas cualidades imprescindibles a la existencia humana puedan darse al margen del amor?

Para defender o acrecentar la vida humana, es inútil partir de otra verdad que no sea la del amor a la verdad misma. Amando la verdad de mi ser hombre, sortearé baches y trampas en el itinerario hacia mi propio yo, mi único yo verdadero, el que no se me puede dar en tanto ande enredado en falsas concepciones de la vida, concepciones de pugna y competitividad con otros, concepciones de posesividad y dependencias, concepciones de placer como sentido último, ¡tan fáciles todas ellas de aceptar bajo sus seductores cantos de sirena!

Cuando yo comprendí esto que acabo de escribir (que nunca se acaba de comprender del todo), allá, alrededor de mis cuarenta años, bajo la luz de una intensa meditación de la Biblia, y con la ayuda de pensadores tales como Romano Guardini, Thomas Merton, René Voillaume y Marcel Légaut (entre otros), confieso que mi vida cambió de manera notable y sensible. Comencé a cuestionarme toda la educación recibida, a revisar todas las verdades de fe y normas de conducta aceptadas, a valorar mi tarea pastoral como un ejercicio de creatividad y de servicio en la gratuidad, y a sostener una conciencia crítica acerca de todo cuanto podía influir, positiva o negativamente, en mi sabiduría de la vida, en mi conciencia de estar vivo, en la fidelidad a mí mismo y a la misión que de mi ser íntimo brotaba.

El mundo entero se me hizo nuevo. La vida total se me convirtió en gozo y tarea. El trabajo pastoral y el literario, ambos poco a poco más armonizados entre sí, se me abrieron como fuentes de autoconocimiento y sensibilidad hacia todo lo noble, justo, verdadero y hermoso de la humanidad. Me hice más humano, comprensivo, tolerante, capaz de escuchar. Las dificultades provenientes de mi salud aquejada, sobre todo en el tema visual, y de los conflictos ya declarados con una nueva orientación eclesial que se alejaba a pasos decididos del Vaticano II (al menos, tal como lo habíamos entendido hasta entonces), no me hizo mella en mi actitud de esperanza y búsqueda, más allá de los inevitables escollos surgidos de la división de pareceres enfrentados en la Iglesia, de la muerte de mis padres acaecida por aquellos entonces, y de la quiebra de mi salud con su consiguiente inactividad imperada. No; no me hizo mella, gracias a que había comprendido algo de valor inestimable: yo no soy el salvador del mundo ni de la Iglesia; soy no más que un modesto servidor, y mientras mantenga la voluntad del

servicio humilde, desinteresado, nadie puede impedirme hacer lo que realmente tenga que hacer, lo que Dios quiere de mí, lo que los demás de mí necesitan.

\* \* \*

Cualquier otra verdad distinta a la del amor, termina siendo el becerro de oro, que esclaviza a sus adoradores y los sitúa de espaldas al Dios de la Vida. Y ello es así porque, sólo la verdad del amor coloca a la persona por encima de todo miedo, y por tanto, escapada de todo afán de seguridades en el camino hacia sí misma, de todo intento de imposiciones y poderío sobre los demás, de toda pretensión de poseer para sí o por sí solo la verdad que nos salva.

Es el momento dichoso en que descubro el valor salvífico de todas las religiones de la tierra. Todas contienen *semillas del Verbo*. Todas son expresión histórico-cultural de la voluntad salvífica universal de Dios. De ese Dios más grande que desborda todos los límites de dogmas, creencias, ritos, estructuras e instituciones temporales. Me acerco a otros libros sagrados (El Corán, Bagavat Gita, Tao Te King, Upanishads), y todos ellos me acercan algo de la verdad del amor, en forma unas veces complementaria a la revelación judeo-cristiana, en forma otras veces de nueva perspectiva para acercarse a la misma salvación única por el amor.

\* \* \*

El que ama la verdad y la busca, tarde o temprano descubre que su ser desnudo y vulnerable es también su verdad más invencible, la que lo constituye abierto a dar y recibir amor. El miedo, que vive siempre agazapado en el corazón del hombre, y que cuando salta produce estragos y horrores dentro de sí y en su entorno, es el de no amar y no llegar a ser amado. Pero en la verdad del amor no cabe tal alimaña.

El que ama la verdad y la busca con amor, ama su propia verdad, la de ser él mismo, sin negar ni querer añadir nada a lo que en verdad es. Mi sensibilidad, la que siempre me ha acompañado desde que tengo conciencia de mi ser yo, es, ciertamente, una sensibilidad dúctil y ardiente, como metal en perpetua fundición. Mi sensibilidad va tomando la forma de todo cuanto ama, hasta el punto de que lo amado en cada momento se convierte en la forma propia de mi sensibilidad.

Contra esa manera tan fácil de apegarme a los seres que impactan mi fondo hambriento de belleza y ternura, luché inútilmente durante años. Lo creía un peligro para mi entrega a Dios en la contemplación y en la caridad pastoral. Hasta que un día supe, gracias a la misma contemplación de amor y a la misma entrega pastoral, que Dios no quiere mi amor en exclusiva, sino en preferencia; que no se nos pide amar a Dios *contra* todas las cosas, sino *sobre* todas las cosas; y que amando mucho a *todas las cosas*, sin olvidar su ser *de cosas*, es decir, de criaturas, puedo encontrar en ellas un trampolín hacia Dios y una forma misma (una ocasión cada vez nueva) de amar al mismo Dios. Amando a las criaturas, también se llega a amar al Creador, que nos ama en las bondades de cada una de ellas, y en cada una de ellas nos pide nuestro amor. Lo peor sería no amar por miedo al amor.

Acepté entonces, con gran liberación, la parte femenina de mi psicología masculina, que salía con ello notablemente enriquecida en equilibrio y flexibilidad, pese a que nunca

perdí aquella satisfacción de ser varón, que me acompañaba desde mi adolescencia. Acepté con paz y armonía interior mi ternura, más acogedora que emprendedora; mi estar en la vida que se caracterizaba por una alegría del ser compartido, mucho más que por las satisfacciones de la conquista y el dominio en un campo de la actividad humana. Acepté que enamorarse en esta vida es una forma natural y positiva de estar vivo. Me di cuenta de cuanta riqueza aportaba a mi trato con los demás, en el acompañamiento espiritual, en la predicación evangélica e incluso en la celebración eucarística, el hecho tan normal en mí de apreciar y resaltar con sincero entusiasmo los valores y encantos de las personas y ambientes entre los cuales se desarrollaba mi acción. Fui vulnerable, sin ocultarlo, ante los dardos de atracción de un hermoso cuerpo o un rostro poblado de misterio (¿cuántas veces no he temblado, de arriba abajo y de dentro afuera, al contemplar la magia de un cuerpo humano, proporcionado y armonioso, hecho presencia cautivadora?)

Aprendí a dar gracias por tantas riquezas repartidas por el Creador en sus criaturas. El descubrimiento de las bondades, me fortaleció para sobrellevar mejor los límites y carencias, míos y del prójimo que, no pocas veces, me hacían daño con esa verdad punzante de su ser criaturas en camino, incompletas, necesitadas, con cortantes aristas que afectaban mis puntos más flacos, a pesar de aquellos otros aspectos atractivos que emocionaban y enaltecían mi sensibilidad. Amar a los seres humanos es amarlos en su verdad de humanos, que no niega sus bondades ni minimiza sus carencias. ¿No es así también como tengo que amarme a mí mismo? ¿No está en tal actitud encerrada gran parte de la verdad del amor?

\* \* \*

Una verdad abstracta que logra convertirse en un absoluto -tal como resulta la idea de Dios al margen de la experiencia mística-, hace del hombre o mujer que cree poseerla un orgulloso fanático, un violento enemigo, más o menos camuflado, de la auténtica libertad. No se encuentra verdad en ninguna forma de fanatismo dogmático, que pone pegas al diálogo abierto, y por tanto al mutuo intercambio y enriquecimiento en la verdad que asiste a todos cuantos la aman y la buscan. Por el contrario, jamás la persona conducida por el gozo del conocimiento amoroso de Dios, podrá nunca negar la fuerza del amor como verdad universal que nos salva.

Esta es también la verdad más acrisolada de mi propia existencia. Este es el yo verdadero de mi experiencia humana. Dios ha venido a ser para mí (sólo Él sabe cómo) esa búsqueda insaciable (pero reconfortante) de la verdad que mejor me conduce hacia mí mismo, y, en mí mismo, al abrazo íntimo con Él. Dios es la menos abstracta de todas las verdades que tientan al hombre, al ser Verdad de Amor que nos enseña a amar.

¿Por qué a tantas personas les resulta tan difícil -e incluso imposible- aceptar a Dios como la Verdad del Amor, en tanto que a otras -ciertamente en minoría- les acompaña como el *leit motiv*, como el *cantus firmus* de sus vivencias más acrisoladas? No sabría yo dar una respuesta a esta cuestión con pretensiones de exhaustividad; ni lo pretendo. Creo que a los seres humanos, especialmente en el occidente cristiano, se nos ha tarado educativamente para el silencio de las profundidades. Somos mucho más hijos del ruido que de la escucha expectante; somos prometeo a la conquista del fuego, convencidos de que sólo tiene validez para la vida temporal aquello que se gana con el propio esfuerzo. ¡Hemos perdido el sentido de la gratuidad! Y Dios es gratuito. Dios se revela como la

gratuidad misma del amor que hace todo amor verdadero. Sin gratuidad no hay verdad de amor.

¡Cuán libre y bienhechora la persona que busca la verdad, la verdad sobre la vida, la verdad sobre sí misma, la verdad de los otros, la verdad de este mundo, la Verdad de Dios en la experiencia de un amor gratuito! Ella estará en condiciones inmejorables para compartir con otros los frutos de su propia búsqueda, lo mejor de sí misma; al tiempo que conseguirá enriquecerse con lo mejor de los demás.

\* \* \*

Y, no es que cada una de estas verdades -sobre sí mismo, sobre los otros, sobre Dios- sean distintas verdades. La Verdad es única, y hace verdadero -y único- a quien la busca y no la niega cuando la encuentra donde fuere. Es cierto, es innegable, que la verdad no abstracta, aquella que da vida al que la busca, sólo por el hecho de buscarla, no siempre se muestra como estrella clara en el horizonte. Hay que desearla. Buscarla comienza por desearla. Saber que existe, debe existir, pues de lo contrario, sin una verdad de amor, ninguna otra posible verdad satisfaría la búsqueda de nuestra ardiente soledad. Siendo sinceros con nosotros mismos: ¿no es cierto que la búsqueda más apasionada y constante de nuestra propia existencia es la de amar y ser amado?

Así lo fui sabiendo tras estudiar Filosofía y Teología. Que el saber no satisface si no es un saber que transforma. Que Dios es la Verdad que nos hace verdaderos porque nos inquieta, nos empuja, no nos deja acomodarnos a las falsas concepciones de la vida ni a cualquiera de las rutinas existenciales que atrofian la profundidad del ser, del ser *a su imagen y semejanza*. Pronto adquirí esta convicción: nadie tiene más interés que Dios en que yo sea yo mismo; cuanto más cultive su imagen y semejanza en mí, es decir, cuanto más divino me haga, seré más humano.

Gocé ciertamente más, mucho más, con los estudios de Filosofía que de Teología. De esta última fue la exégesis bíblica lo que más alimentó mi alma. En tanto que el dogma y la moral, me obligaron a buscar en otras lecturas -especialmente místicas: santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz- mi verdadera formación espiritual. Hoy, recordando aquellos años de formación, le agradezco a la Escolástica su método deductivo, pero sobre todo, su capacidad de no satisfacer a un alma joven en búsqueda.

\* \* \*

Si existe -y yo así lo creo- una verdad revelada, ésta no puede reducirse ni confundirse con una formulación verbal, susceptible de tantas interpretaciones como ángulos de visión culturales y experienciales desde los que se contemple. Y, pretender una única interpretación, de validez universal en el espacio y en el tiempo, no deja de ser una ilusión hija de los espejismos del poder. La verdad revelada, la verdad religiosa -religante- no puede ser otra que la fe en un Dios que busca a los hombres, a fin de que los hombres puedan encontrarse con Él. *Buscad y encontraréis*, dice el evangelio cristiano, cerciorándonos que Dios ha garantizado el hallazgo a toda búsqueda sincera. Es por ello por lo que: *no me buscarías si no me hubieras ya encontrado*; y aquello también de: *nadie busca a Dios en vano, aunque parezca que no se le encuentra*.

El Dios de la verdad revelada no cabe en mente humana; y sólo en la actitud humilde, reverente, adorativa, puede el creyente ser tocado por el Misterio de Dios, por la Luz

excesiva de su mirada amante. ¿No será esto lo que se contiene en la aserción del evangelio de Juan, "los verdadero adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad"? Para los creyentes en el Dios de Jesús, el Dios Padre/Madre que se revela en Cristo es un Misterio de Amor eterno, universal, gratuito. La Verdad de dicho Dios es su Amor, ofrecido a todos como esperanza y arma de combate contra todas las formas de mentira, de violencia, de muerte que subrayan el paso de los mortales por este mundo.

La Verdad de Dios que Jesús de Nazaret ha puesto a nuestro alcance se resume en esta Verdad del Amor. *Como el Padre me amó, así os he amado yo a vosotros; permaneced en mi amor.* El amor es la única hermenéutica de la Verdad permitida a los seguidores de Jesús. Todo cuanto no es juzgado o interrogado desde el amor, con amor, resulta reo de lesa dogmatismo. Sólo como experiencia de amor, Dios puede ser conocido y testimoniado. Y esta es también la verdad que nos hace libres.

El seguidor de Cristo proclama por activa y por pasiva que sólo el Amor salva. La Misericordia infinita de Dios es el estandarte de la Verdad que el cristianismo levanta en medio de todos los hombres y de los pueblos. Donde y cuando se cierran las puertas a la Misericordia Infinita (que, por otro lado, es únicamente la de Dios) los humanos tienen mayores dificultades para conocer la verdad revelada, el Amor que nos salva.

*Si la voluntad de Dios es que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad,* Dios no puede dejar de hacer lo que quiere (no puede contradecirse a sí mismo): salvar a toda la humanidad histórica con su Amor (*¡tanto amó Dios al mundo...!*) Y la fe teológica es el regalo que Dios nos hace para que empecemos a gozar ya, aquí y ahora, de esa salvación por el amor *que salta hasta la vida eterna.*

Yo prefiero equivocarme por defender la primacía del Amor antes que la primacía de la Verdad. Apuesto por la Verdad del Amor, muy distinta y superior a la Verdad de la Razón. ¿No se dejó crucificar Jesús por la Verdad del Amor? ¿Y no esgrimieron, los que lo llevaron al suplicio, razones de la verdad política y religiosa de su tiempo para condenarlo? Con la razón se puede condenar lo más santo y revalorizar lo más inicuo.

Hoy como ayer, sólo los que viven y mueren en la defensa del Amor, alcanzan a ser testigos de la Verdad que nos hace libres. Esta es la posible y deseable evangelización del mundo de hoy. Este será el signo más convincente de que Cristo vive en su Iglesia. Sólo en esta actitud -vivir y estar dispuesto a morir en la defensa del amor- se encuentran y se abrazan el amor a la Verdad y la verdad del Amor.

\* \* \*

El Amor es el hilo conductor de mi discurso vital. Siempre que pienso en cuestiones tales como: ¿quién soy yo? ¿para qué he venido a este mundo? ¿dónde está la verdadera felicidad humana? ¿y la auténtica libertad? ¿qué esperan los demás de mí?; y, sobre todo, la cuestión que, a veces, tanto suele inquietar: ¿existe Dios? ¿y, cómo es?... sólo en el Amor -el amor que es comunión, solidaridad, servicio, gratuidad...-, suelo vislumbrar chispazos que me permiten avanzar en la noche. Sin el Amor, cualquier otra respuesta es, como mínimo, insuficiente. La tarea pastoral que no se fundamente en la transmisión de este amor (*mistagogia*), será cualquier cosa menos anuncio del Reino que viene por el Amor.

En más de una ocasión, ante el traslado pastoral de un cura o religioso/a, que vivía dramáticamente el tener que dejar a personas, a quienes amaba muy sinceramente, con quienes se encontraba comprometido en el camino espiritual y/o en el servicio humanitario, a mí, la única advertencia que se me ha ocurrido siempre ha sido decirles: donde quiera que vayas tendrás personas a quienes amar y servir. Y, oh maravilla; más de una vez, tales sacerdotes o personas consagradas, me han dado las gracias por aquel consejo que les libró de amarguras y les abrió a lo único necesario.

Yo, que he llegado a amar de manera muy entrañable a muchas personas de diversa índole en el ejercicio de mi misión evangelizadora, hasta sentir un desgarramiento semejante a la muerte al tenerlos que dejar, sé que el mismo amor a esas personas, me enseñó a amar a otras con la misma intensidad, y sin que ello supusiera ruptura u olvido de las anteriores. ¿No es este uno de los milagros del Amor? El verdadero amor ensancha el corazón del amante más allá de todas sus capacidades y límites psico-físico-temporales.

Por todo lo aquí dicho (y mucho más que resulta imposible de decir), puedo afirmar con acción de gracias: el amor es el hilo conductor de mi discurso vital. Creo que sólo por el amor se podrán excusar mejor mis excesos y mis errores. Estoy convencido de que sólo por el amor se podrá comprender un poco el trasfondo de mi alma sedienta, insatisfecha. Si Alguien no me hubiera amado primero, yo no habría sido esa criatura anhelante, rastreadora por los caminos de la cultura y del arte, de la fe y de la razón; rastreadora de las bondades y bellezas salidas al paso; rastreadora de ese Amor que todo lo contiene, promete y comparte, y en el que yo mismo me convierto en un ser compartido, un ser imposible si no lo es con otros y para otros.

## ¡HERMANO, TE AMO!

Todos los que estamos aquí, hemos soñado alguna vez, y soñamos muchas veces, con un Mundo sin ningún tipo de fronteras, sin muros ni alambradas de división, sin puestos de observación ni controles de policía, donde todos, mujeres y hombres, sin distinción alguna de raza, lengua, sexo, ideología o religión, podamos ir y venir a nuestras anchas, expresando libremente lo que somos y lo que pensamos, y dispuestos a la comunicación y el intercambio, sin ningún tipo de superioridad, marginación ni condena.

Todos los que estamos aquí esta tarde, y muchos otros que nosotros conocemos y nos acompañan en el espíritu, creemos que lo más grande, importante y valioso que existe en este Mundo es la Persona Humana; y en función de su Dignidad Sagrada y del Respeto integral a su Derechos Fundamentales, estamos dispuestos a tender puentes de entendimiento mutuo y a levantar el grito de protesta, cada vez que veamos que se antepone al Ser Humano y a su Integridad los intereses bastardos de las ideas, el poder, el dinero, así como cualquier forma de Fundamentalismo que niegue o pretenda negar el Derecho a las Diferencias y a la necesidad que tenemos unos de otros. Todos los que estamos aquí, Musulmanes y Cristianos, Cristianos y Musulmanes, afirmamos que existe un solo Dios, Creador de todas las cosas, Misericordioso y Eterno, que pide y espera de nosotros el mejor culto, el culto en espíritu y en verdad, el único que le agrada; y que, a través de todos nuestros actos, medios e instituciones, fomentemos la Fraternidad entre todos los seres humanos y con el conjunto de la Creación, porque todos somos criaturas de su Amor, y Él no quiere ser ni aparecer como más Creador de unos que de otros; ni como un Dios más verdadero en una religión que en otra.

Todos los que estamos aquí, nos sentimos dichosos de poder convivir en el respeto a las diferencias y en la valoración admirativa a lo mucho bueno que tienen "los otros", y que, sin duda, lo tienen para enriquecernos a los demás.

Todos los que estamos aquí, somos conscientes de que todas las religiones poseen su verdad, su bondad, su poder de salvación, y están llamadas a abrir cauces de acercamiento, hasta que descubramos que, en todas las religiones, es la misma y única Verdad, la Eterna Bondad, la Salvación Universal que nos viene gratuitamente del Dios único, de su Voluntad Salvífica Universal.

Todos los que estamos aquí, aunque seamos pocos en número, representamos el sentir mayoritario de la humanidad histórica: que no habrá verdadero progreso y bienestar en los pueblos, sin el esfuerzo conjunto de todas las religiones de la Tierra por erradicar la miseria, el hambre, las epidemias, la violencia de género, la explotación del hombre contra el hombre.

Todos los que estamos aquí, estamos aquí porque sabemos que la historia verdadera, la historia del Bien, de la Verdad, de la Justicia, de la Libertad y de la Paz, se escribe con gestos sencillos, con gestos salidos del corazón, como este que ahora realizamos todos nosotros, musulmanes y cristianos, al darnos la mano unos a otros, cada uno al que tiene a su lado, mientras decimos con todas las fuerzas de nuestro ser: ¡HERMANO, TE AMO!

*(Texto leído en comunidad en una reunión de convivencia y oración Islamo-Cristiana, en Murcia, el veintidós de junio de 2002, ligeramente retocado)*



## YO SOY NOSOTROS (declaración de autoestima)

“¡YO soy yo!”. Es el grito de identidad -santo y seña-, de cuantos buscan afirmar su personalidad o defender su originalidad única e irrepetible, en el contexto de las relaciones humanas.

*Yo soy yo*, ha venido a ser todo un programa de vida, que encierra la ambición (¿vana ilusión?) de *llegar a ser uno mismo*, despojado de todas aquellas influencias, más o menos nefastas, heredadas o impuestas por los convencionalismos sociales o atavismos culturales ya periclitados.

Para ser fiel a tal meta -llegar a ser uno mismo, poder afirmarse ante y entre los demás, con su personalidad inconfundible-, numerosos hombres y mujeres de hoy, se rebelan tenazmente contra las formas de masificación que, tanto en pensamiento, como en modas y costumbres, buscan la uniformidad de existencia más que la diferenciación y el legítimo pluralismo.

Para conseguir tal ideal, se acude y se devora la, hoy tan en moda, literatura de *autoayuda*, y se acude a mil formas de terapia individual, con la esperanza de conseguir ese don tan preciado de *llegar a ser uno mismo*.

Se potencia, ante todo, el concepto de *autoestima*. Si la persona no se ama a sí misma, no estará en condiciones de amar a nadie ni de sentirse amada por nadie. El amor a sí mismo exige dedicar tiempo a la propia intimidad, a las necesidades insertas en mi modo propio de ser, a la satisfacción de ciertos placeres sin los cuales la vida humana, tarde o temprano, se deshumaniza, se hace menos llevadera, cuando no insostenible.

La *autoestima*, en su dimensión más dignificadora del ser humano, ha de contener también una buena dosis de humildad, es decir, de reconocimiento de los propios límites y carencias que, por mucha autoayuda y terapias de personalización y madurez humana de que seamos objeto, jamás conseguiremos eliminar del todo en nuestra experiencia vital. De hecho, todas las buenas escuelas, métodos y técnicas de autoayuda, tienen en cuenta que nadie se puede ayudar a sí mismo a crecer como persona en sus valores más inalienables, si no lo hace desde la plena aceptación de sus propios límites. Son mis propios límites los que me marcan la verdadera grandeza de mi *yo* original, que no podría existir fuera de los mismos.

*Yo soy yo* dentro de mis propios límites, y nunca fuera o al margen de ellos. Y sólo me amo a mí mismo cuando amo mis propios límites que me marcan la realidad de mi espacio vital. Quien ama sus propios límites extrae de ellos el mejor fruto posible para sí y para los demás. Mis límites me dan mi fuerza.

\* \* \*

“¡Yo soy yo!”. Gritan sin cesar y por doquier todos los rebeldes a cualquier forma de masificación, imposición o dependencia.

Pero ¿no resulta una vulgar tautología decir tal cosa, puesto que el sustantivo "yo", en sentido radical del verbo "ser", no puede tener otro predicado distinto al "yo" mismo del sujeto oracional? ¿Puede el sujeto "yo" ser, en su desnuda esencia, otra cosa que el propio "yo" predicado? Si alguien dice: yo soy mi patria, yo soy mi amada, yo soy mi creación artística (y, no faltará quienes lo digan), ¿no está, más bien, expresando un sentimiento privado, una emoción intelectual, antes que una realidad substancial y objetiva? Cuando predico, en presente de indicativo, del "yo", que "es", lo hago desde la conciencia de que yo soy el sujeto de dicho predicado. El sujeto y el predicado se identifican en virtud del sustantivo que los expresa. En tal caso, el predicado nada añade al sujeto, por lo que resulta superfluo o falaz. Yo soy yo suena lo mismo que decir "el cielo es el cielo".

¿Por qué, pues, se afirma tan frecuente y ligeramente, y como si se estuviese defendiendo la misma esencia de la vida humana o la supervivencia del sujeto afirmante, el "yo soy yo"?

Y, si es verdad que el simplemente "yo soy" (sujeto y verbo, sin predicado), nadie lo puede decir con propiedad, excepto *Aquel-que-es-por-sí-mismo*, todo el que se atreva a decir "yo soy", debe percatarse al momento de que es un "yo" por referencia a un "tú" que lo autentifica, aunque dicho "tú" no esté demostrablemente presente. Ni yo soy yo sin un tú de referencia, ni tú eres tú sin mi yo que te reconoce. Cada uno es, para sí, su "yo", al mismo tiempo que un "tú" para el otro. Y resulta la curiosidad asombrosa de que ningún "yo" es verdadero sin un "tú" de intercomunicación. Yo soy una *relación* a la que me entrego y de la que me recibo.

De modo que, decir "yo soy yo", para afirmarse uno a sí mismo, para identificarse ante y entre los otros, al mismo tiempo que defiende su originalidad personal; o para fundamentar la *autoestima* dentro de la propia conciencia, no deja de ser una trampa en la que no pocos permiten perezca lo mejor de su "yo" auténtico, que consiste en su *ser relacional*, su no poder ser "yo" sin un "tú" y sin el "nosotros" que de ambos emana hasta tomar su estructura fundamental.

Nadie ha podido, todavía, captar en el vasto universo de la existencia humana, la estrella de un *yo* cuya luz propia sea independiente del cosmos en que se mueve e inscribe. Ni siquiera Jesús de Nazaret es un astro independiente del firmamento Judío y Universal. Constelaciones, galaxias, nebulosas formadas por generaciones y generaciones sin cuento, tejen la expansión inconmensurable de la especie humana, donde cada "yo" nacido dentro de ella, recibe su luz del movimiento de todos los conjuntos y conjunto de conjuntos que configuran el *Yo Cósmico*, el Ser Unitario, en el que cada uno venimos a ser un Ser Individual. Y, ese *yo Cósmico*, al que también podríamos llamar el "nosotros", *representa* la larga y dolorosa marcha de una humanidad histórica, marcada por la inexorable necesidad de solidaridad y de comunión.

Cada "yo" que viene a este mundo, lo hace con la vocación irrenunciable del "nosotros".

\* \* \*

Pero, recordemos aquí que otro dijo: *Yo soy yo y mis circunstancias*.

Y lo mejoró un poco. Pero sólo un poco.

*Mis circunstancias* me recuerdan, ciertamente, que vivo en un mundo condicionado a la vez que libre. La libertad del sujeto no es omnímoda, aunque siempre posible. Las circunstancias (*accidentes de tiempo, lugar, modo, etc., que están unidos a la sustancia de algún hecho o dicho*, según define el Diccionario de la RAEL) modifican y encauzan dicha libertad, que no pueden suprimir. Y ya todo depende de cómo sepa yo comportarme con *mis circunstancias*, usar de ellas, vivir con y dentro de ellas. Seguiré siendo libre en tanto no permita que *mis circunstancias* se apoderen o supriman la realidad de mi "yo" original y único, al que están unidas.

*Mis circunstancias*, al ser añadidas a *mi yo sustancial*, me llevan a distinguir entre el yo como "predicado" y el yo como "sujeto". Es el mismo y no es el mismo yo. Las circunstancias que modifican el predicado, dan al sujeto *la conciencia* de una realidad poderosa con la que siempre hay que contar. Tales circunstancias están dentro y fuera de mí. Son muchas. No siempre las puedo dominar (¡ni conocer!). Por eso he de tenerlas en cuenta a la hora de decir quien soy yo, qué quiero ser yo y qué puedo hacer en este mundo.

Son tales circunstancias, con las que debo contar muchas veces, a lo largo de mi existencia, entre otras: mi carácter, salud, herencia genética, ambiente y familia, sexo y su orientación, formación y educación, opciones fundamentales de mi vida, personas que me han influenciado, creencias que he hecho mías, amistades, dedicación preferencial, momento histórico...

Y nadie pensará que tal cúmulo de circunstancias, que pesan sobre mi pobre, mi débil *yo predicado*, no vaya a ser relevante en la conciencia de mi *yo sujeto*. Mi *yo sujeto* se va haciendo progresiva y paulatinamente según el modo de relacionarse con las circunstancias del *yo predicado*. Yo soy aquel que acierto a ser en el uso responsable de mis circunstancias personales. Ninguna de ellas me fuerza a ser de una determinada manera; pero de ninguna puedo prescindir, en algún grado o medida, para llegar a ser quien debo ser, quien puedo ser en estricta realidad, quien los demás necesitan que yo sea. No contar con las circunstancias que afectan a mi *yo*, es una manera de alejarse de la propia realidad; es una especie de suicidio del *yo real y profundo*.

\* \* \*

En realidad ¿son *mías* mis circunstancias? ¿Me pertenecen?; ¿en qué sentido?

*Mías*, porque me afectan positiva o negativamente, porque me desafían a sacar lo mejor que hay dentro de mí, porque no puedo olvidarme de ellas para llegar a *ser yo mismo*. Pero, *mías*, porque yo pueda prescindir de ellas, o cambiarlas por otras, o tener sobre ellas un dominio absoluto... ¡de ningún modo! Soy, *ante* mis circunstancias, un individuo llamado a hacerse a sí mismo en el uso adecuado de las mismas; soy, *con* mis circunstancias, un ser en diálogo, siempre enfrentado a lo que ellas significan, reclaman, sugieren, facilitan o entorpecen...

Sobre la marcha de los acontecimientos, son mis circunstancias las que una y otra vez me alertan, sobre la necesidad de *discernir* para elegir bien entre la diversidad de aspectos posibles que se me ofrecen como destino propio. Y, me dicen también, que, no

puedo renegar de ninguna de mis circunstancias, sin correr el riesgo de renegar de mi yo propio, dejando sin sacar a luz algo de lo mejor que llevo en mí y que más de mí necesitan los demás. El discernimiento sobre el buen o mal manejo de mis circunstancias, me empujará también, alguna que otra vez, a cambiar de rumbo. Si no existieran las *circunstancias del yo*, tampoco se daría la necesidad del *discernimiento*.

Esto lo aprendí pronto al percatarme de una de las circunstancias más poderosas en mi temperamento juvenil, de mi psiquismo individual, cual ha sido y es la sensibilidad. Esa propensión tan viva en mí de dejarme arrastrar, hasta situaciones desesperantes unas veces, extáticas otras, por sentimientos de compasión, admiración, entusiasmo, indignación, ternura, humanidad... ¡Cómo se sufre y se goza bajo la égida de un sensibilidad rusiente! Yo no la pedí; pero hoy, en el ocaso de mi vida temporal, la agradezco como destello divino impreso en mi ser más valioso.

Gracias a los buenos guías espirituales que encontré en los años de formación, supe que la sensibilidad que me hacía sufrir tanto por tantas situaciones, tales como la facilidad de mi corazón para apegarse a personas y cosas, era al mismo tiempo una mina de riqueza incalculable para vivir la caridad pastoral y poder predicar, sin disminuir su grandeza humana, el Evangelio de Jesús. Me enamoraría muchas, pero que muchas veces. Y la misma sensibilidad que me llevaba a gozar (y, desear hacer míos) los encantos de las criaturas, me advertía, una y otra vez, de que la belleza no es objeto de posesión, sino de comunión en el misterio de la Belleza Eterna.

Fue esta misma circunstancia de mi sensibilidad, la que me ayudó a comprender que, la gratuidad en el don, es atributo y fruto de una vida nucleada en el amor contemplativo. La misma celebración litúrgica se nutre más de sensibilidad que de fidelidades rituales. Y a la hora de acoger y acompañar a personas, creyentes o no, el alma sensible del pastor conecta antes y más directamente con las necesidades del otro. La sensibilidad encauzada empuja hacia la creatividad al servicio de la misión y del bien común.

Entre la mera percepción *sensorial* y la *sensible*, pienso, hay un camino por recorrer. La sensorial no es todavía de admiración y gozo ante la inminencia de lo bello, lo noble, lo verdadero. En tanto que, una percepción sensible, representa el momento estético (sublime) en que, el que contempla, el que mira desde adentro, se deja tocar en sus fibras más delicadas y vibrantes por el alma de lo contemplado, hasta que algo en él se eleva y es transformado. Así me ha seducido, hasta imprimir en mí destellos de su armonía, muchas veces, la contemplación de un paisaje. Así, mi acusada sensibilidad, me ha permitido transitar por el mundo del arte, especialmente de la poesía, con pasos cortos pero firmes. Un acertado discernimiento sobre el valor de la sensibilidad, hecho en mis años jóvenes, me permite hoy afirmar que la experiencia cotidiana, vivida bajo el prisma contemplativo, es una experiencia renovada de alegría en el ser.

Lo acabado de decir, no quiere ocultar que, la fina sensibilidad, su afectividad madura para captar y defender todo valor humano, lleva consigo una buena dosis de sufrimiento. La persona sensible, camina frecuentemente sobre ascuas, y es atizada por burlas y celos -cuando no codazos- de quienes transitan a su lado.

\* \* \*

Un signo indiscutible de madurez humana consiste en poder decir de corazón: Yo soy yo, y me encuentro muy bien, muy a gusto, siendo yo mismo, siendo el que soy, sin negar ninguna de mis circunstancias (físicas, psíquicas, morales, sociales, intelectuales, etc.) Sin olvidar nunca que entre mis circunstancias más presentes e influyentes en el sentido de mi vida, en su calidad humana y, en la alegría de vivir, se encuentra la circunstancia del *plural humano*, es decir, el *nosotros*, representado por la familia, el grupo más cercano, la comunidad de fe, las características del *momento histórico*, y, el mundo todo de los congéneres, al que pertenecemos y del que hemos venido a formar parte, sin que podamos ser nada fuera de él.

Entre todas las circunstancias que modifican y estructuran mi yo real, ninguna más fundamental y exigente que la apertura a *la realidad inmediata*. La fidelidad a sí mismo, la conciencia de misión, las actitudes de búsqueda y de diálogo, la clara necesidad del otro en cuanto *otro...*, virtudes todas ellas altamente realizadoras del yo auténtico, forman el acerbo que mejor define la herencia de una sensibilidad abierta y entregada al *momento presente*, como espacio de respuesta a las grandes y urgentes llamadas de la existencia. Es indiscutible que mi yo real no puede darse al margen de la realidad que lo envuelve y penetra en cada aquí y ahora.

En suma, mis circunstancias me recuerdan de continuo que no puedo ser yo sin los demás: los que me agradan y los que me fastidian, los que permanecen cerca y los que están lejos, con los que coincido y con los que disiento. Los demás. Sencillamente, todos los demás.

De ahí al enunciado que sirve de título a estas líneas, *yo soy nosotros*, hay menos de un paso. Yo no he venido a este mundo sin los demás. Nada verdaderamente útil a la humanidad histórica puedo hacer sin los demás. Todo cuanto soy, tengo, puedo, valgo, lo soy por los demás, con los demás, para los demás. *Yo soy nosotros*, y si no existiera el *nosotros* no existiría el yo. Tan pronto tomo conciencia de mi yo individual, me descubro como ser relacional, ser que se realiza en la relación.

\* \* \*

Naturalmente que yo sigo siendo yo (y mis circunstancias). Pero mi autoestima, el amor a mí mismo como individuo único e irrepetible, el valor de mi existencia a defender con arrojo y riesgo, no es ni puede ser otro que el que brota del *nosotros*. Quien no encuentra su yo en un *nosotros*, ha encontrado un falso yo, al que no vale la pena cuidar, defender ni amar. El *nosotros* es anterior al yo; y éste, sólo en aquel se autentifica. La autoestima no es, pues, tanto, buscar lo mejor para sí mismo, cuanto buscar mi único bien posible en todo bien compartido, en todo cuanto hace crecer la vida del *nosotros* (lo que es bueno para todos resulta lo mejor para mí) De hecho, todo bien que no es compartido deja de ser humano.

Mi ser cristiano, mi entrega pastoral a la Iglesia Católica, en un contexto histórico y social pluralista e hipercrítico, dentro de las enormes dificultades que venimos sufriendo en las últimas décadas en orden a la evangelización de *la nueva cultura*, ofrecen, no pocas veces, la tentación de abandono, unida al cansancio de pertenencia. Pero ha sido, precisamente, esta misma situación *eclesial*, con sus flagrantes contradicciones evangélicas y su tendencia claramente involucionista, una de las realidades que más me han ayudado a asumir con humildad la solidaridad en lo menos bueno (e, incluso, malo)

de esta Iglesia que amo, y cuyo bien compartido (y ofrecido a todos) es infinitamente mayor que los males detectados y criticados por propios y ajenos.

El *nosotros* de la Iglesia Católica (que en la Iglesia se llama *Comunión*), no ha dejado de ser en ningún momento el reclamo más fuerte a encontrar en ella mi bien personal compartido con muchos hermanos, así como mi *yo* más libre y mejor realizado en su fidelidad a una llamada: la que, al escucharla, me ha constituido ministro del Nuevo Testamento, como mi forma propia de seguir a Jesús el Cristo. Mi Opción Fundamental por Jesús y su Evangelio, me enseñó con clarividencia más que meridiana, que, *el nosotros eclesial*, es insostenible sin esa dosis extraordinaria de humildad que sabe comulgar con lo menos bueno dentro de la Institución, por amor a lo mucho bueno que en ella se contiene y participa. Totalmente imposible el seguimiento de Jesús sin la bienaventuranza de la humildad y mansedumbre de corazón (que regala el Espíritu Santo), que nos permite vivir dentro de ella y ser hijos agradecidos de una Iglesia Santa y Pecadora al mismo tiempo.

\* \* \*

Entonces, volviendo a la declaración de autoestima que se propone, ¿se puede decir, sin lesionar verdad alguna, “¡yo soy yo!”? ¡Por supuesto!: yo *soy yo* porque soy individuo de la especie humana, único e irrepetible, con una conciencia personal que me permite (y me obliga) a distinguirme de los demás, sin dejar de ser al mismo tiempo uno entre muchos, uno con todos.

Pero, precisamente, porque soy *individuo de la especie humana*, no puedo proclamar la independencia absoluta de mi *yo*, ya que éste no existe ni puede existir fuera de dicha *especie*. Ni puedo procurar mi felicidad sin contar con la misma necesidad de ser felices que tienen todos los seres humanos. Ni puedo cultivar mi originalidad más genuina, al margen de la necesidad de personalidad propia de los otros, con quienes y para quienes, yo soy una vocación de servicio y una misión de contenido universal. Mi *yo* más auténtico sólo lo es complementario y en diálogo con el *yo* de todos los otros. Mi quehacer más valioso en este mundo será aquel que logro realizar, no como *mi* obra particular, sino como *nuestra* obra en común.

Y porque soy *único e irrepetible*, dentro de los millones y millones de seres humanos que pueblan, han poblado y poblarán nuestro planeta, estoy obligado a pulir el diamante de mi rica personalidad, no para el lucimiento propio, sino para mejor aportar a los otros la luz que de mí necesitan. Sólo cultivando esta actitud, recibiré igualmente de los otros las luces que ellos guardan para mí. Y mi pequeña luz sumada a las luces de muchos, formarán una sola luz, un sol grandioso, capaz de desterrar infinidad de tinieblas en la marcha de nuestro mundo.

*Yo soy nosotros*, puede sonar a disparate lógico, gramatical; pero encierra la sabiduría más alta de la humanidad histórica; la paradoja más reconfortante para una mente sana y abierta; la metáfora más luminosa para ilustrar la poesía de la vida; el aforismo que más puertas abre al sentido de nuestro ser humano.

\* \* \*

En mi experiencia personal, de la que es forzoso hablar en estas páginas confidenciales, el *nosotros*, *principio* y *fundamento* de todo auténtico *yo*, ha venido a ser, por gracia de influencias espirituales tan fuertes como el Evangelio de Jesús, la vivencia Mística, el camino de la No-Violencia y las intuiciones más puras de la Poesía, una especie de estructura mental que me ha conducido, casi siempre sin yo darme cuenta hasta más tarde, a situarme en actitud de alerta para dar y recibir, para valorar y admirar lo *otro*, para buscar de realizar la obra en común, en la que muchos participan y nadie es autor principal ni responsable único ni competidor con quienes trabajan para el mismo fin.

Siempre estuve a favor de la Pastoral de Conjunto, de la que tanto se habló en los años anteriores y posteriores al Vaticano II, y que, a trancas y barrancas, pudimos realizar hasta principio de los años ochenta del pasado siglo, entre los pastores que estábamos sensibilizados para ello. ¡Y cómo se notaba en las parroquias y fieles el fruto del trabajo nacido de este proceder en común! Después..., vino el miedo a la creatividad de los curas, vino el uniformismo negador del pluralismo de opciones y respuestas pastorales, vino un neoclericalismo jerarquizante y acaparador de todos los carismas eclesiales, vino... la mediocridad y la tristeza de una liturgia extremadamente ritualista, y una moral estrecha de miras para defender lo auténticamente humano. A pesar de ello, hasta finales de siglo, yo seguí hablado de la necesidad de una Pastoral de Conjunto; y más de una vez he escuchado, literalmente, la misma respuesta: de *eso* no habla hoy nadie más que tú.

En el *nosotros* no cabe ninguna forma de liderazgo o poder impositivo. Descubrir tal horizonte ha sido causa para mí de no pocos sufrimientos (sufrimientos purificadores), pero de muchas más alegrías. El bien común se constituye en rector de todo bien particular. Y en las actividades imperadas por la vocación, misión o tarea encomendada, uno se vive a sí mismo como servidor del bien común, y jamás como dueño absoluto de una parcela de labor. Ser cura no es ser dueño de una parroquia o parcela eclesial.

Lo vi. y viví con mucha claridad en mi trabajo como consiliario de JOC. Los militantes y dirigentes del movimiento, me enseñaron a mí (que no era precisamente uno de ellos) y en orden al buen funcionamiento, al servicio desinteresado y eficaz a los jóvenes trabajadores, tanto o más de lo que yo pudiera darles a ellos como acompañante desde la fe; me enseñaron que allí no había ni podía haber más Jefe que el propio Jesús de Nazaret, ni mayor interés que la promoción integral (educación y evangelización, como entonces se decía) de los jóvenes de la clase obrera. Todo protagonismo estaba en franco antagonismo con los objetivos del Movimiento, que se autodefinía como *de* jóvenes trabajadores, *por* los jóvenes trabajadores y *para* los jóvenes trabajadores. *Entre* ellos, aprendí a ser *con* ellos y *para* ellos, instrumento en sus manos, que sus manos fueron perfeccionando con el uso.

Lo que yo debo a la JOC de aquellos años, creo poder afirmar (y deber confesar), ha influido notablemente en el resto de mi actividad pastoral, ayudándome a superar viejos esquemas clericales marcados, tan frecuentemente, por los pruritos de director de orquesta o de archivo contenedor de todos los saberes necesarios y puntuales. En la parroquia, así como otros servicios de animación espiritual en que me he movido posteriormente, el *nosotros* ha estado presente como espacio de libertad y participación, escenario de escucha y de aprendizaje constante. *Esto no es exclusivo del cura; y si no lo hacemos entre todos, se quedará sin hacer* (me escucharon muchas veces mis feligreses). Tal actitud me ha proporcionado muchas incomprendiones (por parte de fieles y jerarquía) y muchas satisfacciones al constatar el aprovechamiento de esas

personas inquietas y buscadoras, que en todas partes se encuentran, y que se resisten a ser peones bajo una mente privilegiada y unas manos seguras y deslizantes de jugador de ajedrez. Además, toda acción pastoral que se inscriba en el Misterio de la Iglesia, ¿no habrá de ser forzosamente un *nosotros en acción*, en el que todo *yo* creyente y comunitario se encuentre acogido y actuante (no sólo representado)?

Recuerdo a este respecto (y no sin gratitud) mis cuatro años de teologado en el Seminario Conciliar de San Fulgencio, donde me cupo el honor de animar su Grupo de Teatro, bien conocido en la ciudad por su correcto hacer, y que en aquellos años, unas veces en teatro de cámara, otras en representación escénica, pudimos ofrecer al público obras clásicas y de actualidad que, si bien no intentaban competir con los grupos profesionales, era suficientemente reconocida su calidad artística.

Desde el primer momento en que comencé a ejercer mi tarea animadora, me di cuenta de que la “animación” teatral no era “dirección”; el buen resultado podría ser hijo de mis desvelos, sí, pero amasados a los desvelos de la luminotecnia, la sincronización musical, decorados, vestuarios, tramoya y, muy especialmente, la identificación de los actores principales con el *yo* de sus personajes. Cuando se abría el telón para dar comienzo a la obra, yo tenía la seguridad de que todo iba a salir bien, porque estaba en marcha *nuestra* obra, no *mi* obra. Y al cerrarse el telón por última vez tras los aplausos del público, todos nos felicitábamos cordialmente convencidos de que el éxito, grande o pequeño, no era mérito de nadie en particular ni de nadie por encima de los demás. Era cosa *nuestra*. Un triunfo del *nosotros* por encima de todos los falsos *yo infatuados*, o *ínfulas de protagonismo*. Así es como lo viví entonces y lo agradezco ahora. Pequeñas realidades que marcan una trayectoria.

Buscar una plataforma de acción para *tregar*, ocupar un puesto de responsabilidad para *difundir tus ideas*, desarrollar tu trabajo profesional como *dueño* y no como *servidor de los intereses comunes*, acaparar en tus manos únicas un montón de responsabilidades que debieran ser repartidas entre muchas manos, creerte necesario e incluso imprescindible en tu tarea, mantener posiciones de hegemonía, partidismo, proteccionismo y patriarcalidad..., constituyen vicios feos (y ya *viejos vicios*) que impiden el triunfo del *nosotros* en cualquier grupo y actividad humanos. También en las iglesias. Más aún: sin la virtud de la gratuidad, nada les queda que hacer a las iglesias.

*Gratuito* es todo lo que se me regala. Más aún: lo que si no se me regala no lo puedo adquirir, porque consiste precisamente en eso: en don, gracia que se me hace. La vida, la fe, la cultura, la lengua, la sensibilidad (y otras muchas circunstancias de mi existencia) son realidades vivas, realidades de vida en las que yo participo y que existían antes de que yo las pudiera hacer mías.

Pues bien, todas esas circunstancias, todos esos valores que rodean y enriquecen mi existencia, que existen antes de que yo viniera y existirán después de que yo me vaya, se encierran en el seno maternal de la gratuidad, y me hacen nacer desde él para que yo pueda vivir también en gratuidad y desde la gratuidad. En el acto de recibir gratuitamente y dar gratuitamente, se fundamenta el misterio del ser.

\* \* \*



Intentemos decir “*yo soy nosotros*”. Intentémoslo con confianza y audacia. Tal vez el solo intento produzca ya una metamorfosis espiritual en quienes a ello se atreven.

Aprendamos a decir “*yo soy nosotros*”. Y terminaremos sabiendo que, la mayor y más beneficiosa eficacia de toda tarea en este mundo, se encierra en la humildad, en la conciencia clarividente de que todos nos necesitamos, en la alegría de reconocer y celebrar todo lo bueno que percibo en los otros, que tienen y son capaces de hacer los otros, en el saber *desaparecer* a tiempo para que *aparezcan* otros con sus posibilidades distintas y sus horizontes nuevos.

Dejemos que el *nosotros* nos enseñe a decir *yo*.

La auténtica autoestima me señala que la mejor manera de amarme a mí mismo radica en estos dos movimientos del corazón: por un lado, *reconocer* lo mucho bueno que he recibido, cultivarlo al máximo, disfrutar de ello y ponerlo al servicio de los demás de la forma más gratuita posible; por otro lado, *ser agradecido*, con aquella acción de gracias que proclama que todo bien se hace universal al ser compartido.

## MOMENTOS PRIVILEGIADOS

HE DUDADO mucho en dar este título: *momentos privilegiados*. Me parecía arrogarme algo que no me pertenece. Tales momentos, aunque los haya vivido yo, no son míos ni como posibilidad de adquirirlos ni de perpetuarlos. Y mucho menos como posibilidad de merecerlos. Por eso, no son *privilegiados* en el sentido de dotes ni cualidades naturales de mi persona que los generen o exijan. El haberlos vivido no me hace superior a quienes no los han hecho suyos. Son, creo, *privilegiados*, en el sentido de una *concesión* que me ha permitido gozar, en determinados momentos, de una experiencia exultante, que me sumía en asombro y gratitud.

Los he disfrutado varias veces a lo largo de mi vida. Son esos en que uno exclama desde lo más recóndito de su ser, y sin poderse contener: “¡Dios mío, qué hermoso es esto! ¡Qué hermoso!”; o también: “¡Gracias, Señor, por haber vivido hasta este momento. Ya puedo irme tranquilo de este mundo, pues nada más grande puede ofrecerme la existencia!”.

Ignoro cómo pueden haber vivido otros semejantes experiencias equivalentes a las mías, que sin duda no son exclusivas de nadie, pero que cada cual recibe a su manera. Mi intento aquí es tratar de explicarme cómo las he vivido yo, cómo han afectado a mi conciencia, como han impactado mi vida entera. Y de paso, si a alguien le ayudan, sea para que ellos las vivencien a su modo personal.

Recuerdo con luz persistente aquel concierto, con motivo del día de santa Cecilia, en el Seminario Mayor de san Fulgencio, ejecutado por el Cuarteto Beethoven del Conservatorio de Murcia. Contaba yo sobre los veinticuatro años. Mi corazón fluía con las notas y compases, variando al ritmo y cadencia de la obra interpretada. Sin perder la conciencia de mí mismo, gozaba de aquella maravilla melódica, me dejaba llevar, transportar, sin oponer resistencia alguna al proceso modulador de las notas; huyó la pesadez de mi cuerpo, la tensión de mis músculos, la inquietud de mi mente; se hicieron difusas las circunstancias espaciotemporales de lugar, hora, acompañantes, luces..., hasta que, en uno de los movimientos de la obra musical, me sentí tan identificado con el milagro sonoro, cual si mi corazón fuese la partitura interpretada virtuosamente por aquellos profesores instrumentistas. ¡Sí!; era mi propio corazón el que manaba compases y compases, hasta llenar todo el ambiente de sensaciones de paz y de gozo irrefrenables, incontenibles. Sólo existía la música en clave de eternidad. Y yo sólo conciencia atónita de hermosura tanta.

La música me hablaba en inefables imágenes visuales y nobles sentimientos sonoros. ¿Cuánto tiempo duró aquella clarividencia unitiva entre la música y yo? No debió ser mucho. ¡Pero cuánto contenido enardecedor en tan breve lapso! Más, hubiera sido imposible, tal vez, fatal.

Cuando pude reflexionar -cuando retorné a ser dueño de mí mismo-, me embargaba la sensación de algo inusual por maravilloso. Un solo sentimiento acaparaba todo mi psiquismo entusiasmado: “¡Basta! ¡No quiero más! ¡Es superior a mis fuerzas!”.

Pocos días después, quise compartir tal experiencia con el Director Espiritual del Seminario, que era también mi acompañante: buen conocedor de las interioridades

humanas y guía experimentado en los caminos del espíritu, apostilló, de inmediato, a mi confianza: “Dios suele tocar a cada criatura en la fibra más sensible de su humanidad; y es posible que tu fibra más sensible sea la de la belleza”. Y añadió: “Agradece esa sensibilidad, pero ten presente que será para ti fuente por igual de penas que de alegrías. Gozarás y sufrirás mucho en la vida. Pero por todo ello crecerás en el amor”. Palabras que son como una profecía cumplida.

Salvador -que es el nombre de tan sabio acompañante- me ayudó también, con motivo de aquel “*momento musical*”, a valorar la inmensa riqueza de nuestros sentidos corporales, todos ellos abocados al conocimiento y gozo de las bondades creadas, así como vigías alertadores a salir de nosotros mismos hacia regiones inexploradas de entusiasmo y fruición, de creación y conciencia lúdica. Él fue sin duda el primero que me hizo caer en la cuenta de la importancia insustituible del *darse cuenta*, del *saber mirar viendo* lo que la realidad tiene de más vivo. La vida se ofrece siempre rica en posibilidades de crecimiento personal para aquellos que atisban la profundidad de sus ofertas y demandas. Quien sabe responder a lo que la vida *le pide* en cada momento, no necesitará jamás que la misma vida *le de* mucho. En lo que la vida me pide, suele encerrarse también lo que yo necesito de la vida.

\* \* \*

Otro momento, de gran carga afectiva, lo significó -ya a mis cuarenta años-, una experiencia de comunicación con un buen amigo, con el que ya había vivido otros muchos encuentros de intercambio en íntima confianza y total sinceridad. Este diálogo de amistad solía hacernos bien a ambos, y lo buscábamos con redoblado interés. Nos veíamos reflejados el uno en el otro. Intentábamos discernir las llamadas de la vida en las circunstancias concretas que cada uno recorriamos. Como creyentes ambos en el Dios de Jesús, nos preocupaba especialmente revisar nuestra fidelidad al Evangelio del Reino. Y a mí, como presbítero, me correspondía, alguna que otra vez, administrar el sacramento de la Misericordia y del Perdón. En suma, una amistad rica en contenido, gozosa en su realización y potenciadora de la libertad en el amor.

En el día al que se refiere esta experiencia, había transcurrido varios meses -casi un año- desde la última entrevista, y fue especialmente caluroso el encuentro de mi amigo y yo. Teníamos, naturalmente, mucho de qué hablar. Pero llegamos pronto a lo esencial. Al cesar las palabras de intercambio de los últimos acontecimientos de nuestras respectivas vidas, felices en el descanso que proporciona la abierta, fácil y cálida comunicación, mediante la cual sus penas eran mis penas, mis alegrías sus alegrías, y nuestras vidas transcurrían por caminos paralelos y entrecruzados, en el objetivo común de la fidelidad de cada uno a sí mismo y a su específica misión en la vida..., yo sentí como si allí, en la habitación superior de mi casa del pueblo donde nos encontrábamos, que también me servía de biblioteca y escritorio, no estuviéramos dos personas, él y yo, sino una sola. No dos cuerpos, sino un solo cuerpo. Un único calor vital fundiendo dos organismos vivos. Dos corazones con un mismo latido. O, tal vez, el latido de cada uno de nuestros corazones instalado, como único ya propio, en el corazón del otro.

¿Qué era aquello, jamás antes intuido por mi ser vivo, con sus múltiples sensaciones de plenitud humana y hallazgo de lo indecible? ¿Qué significaba aquel sentir la vida como un más allá conseguido de todo lo individual y privado? En nuestra comunicación, cesada ya en palabras, latía otra comunicación más real y más viva, más enriquecedora

y más exultante: la comunicación afectiva que no necesita otro fuego que el de la admiración rendida ante la maravilla que es una vida conocida a través del intercambio y la ternura. Eso era. En la alegría simple y graciosa del ser compartido, me invadía el milagro de la vida humana e incluso de la vida cósmica, concretas para mí en la persona presente del amigo.

Mi amigo me confiesa, cuando le participo esta vivencia, que él no lo ha sentido igual que yo. Que esa fusión de mi ser con su ser, de su ser con el mío, ha sido algo particular para mí. Él, sí, se siente a gusto, tranquilo, agradecido; pero en todo momento consciente de su ser individual. Me cree, sí; pues algo ha percibido en mi rostro, en mis actitudes, que revela mi gozo especial, mi estado de ánimo exultante y sereno a un tiempo, como rendido ante la evidencia del misterio.

Con todo, él tampoco termina de entender -ni yo de explicar- qué es lo que ha pasado allí, entre nosotros dos. ¿Una especie de alucinación por mi parte? ¿Una nueva sensación de bienestar entre los dos, nunca antes semejante? ¡Quién sabe! Yo sólo podía afirmar que se trataba de algo hermoso, muy hermoso, capaz de dar sentido a una vida entera. Algo que había penetrado -¿o, había nacido?- en un vértice superior y lejano de mi conciencia más lúcida, de mi más ferviente capacidad de vida en el amor.

Una cosa sí estaba clara para mí: la ternura y el interés por el bien del amigo, eran el sol deslumbrante de aquel estado excepcional de mi alma. La presencia captada por todos los sentidos -de adentro y de afuera-, de un ser amado, real y concreto, abierto y compartido en la responsabilidad mutua, se me evidenciaba suma y signo de todos los valores más irrenunciables de la existencia humana. “¡Dios está aquí!”, gritaba mi interior con todas sus fuerzas. Dios, que es vida compartida, comunicación amorosa, abrazo sin ruptura.

En aquel instante, lo habría dado todo por perpetuarlo. Sabía, sin necesidad de pensar, que la vida temporal no podía darme nada más grande, nada más hermoso, nada más humano ni divino. Y al mismo tiempo sabía que no podía -ni debía- aspirar a tener muchos momentos como aquel. Era la eternidad abierta, abocada, instalada en la fragilidad del tiempo transitorio. Era algo para saborear y agradecer, más que para desear y poseer. Pero seguía siendo -y hoy todavía lo es- revelación del sentido último de mi vida: la comunicación en el amor, destino a la vez carnal y espiritual, temporal y eterno de mi existencia peregrina.

Muy pocos días después, y mientras preparaba mi ánimo con el silencio para la oración matinal, me encontré balbuciendo, como borboteando de mis entrañas alucinadas, el poema *Cantar del alma enamorada*, que me permito traer ahora aquí, como testimonio histórico de aquella singular andadura de amistad y de su íntima relación con la experiencia del amor divino.

*Porque te busco a ti, lo encuentro todo;  
porque escucho tu voz, todo me canta;  
porque es a ti a quien me entrego siempre  
que me entrego con alma;  
porque ya no sé amar si no es amándote  
y te amo en el amor con que me amas;  
porque todos los eres van gritándome*

*tu nombre en la mañana;  
porque el futuro tiene un rostro amigo  
y una pasión de vida en sus entrañas;  
porque siempre me pierdo en un abrazo  
y en un abrazo siempre me rescatas;  
porque llenas de espíritu la noche  
y de armonía eterna mi guitarra;  
porque me nublas toda belleza pasajera  
con formas siempre nuevas de tu desnuda gracia;  
porque te busco a ti, lo encuentro todo;  
porque escucho tu voz, todo me canta.*

También aquí fui a compartir con mi buen amigo acompañante Salvador, que desde el Seminario ha seguido los pasos de mi aventura humano-creyente. “No es de extrañar -más o menos, recuerdo me dijo- que en una comunicación profunda entre amigos, aunque sea a nivel espiritual, se produzca una exaltación anímica que repercute en toda la realidad humana -pues cuerpo y alma son una entidad inseparable-, produciendo sensación de gozo y plenitud, semejante al placer erótico (también al estético.) Cuando la afectividad, con la ayuda de la Gracia divina, escapa a las trampas de la posesividad y la dependencia, vive la libertad en el amor: esa experiencia de ser más tú mismo cuanto más te olvidas de ti en el otro. El amado te libera de tu falso yo, a la vez que te madura para amar más y mejor a otros muchos y a ti mismo, incluido Dios”.

A través de aquella comunicación me ayudó Salvador -como tantas veces en mi vida- a comprender que no debemos dar tanta importancia al sexo en tales experiencias de reciprocidad y gratuidad en el amor. El sexo está integrado -no suprimido ni reprimido-, porque la sexualidad humana es expresión y vehículo de la necesidad de amar y ser amado, tan inscritas e imprescindibles en el proceso de maduración personal y de armonía psíquica. No hay amor humano sin alguna presencia de sexo; ni siquiera el del hombre hacia Dios. Experimentar la presencia y las llamadas de la sexualidad en una comunicación amistosa, no tiene por qué ser objeto de temor, ni siquiera entre personas del mismo sexo. Pero el sexo no será tampoco lo primero ni más importante en dicha comunicación. La misma fuerza del espíritu hará limitar la dimensión de carnalidad.

Debemos cuidarnos de no confundir (y menos, temer) un afecto vivo entre dos personas del mismo sexo con lo que sería la dependencia homosexual. Además, en todo amor sincero hay que aceptar su veta de riesgo, como en el mejor metal la ganga. (¿No es verdad que a amar se aprende amando?.)

También hay que aceptar que cada uno de los amigos que comparten la misma experiencia comunicativa, lo vivan como fenómeno distinto, cada cual según su síntesis humana y su capacidad afectiva. No podemos prescindir de nuestra condición sexuada ni siquiera para hablar con Dios, para celebrar la Eucaristía; ¡pues cuanto menos para compartir en profundidad con un ser querido, presente de carne y hueso! Es experiencia universal que la sangre hierve en las venas de todo el que habla y escucha con amor.

¿Extrañará, pues, a nadie que comparta conmigo la vivencia y reflexión sobre este *momento privilegiado de amistad*, que, desde entonces, yo no haya cesado de proclamar que creo en el amor, y le doy culto, como sacramento de realización personal y viático de valores eternos en nuestra historia de criaturas incompletas, en camino hacia sí

mismas? ¿Que el amor entre humanos está llamado a ser revelación del Amor divino? En todo amor humano Dios me educa (y seduce) para el Amor divino. *El que ama* -decía R. M. Rilke- *camina cara a Dios delante de la persona amada.*

\* \* \*

Sí; he tenido otras, diversas, experiencias de amistad propiciadoras de encuentros de gozosa y cálida comunicación, con otras personas, especialmente con tres amigas religiosas. Cada encuentro, particularmente con una de ellas, carmelita descalza, que se prolongó con cierta periodicidad durante casi veinte años, fue para mí cada vez una llamada a la conversión del corazón; es decir, la certificación de que el intercambio del *logos*, que cada uno llevamos como misterio del propio ser y como comunión con el Ser Eterno, descubre siempre nuevos horizontes de vida y puebla nuestros caminos trillados y polvorientos con la luz de su Espíritu Renovador.

¡Imposible calcular el bien que me hizo esta comunicación, en relación con mi camino orante y la fidelidad a mi tarea evangelizadora, amén de la potenciación de incontables valores humanos! He de reconocer que no era una religiosa contemplativa más, sino algo más que una buena religiosa contemplativa. Con esta amiga siempre ardía mi corazón mientras conversábamos uno a cada lado del muro separador del locutorio conventual. Y durante días y días, la reciprocidad vivida en el afectuoso diálogo, manaba dentro de mí fuerzas y canciones de madura conciencia de fe. Por eso, cuando esta comunicación se fue apagando, pese a que yo quise mantenerla a toda costa, quedó en mi alma un rincón arruinado, quejumbroso, que, pese a mantener otras amistades vivas y enriquecedoras, no pueden suplir aquella, en su singular aportación, pues cada intercambio en que el amor está presente, se nos da una nueva síntesis vital, una confirmación de que sólo el amor salva.

\* \* \*

Como muestra de otro tipo de momento privilegiado, momento extraordinario, momento sublime, me referiré ahora al de la conclusión de la lectura de un libro. Me centraré en una de las últimas experiencias: la lectura de *Vida y destino*, del novelista ruso Vasili Grosman, realizada a lo largo de los siete primeros meses del pasado año.

Vi la novela en el escaparate de una librería, en una ciudad en la que estaba de paso, por razones de visita a unos amigos, y me sedujo de inmediato el título. Nada sabía de su autor. La compré. Comencé a leerla el día siguiente de su adquisición. Y, desde el primer momento, pocas páginas transcurridas, me asaltó la poderosa sensación de encontrarme ante el libro que yo necesitaba leer en este preciso momento de mi vida.

Ya en la temprana página doce, leí esta frase que me obligó a meditar largo tiempo: *La vida se extingue allí donde existe el empeño de borrar las diferencias y las particularidades por la vía de la violencia.* La frase resumaba amor a la vida; a la vida concreta y real, con todas sus contradicciones, ambigüedades y miserias. Pero también era -y esto me afectaba más- una decidida defensa del pluralismo vital, cultural, ideológico, religioso, etc., expresado como *diferencias y particularidades*, que suelen ser la gran riqueza de la vida, y la llamada que nos hace a aportar unos a otros lo que es diferente y particular en cada caso.

Pero más aún, la sencilla frase de Grossman, contenía una apuesta decidida a favor de la no-violencia, al menos, como conciencia de la inutilidad de todo poder que avasalla e impone. La vía de la violencia jamás estará al servicio de la vida. Quien ama la vida y pretende defenderla o incrementarla, en cualquiera de sus múltiples facetas e intereses humanos, no podrá menos que valorar muy positivamente el legítimo pluralismo, y odiar el uniformismo que sólo sirve a los intereses de los poderosos.

Desde aquel primer chispazo de intensa luminosidad, la novela no dejó de subyugarme -no pretendo hacer un análisis de la misma (que he leído una sola vez, aunque despacio), sino sólo compartir el momento privilegiado de acabar su lectura- por su lacerante realismo: páginas donde el dolor y la vergüenza de ser hombre, se da la mano con la ternura del encuentro amoroso, la clara camaradería, la muerte heroica, la fidelidad a la propia conciencia; donde los horrores de la guerra y la dureza de corazón de sus artífices y mentores, se entrecruza con la arriesgada búsqueda de la verdad, el cultivo de la ciencia al servicio de la vida, la religiosidad amasada con las entrañas del pueblo, el arte y la literatura como vehículos de convivencia en el seno de una sana búsqueda de caminos nuevos. Y sobre toda aquella magma en ebullición, generando en sus entrañas un grito unánime de libertad..., -cárceles, delatores sin conciencia, traidores a su propia causa, interrogatorios inicuos, campos de exterminio, campos de trabajos forzados...- campea victoriosamente una tierna mirada al ser humano, débil y temeroso, capaz de lo mejor y de lo peor; pero siempre, siempre, digno de compasión, de misericordia, de esperanza. Quien no espera en el hombre, su semejante -parece decirnos Vasili Grossman-, no se en qué o quién puede esperar.

Y llegué al final de la novela. Con pena y gratitud. Sabía que no es posible leer muchos libros de tanta densidad y belleza. De tanto realismo y sabiduría espiritual. Antes de cerrar la última página, di gracias a Dios por haber vivido hasta ese preciso momento, por haber tenido la posibilidad de leer tal libro. Me sentía desbordante de agradecimiento con la vida, que me había traído hasta aquí, hasta el encuentro con la obra de Vasili Grossman, que venía a significar para mí la constatación de que no ha muerto en nuestro mundo el espíritu de la verdad y de la libertad, de la justicia y de la paz. Vale la pena compartir con un desconocido autor ruso, fallecido ya hace cuarenta y cuatro años, y que resulta estar más cerca de mí que muchos de mis más allegados contemporáneos, la profundidad luminosa de su alma y la mirada escrutadora de su amor, capaz de ver dónde se esconde lo humano indestructible, aunque fuere en el corazón mismo de los infiernos. En páginas malditas que describen con fuertes tintas rencillas entre hermanos, vejaciones escalofrantes, torturas y exterminios en cámaras de gas..., siempre el gesto o la palabra del personaje, tal vez anónimo, que encarna un amor a sus semejantes más fuerte que la muerte, el sacrificio gustoso por los demás e incluso el sentimiento de perdón más allá de bandos, ideologías enfrentadas o arribismos políticos interesados. Siempre, a través de alguno de sus personajes, heridos por la crueldad, destaca la supremacía invencible de la comprensión, la misericordia y el perdón.

Vale la pena ver, como nos lo hace Vasili Grossman, que las semillas del *Logos*, el Verbo encarnado, son fruto maduro en muchas experiencia humanas, aunque no sean de las que acaparan las noticias que dan la vuelta al mundo en rotativas y telediarios; que un escritor -ayer Dostoievski, hoy Grossman-, sabe captar el Evangelio vivo, la buena noticia de un Dios salvando este mundo perdido, en el amor anónimo de tantos pequeños y sencillos que no quisieron para sí otra cosa, no tuvieron más aspiración en

su alma, que la de ser humanos, consigo mismos y con los demás. Ser humano ¿no es la máxima aspiración posible en el corazón del hombre? En dicha constatación, sumergidos a una mi emotividad y mi racionalidad en la luz de tan gozoso mensaje, me parecía estrechar entre mis brazos y besar amistosamente al autor de *Vida y destino*.

El Evangelio de Jesús de Nazaret sigue vivo (¿podría ser de otra manera?), y lo proclaman todos aquellos que, a partir de su propia experiencia de compromiso con la realidad, a través de su discurrir atento en medio de los hombres y mujeres de su época, en la realización gustosa de sus actividades familiares, profesionales, políticas... no ceden a las sirenas de las falsas concepciones de la vida basadas en la avidez de poder o de riquezas, antes bien, renunciando a privilegios y ostentaciones, pretenden ser, ante todo, humildes servidores en las necesidades de sus hermanos. No salvadores de nadie. Sólo quién se sabe salvado por un gran amor, sabe que dicho amor está salvando generosamente a todos y nos salva a su vez en nuestra actitud de entrega desinteresada. Vasili Grossman parece saberlo muy bien. Donde hay amor nunca hay desgracia completa, aplastante. Sobre las situaciones que destruyen la vida sobresale campeon el amor hasta el fin a la misma vida destruida.

Otro sentimiento me embarga también al finalizar la lectura de *Vida y destino*: cuán bueno me parece que el Evangelio sea predicado de esta manera, a través de una novela, que será leída por personas creyentes y no creyentes, pero que sin duda dejará en todas las conciencias lectoras, más o menos grabada con fuerza, la huella indeleble de un testimonio de fe en la humanidad en marcha, pese a los muchos nubarrones y tormentas que parece empeñarse en decirnos que el hombre no tiene solución, que nuestro mundo actual es un callejón (de horrores) sin salida.

Recuerdo que Jesús de Nazaret nos advirtió “*No temáis; yo he vencido al mundo*”. Y también supo alegrarse e inclinar el corazón de sus discípulos hacia la alegría, al saber que *otros echaban demonios en su nombre, sin pertenecer a su grupo*. ¿Por qué razón no puede ser una novela púlpito del Amor de Dios al mundo, trampolín de consuelos y estímulos para quienes sufren y luchan por un mundo más justo? Que el Evangelio del Reino se predica en muchos lugares y de muchas maneras, y no sólo en las Iglesias Cristianas, ni especialmente mediante “la enseñanza oficial” de las mismas, debe ser un motivo de gozo para todos los creyentes en el Dios de Jesús. En semejante gozo rebotaba, hasta llorar de ternura y de esperanza, de rabia y de consuelo al acabar la lectura de *Vida y destino*. *La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la pueden sofocar*.

\* \* \*

Pero la lectura de una obra interesante, aleccionadora, no acaba con el cierre de sus páginas. En un diálogo interior ininterrumpido, nos sigue interpelando, llamando a conversión, pidiendo hacerse carne en nuestra carne, vida en nuestros pensamientos, sentimientos y acciones. Tal ha ocurrido con muchas de mis lecturas anteriores. Por eso sé lo importante que es saber seleccionar los libros. Y, en más de una ocasión, me ha sucedido, que un libro cuya lectura me había de resultar altamente enriquecedora, me ha salido él al encuentro, como un ser vivo que me llamase desde una estantería repleta de libros como si él sólo estuviera allí para mí, o desde el escaparate librero junto al que pasas y miras como al descuido, o desde la conversación casual con una persona



inesperada. No pocas veces donde menos se podía imaginar, el libro me estaba esperando.

Los libros tienen alma, y se une a la nuestra para juntos hacer vida en el espíritu, camino en la libertad, o, simplemente, aportar conocimiento deleitable. Se aprende a leer leyendo con interés. Tal aprendizaje es una especie de convivencia, de intercambio, no sólo intelectual sino al mismo tiempo afectivo (¿quién que se precie de lector no ha llegado a amar algún libro como a una criatura, un auténtico ser entrañable?). Por eso, confieso, que al finalizar la lectura de *Vida y destino*, me sentí como diciendo “adiós” a un buen amigo, al que tal vez no volvería a ver; desgarrado por una comunicación, profunda y conmovedora, interrumpida por los imperativos del seguir adelante, que a todos impone la existencia. Aprendizaje que consiste en amar sin apegarse, disfrutar de los gozos presentes sin pretender retenerlos, aceptar en toda experiencia de vida compartida el paso hacia la muerte, y la muerte misma en el paso de la vida cuanto más plétórica de vivencias reconfortantes.

\* \* \*

Otro momento singular, que ha guardado en mi memoria un espacio propio y estremecedor, a pesar del tiempo transcurrido -unos veinte años-, corresponde al de aquella tarde veraniega, en la primera quincena de septiembre, mientras rezaba vísperas *peripatéticamente* por la amplia terraza superior de un edificio de ocho pisos, en La Manga del Mar Menor, y quedé sorprendido por el espectáculo de una puesta de sol en ambos mares, que nada tenía que ver con las muchas otras puestas de sol que antes había contemplado, por maravillosas que me parecieran en su momento.

La altura me facilitaba una atalaya de ensueño. El silencio envolvente transfiguraba el panorama. El clima espiritual de oración abría mis potencias y sentidos más allá de todas sus capacidades ordinarias. Y yo estaba allí por algo y para algo. Y yo estaba allí por Alguien y con Alguien. La sensación de no estar solo era más fuerte que todas las otras sensaciones.

Era la misma hora de ayer y de anteayer. Pero la franja de tierra que se extendía a mi izquierda entre los dos mares, el celaje de nubes y claros que se dilataba sobre mi frente y las dos planchas de agua que se dejaban acariciar por los rayos finales del sol de aquel día caluroso, tenían algo de fantasmagórico e inusual, que me inquietaba y apaciguaba a un tiempo. No era un paisaje nuevo para mí, sino hartamente familiar; y, sin embargo, me parecía verlo por primera vez, con un poder de cautividad que me arrastraba.

Comienza la danza en que cielo y tierra, los mares Mediterráneo y Menor, las pequeñas e incluso minúsculas islas que no distan mucho de sus costas, la rala vegetación autóctona y las edificaciones en general bajas, que puede alcanzar mi mirada, adquieren una unidad esencial, como un paisaje pintado en lienzo, en que todos sus elementos se armonizan por gracia de una luz sustancial, una luz que está al mismo tiempo -o que brota al mismo tiempo- de todo lo visto y de los ojos mismos que contemplan.

El sol, que se oculta entre estratos superpuestos de nubes bogadoras, va lanzando sus rayos oblicuos, con diversa intensidad y poder iluminador, ora sobre una pequeña cumbre que destella aureolas de dulce color cárdeno; ora sobre un espacio de mar quieto, incandescente, asaetado por mil lanzas de pacífico fuego; ora sobre un

minúsculo archipiélago, que semeja una piadosa reunión de monjes anclada en su mística soledad; ora sobre la cercana playa, donde cada oscilación del agua, deja en la arena una marca de luz que se demora como la señal de un beso de pasión; ora el juego de líneas y ángulos que se suceden en constante negación de toda simetría, como exaltación de lo irregular e imprevisible, en el conjunto de edificios que la luz caprichosamente define.

Cada instante cambia la entonación de la luz, cambian los colores, parece cambiar de lugar cada cosa; hay un ritmo suave y sereno, pero firme y seguro, que va mutando la escenografía cual si un proyector lanzara imágenes inéditas en un espacio siempre virgen. Es la danza de la naturaleza. Es la música de la hora triunfal. Estoy viendo lo que antes nunca había visto ni imaginaba siquiera que pudiera existir ni nadie ha mirado fuera de mí. Yo también soy distinto cada instante, arrobado por la gozosa diversidad de tonos, sonidos, sentimientos, que el espectáculo me brinda tan gratuitamente. Ahora se que todos los grandes espectáculos que antes he visto o pueda contemplar en el futuro, tienen en el de esta tarde su punto culminante de referencia y su centro orquestal. Teatro, música, ópera, danza y todas las artes plásticas, serán deudas siempre para mí de este momento fugaz y eterno, que me hizo comprender que la belleza no es don que pueda ser poseído por el humano; que toda “creación” de belleza es deudora de otra Belleza inaccesible pero comunicada por gracia; y que la hermosura que tiene poder para revelar al hombre su eternidad, está tanto en los ojos del que mira como en el misterio de lo mirado.

Ha oscurecido del todo. Me cuesta dejar este lugar, por el suceso que en él acaba de sobrecogerme; pero no tengo más remedio que bajar al piso, donde me esperan amigos y familiares. Las luces eléctricas ocupan ahora el espacio del milagro anterior. Pero también ellas son una especie de milagro. Crece la sombra nocturna. Y se agradece: es como el cobijo para tanta luz que uno lleva en sí. Hay que bajar, y, sin decir nada, compartir con todos la vida -la maravilla- que, en este atardecer en La Manga, se ha hecho mía a fin de que yo sea más de todos.

\* \* \*

Es hora de preguntarnos: ¿y qué hay de común entre estos cuatro *momentos privilegiados* -mejor, *momentos singulares*- de una música transportadora, una comunicación amistosa a corazón abierto, un libro leído de poderoso impacto emocional y un paisaje espectacular de un atardecer marino? ¿Qué hilo profundo teje su singularidad en relación con la propia experiencia de estar vivo y de haber entrado en comunión con el misterio del otro, de lo otro (tal vez, de lo eterno)?

Se trata de fenómenos complejos, que se resisten al análisis y a conceptualizaciones. Pero en mi reflexión posterior en torno a ellos he podido concluir que, al menos, el clima mental de recogimiento interior, de concentración en el “aquí y ahora”, ha jugado un papel de mano introductora o mistagógica. La amorosa disposición que intento me acompañe en momentos tales, me permite y hasta me facilita cortar con todo aquello, por dentro y por fuera, que no sea el preciso objeto de mi atención. La música que suena, lo hace para mí, y quiere aportarme para mi crecimiento personal, algo de su maravilla rítmica y melódica, de su mundo de sensaciones armónicas y armonizadoras. Si no le presto el máximo de mi atención, ella no puede darme el máximo de su belleza. Si la dejo pasar sin recibirla dentro de mí, soy un desagradecido que no acoge las

bondades que se le ofrecen en el camino. Saber disfrutar de lo bueno que uno tiene delante de sí, con ese disfrute que es admiración, respeto, bendición, acción de gracias..., es condición imprescindible para encontrarse uno consigo mismo y en sí mismo con lo mejor de los demás. Dejar perder esos momentos sería, como mínimo, de temeraria ingratitud. Es el amor de las cosas llamando al amor de la persona. Sólo mi amor puede captar y recibir el amor de una música, de una pintura, de un paisaje, de una persona, de un acontecimiento...

En toda concentración en el momento presente, se manifiesta la actitud de búsqueda: esa insatisfacción permanente de nuestro espíritu, ese vacío irrellenable de nuestra mente profunda, esa hambre y sed infinitas de vida y de felicidad, que nos impulsan a perdernos tras todas las intuiciones de la alegría de vivir. Allí donde se nos promete crecer en sensibilidad, avanzar en la vivencia de amar y ser amado, gozar de los placeres efímeros, transitorios, que en un instante llaman a la puerta de nuestros sentidos, para pasar y pasar, tal vez sin retornar nunca ni dejar siquiera huella de su paso..., allí estamos obligados a estar de cuerpo y alma, abiertos y receptivos, desde el silencio de nuestras profundidades hambrientas. Sólo halla quien busca. Y sólo busca quien ama.

Es lo que nos enseña de continuo ese substrato insustituible de nuestro psiquismo, que consiste en la necesidad de amar y ser amado, de compartir amor, y encontrarse uno a sí mismo en el acto de entregarse, darse hasta el olvido. Mi verdadero "yo" lo recibo siempre de los demás, pero siempre tras una entrega, *tras un amoroso lace*. Entrega que, la mayoría de las veces, se teje de pequeñas y anónimas dádivas, hijas todas del hábito de concentración en lo simple y ordinario que nos presenta el impredecible devenir. Mi yo más grande lo voy construyendo, a menudo, con las pequeñas cosas que trae la vida consigo. Y entonces aprendo que en la vida todo es igualmente grande, ¡grande!

La facilidad para sumergirme en el aquí y ahora, como talismán de maravillosa comunicación y sorprendentes hallazgos (tales como los que hemos pretendido presentar en los *momentos privilegiados* de esta confesión), es algo que tiene que ver con el talante personal, pero mucho más con la habituación del sujeto a unificar su presencia en actitud de búsqueda, en conciencia humilde de la necesidad de todos, en la valoración de lo pequeño, como lugares privilegiados de la grandeza humana, de las experiencias más reconfortantes y estimuladoras.

Lo confieso con tristeza inmensa. Veo en torno a mí mucha gente dispersa, cansada, aburrida, dependiente, ansiosa, sin horizonte vital. Y sufro. Sufro, sobre todo, cuando son jóvenes. Se entregan fácilmente a falsas concepciones de la vida que terminarán destruyendo, en mayor o menor grado, todas sus capacidades de entusiasmo y de creatividad. Buscan afanosamente fuera de sí. No saben del inmenso tesoro de felicidad, libertad, belleza y amor que contienen sus propias vidas. No saben, en medio de ruidos ensordecedores y prisas trituradoras, que los mayores placeres los reserva la vida a aquellos que saben detenerse, concentrarse, buscar en lo ordinario de la existencia la incomparable riqueza de ser fieles a sí mismos, portadores de una vocación de comunión universal, conscientes de que el amor no es un objeto de consumo, sino el *privilegio* de todos los momentos de nuestra vida consagrados a la búsqueda de *la verdad que nos hace libres*.

## SIN NADA MÁS QUE EL AMOR (Testamento Espiritual)

*...que me ha encontrado la muerte  
sin nada más que el amor.*

José Luís Blanco Vega

LLEGA -creo que a todos- un momento en la vida, en que se piensa que es bueno y conveniente hacer testamento; es decir, ir despidiéndose de esta vida, a la vez que le agradecemos cuanto de ella hemos recibido, y nos disponemos a hacer breve (o, prolijo) recuento de los bienes que nos gustaría legar a la posteridad. Después de todo, yo ya he cumplido setenta y un años; mi padre murió poco antes de cumplir setenta y cuatro, y mi madre, seis meses después de haber alcanzado los setenta y dos. ¿Puedo pedir yo más al destino? ¿No pesan ya los setenta y un años, como para desear, en más de un momento, el (ojala, merecido) descanso?

*Testar*, hacer testamento, es dejar expresado en palabra (viva u ológrafa -en mi caso, informática-), la voluntad que nos asiste a la hora de no poder seguir disponiendo de bienes, valores, ideas y creencias, de la misma manera como hasta ahora habíamos podido hacerlo. Se trata, por tanto, de una obligación que nos impone la caducidad de esta vida. Pero, para mí, tal obligación, no resulta en absoluto onerosa ni penosa; pues lo que tengo que dejar a la posteridad, no es nada que yo pierda al dejarlo; antes bien, se trata de valores que me han enriquecido, haciendo de mi paso por este mundo una experiencia de Amistad, de Fe, de Poesía...; valores tales que, aunque no me permitan permanecer físicamente en la marcha ascendente de la Historia Humana, sí me facilitan subsistir en la vivencia de esos mismos valores, que otros, después de mí, han de hacer suyos, con la misma ilusión, creatividad, pasión y gozo, con que yo los asumí y los he vivido hasta el momento actual.

A esos tales me dirijo. Ellos son mis herederos. Aquellos y aquellas que, desde su síntesis personal, siempre rica en matices diferenciales, poseerán también puntos claros de comunión con los valores y objetivos que han sostenido mi existencia.

Por otro lado, los valores que han enriquecido y ennoblecido mi vida, pese a que han sido cultivados y mimados por mi más vivo interés, no son míos, no me pertenecen. A mi vez los he heredado de generaciones y personas que los encarnaron con audacia y sufrimiento, antes de que yo viniera a este mundo. ¿Cómo arrogarme el derecho sobre, por ejemplo, el valor de la Amistad, al que tanto debo, y al que quisiera deber más todavía, cuando reconozco que dicho valor sólo ha sido posible para mí, porque he encontrado en mi camino personas con capacidad de amistad verdadera, personas que en sí mismas eran oferta gratuita de amistad, capaces de despertar en otras respuestas en el mismo sentido?

\* \* \*

Además, los grandes modelos de mi existencia, entre los que destacan Jesús de Nazaret, Francisco de Asís, Juan de la Cruz, Vicente de Paúl, Teresa de Lisieux, Charles de Foucauld, Mahatma Gandhi, Juan XXIII..., fueron -y siguen siendo- hogueras incandescentes de ternura, bondad, humildad, espíritu de servicio... Jamás han

faltado en mi camino los amigos -del presente o del pasado-, que han renovado en mi corazón la savia de la vida compartida, el gozo del caminar en abrazo, el ser común labrado en la comunicación profunda y en la comunión de ideales y experiencias íntimas.

A fuerza de convivir y escuchar, cotidianamente, a estos amigos del pasado, confieso, que muchas veces me he sentido colmado, es decir, como si no necesitara de ninguna otra amistad temporal. Pero, antes o después, reaparecía en mi sensibilidad balbuciente la necesidad de la palabra cálida, recién salida de un corazón cercano, capaz de reflejar en sus ambigüedades y dudas mis propias contradicciones, mis vacíos existenciales. Es cierto, certísimo, que, igualmente, la palabra experimentada de los amigos del pasado, a la que solía prestar tanto oído, me hacía muchas veces imposible entender la jerga de tantas personas y medios que sólo emiten ruidos en forma de palabras, pero nunca (o, casi nunca) palabras con poder humanizador, palabras de intercambio y de descanso. Este amor atento a los amigos del pasado, me condujo a ser un frecuentador de la soledad (*la soledad sonora*: ¡nunca del aislamiento!) En dicha soledad o lejanía de mis amigos contemporáneos, expresamente buscada por mí, los del pasado me liberaron frecuentemente de incidir en melancolías y nostalgias.

Sé que siempre tendré herederos en este campo, porque estoy convencido de que la Amistad es la sal de las relaciones humanas, y nunca faltarán mujeres y hombres que estén dispuestos a salir de sus ghettos tradicionales, étnicos, culturales, religiosos..., para abrirse a la comunión y enriquecimiento mutuos, practicando la apertura del corazón *al otro en cuanto otro*. Sé que los intereses de tipo económico, y los miedos de tipo racial, nacionalista, o de privilegios de cualquier tipo a defender, sólo cederán en la historia humana al embate de cuantos hayan hecho de la Amistad su arma principal de defensa contra toda mentira e injusticia.

En mi vida ministerial, como cura de la Iglesia Católica, he procurado en todo momento ser y aparecer más como hermano que como padre; más en búsqueda con cuantos buscan que en posesión de la verdad ya encontrada. La Amistad, altamente valorada, me enseñó a ser un cura (algunos me han llamado "atípico"; yo digo que "atópico", pues siempre me he revelado contra los tópicos enervantes) abierto a todo pluralismo legítimo y dispuesto al imprescindible diálogo.

A mis amigos de hoy, quisiera dejarles la certidumbre de que los he amado más, mucho más de cuanto he sabido expresarles. Que me he sentido amado, por ellos, también, mucho más, de lo que yo he creído merecer. Y de que sin todos ellos, el mundo estaría para mí desabitado, y Dios no habría llegado a ser sonrisa abierta sobre mi existencia.

\* \* \*

Y de la Fe, valor central de mi vida, ¿qué he recibido de ella, y qué puedo dejar, como fruto de la misma, a la posteridad? La afirmación de que la Fe es el valor central de mi vida, no es superflua ni retórica. De ella reciben su fuerza motriz todos los otros valores que configuran mi ser y mi actuar en el mundo. Por ella he podido volver a empezar, una y multitud de veces, cuando el horizonte de mis ilusiones y tareas más acariciadas, parecía oscurecerse hasta ocultarse en la imposibilidad más absoluta.

Pero la Fe, no ha sido para mi experiencia, en primer lugar, la adhesión a una creencia (ni siquiera a la cristiana). No; la Fe ha significado, en el contexto de mis sentimientos, búsquedas e inquietudes, una afirmación del valor radical de la vida, como don recibido y como conjunto de bienes a cultivar y compartir. De esta Fe -que es amor a la vida en general, de la que yo participo-, a la dimensión de misterio de la propia vida, hay menos de un paso. Y pienso que no es posible al humano amar la propia vida, sin verse abocado a reconocer en ella, como el ingrediente que mejor la sostiene y vivifica, la presencia del misterio. Un amor que no integra el misterio, tarde o temprano resulta un amor utilitario; algo así como si la vida pudiese entrar en ese juego de objetos para usar y tirar. Nada menos utilitario que el amor, que deja de ser amor tan pronto lo ponemos como medio para alcanzar un fin cualquiera distinto a él.

El amor, pues, a la vida, es la forma existencial humana de la Fe. Y ninguna Fe puede existir sin dicho amor. Por eso, yo concibo la Fe religiosa, la Fe en un Dios Creador y Padre, como el regalo que Dios mismo nos hace, haciéndose presente en las entrañas de nuestro vivir cotidiano, potenciando así, desde dentro de nosotros mismos, el valor de la auténtica Fe, es decir, el valor incalculable, inalienable, divino, eterno de nuestra vida temporal humana.

Pero la Fe, para que resulte eficazmente una entrega a la vida, necesita ser personalizada. Creer no es admitir un credo sin más. Creer no es profesar, dentro de una tradición creyente, la adhesión a unas verdades y prácticas propuestas desde fuera, desde una autoridad. Si así fuera, dejaría de ser un compromiso de amor con la vida. Si así fuera, desaparecería el misterio de la fe: esa luz nunca poseída y siempre ofrecida, que nos dice que vale la pena nacer y morir, amar y crear, luchar y sufrir, en pos de una vida mejor, más digna, más humana para todos.

La Vida como Misterio, me cerciora, en primer lugar, de que yo pertenezco a la vida, y no al revés. Que la vida es más grande que yo. Que la muerte está contenida en la vida, y que por tanto no es el final de la misma. Que hay que aprender a morir muchas veces para llegar a vivir siquiera una sola vez. Que muerte y vida, vida y muerte, son las dos caras de la única moneda con que podemos comprar nuestra felicidad y nuestra libertad más verdaderas. Que nadie llega a ser él mismo, fiel a su propia humanidad, sin haber integrado en su conciencia más lúcida el amor a la vida como misterio, el sentido de la vida como don recibido a cultivar y compartir. Y que, ningún ser humano logra alcanzar su plenitud en este mundo, porque la plenitud del ser humano pertenece a un "nosotros", en el que el "yo" individual encuentra cuanto le falta, amén de su razón de ser definitivo y eterno.

Pues bien; para mí, la personalización de la Fe, tanto de la Fe existencial, como amor radical a la vida, cuanto de la Fe teologal, como conciencia de un Dios que lucha conmigo para realizarse en mí (al estilo de Jacob y el Ángel), ha venido a concretarse en lucidez de mi propia debilidad, condición del amor más auténtico, puro, eficaz. Amar es tener necesidad del otro, no poder ser sin el otro, compartirlo todo (bienes y carencias, éxitos y fracasos...) con el otro. (¿No es así como me amas Tú, Dios mío? ¿Quién no se sabe débil y vulnerable en presencia del ser amado?)

Mi Fe religiosa, la que he recibido y aceptado, la que me ha conducido a vivencias profundas que sólo pueden ser fruto de una gracia que me supera, consiste, básicamente -en el seguimiento de Jesús-, en haber descubierto con asombro que Dios salva por

Encarnación. Es decir, que el Dios revelado por Jesucristo, en Jesucristo, para salvarnos a nosotros ha querido tener necesidad de nosotros. Su salvación es el Amor que nos ofrece, y amar es tener necesidad del ser amado. Tan pronto acepto el Amor de Dios en la totalidad de mi vida, mi existencia real está salvada, liberada de corrupción y de miedos, de frustraciones y vanos protagonismos. La debilidad del Amante ante el amado es la imagen de Dios que más me induce a una Fe confiada, de abandono y adoración (también de compromiso con la gratuidad).

La Fe en tamaño Dios me ha liberado de querer ser fuerte, poderoso, dueño del éxito, triunfante en la vida, ocupante de primeros puestos... El sentimiento que puede arrancarnos del odio, la envidia, la mentira y la violencia de cualquier signo y magnitud, y sobre todo de la tristeza..., es el de hacer nuestro el estilo del Dios Encarnado, que *se anonadó y tomó la forma de esclavo*, para mostrarnos el camino de la salvación por el amor. El amor como salvación.

Mirando a Jesús de Nazaret, se aprende pronto que hay una forma de debilidad que nos hace fuertes. Es la debilidad de quien acepta sus límites existenciales, su pobreza radical, sin renunciar por ello a sacar el mayor provecho, en beneficio del bien común, de todas las posibilidades de servicio y de comunión que se le ofrecen en el camino de la vida. Cuando soy débil reconozco, sin tristeza, que ciertamente no lo puedo todo (ni quiero poderlo), pero todavía puedo mucho a partir de cuanto realmente soy, por los dones naturales y carismas del Espíritu que, sin duda, a todos nos enriquecen. Cuando soy débil, no envidio los poderes o buenas cualidades que a otros adornan y a mí me faltan, ni con ellos me comparo para verme inferior (ni en nada superior) a ellos; antes bien, ofrezco generosamente lo mío a quien lo pueda necesitar, y pido humilde y confiadamente cuanto necesito de los otros.

Consciente, pues, de que siempre necesitaré mucho de los demás, nunca olvido que, lo que más necesito de todos, es el amor bajo sus muchas formas de humana expresión. Porque amo a Dios, porque amo al Mundo, no quiero ser fuerte ante Dios ni para el Mundo. Quiero ser el que soy. Quiero tener necesidad de todos. Quiero que mi única fortaleza sea la de amar y ser amado. *Pues cuando soy débil, entonces soy fuerte*. Quiero poder decir con toda verdad, como el santo de la Noche Oscura: *¡Que ya sólo en amar es mi ejercicio!*

\* \* \*

¿Qué quisiera yo dejar a mis hermanos cristianos del futuro, herederos y continuadores de nuestras luchas del presente, por un cristianismo más encarnado en las realidades temporales, por una Iglesia más Pueblo de Dios y menos estructura jurídica, por un anuncio del Evangelio más liberador, más comprometido con los Derechos Humanos y menos empeñado en mantener un moralismo arcaizante?

A los laicos quisiera dejarles un gran amor al Mundo, lleno de respeto a todos los valores seculares, y la conciencia más lúcida de que en sus manos está la máxima eficacia de la evangelización en tiempos inmediatos. A los ministros ordenados, mis hermanos en el sacerdocio, me gustaría dejarles un esfuerzo, cada vez más radical, de superación de todo clericalismo, entendido éste como poder que impone, dirige, ordena..., pues el ministerio evangélico es servicio humilde en la igualdad fraterna, y es animación de la vida comunitaria en el respeto a todos sus carismas.

Yo he sido testigo, en innumerables encuentros y conversaciones con jóvenes de las últimas generaciones, de su conciencia de que *les falta algo*, "algo" que no les puede dar la cultura de los desplazamientos largos y fáciles, de la cibernética y sus mares de navegación vertiginosa, de las libertades para disfrutar de alcohol, drogas y sexo, como si se tratase del paisaje más reconfortante de sus anhelos más vitales... Que les falta "algo". Y ellos intuyen -a veces lo confiesan francamente-, que ese "algo" está relacionado con la experiencia religiosa. Pero también que ese "algo", no les parece verlo ni intuirlo en las formas y lenguajes de las iglesias hoy. ¡Todo un desafío!

\* \* \*

En cuanto a la Poesía, tercero de los valores que reseño como riqueza personal y legado al futuro; en cuanto a la Poesía, síntesis de misterio, amor y vida para mi ser en privado y para mi ser compartido; en cuanto a la Poesía, señaladora (¡y cuánto!) de todas las profundidades del existir, pozo de las aguas más remotas, únicas capaces de saciar la sed de belleza quemante en mi corazón..., debo confesar que es deudora de la Fe que profeso y en que vivo, de la misma forma en que un fruto es deudor de las raíces sanas del árbol que lo produce.

Fe y Poesía no son en mi experiencia dos valores equivalentes ni equiparables en su jerarquía vital; pero sin duda que el segundo debe mucho al primero, y el primero le está muy agradecido al segundo. La Poesía -creo no engañarme ni engañar-, ha estado en mí al servicio de la Fe, ayudándome a entrar en la espesura de la Verdad revelada, libre de la nefasta mirada metafísica que estratifica y disecca, pero con los ojos bien abiertos de la mirada metafórica, desveladora, rica en intuiciones, la que sabe poner de rodillas a la razón altiva y sitúa el corazón en estado de postración y alabanza. Sí; no creo difícil de ser comprendido por nadie: el don poético me ha sido vehículo de contemplación amante, permitiéndome leer el dogma de Cristo como mensaje de amor a la vida total; mensaje cargado de luces y fuerzas en pro de las auténticas libertad y felicidad humanas: las que se manifiestan como fidelidad del hombre a sí mismo y a la misión universal que ha traído consigo a este mundo.

Si he sido fiel a mí mismo, si he llevado a cabo con creatividad y gratuidad la tarea que me ha sido encomendada: ¡será lo único que yo puedo dejar a mi paso por este mundo! Confieso que me he esforzado por vivir esto que digo. Confieso que soy consciente de no haberlo hecho todo (¡ni mucho menos!) bien. Pero, igualmente confieso, con el corazón en la mano, que estoy persuadido de que tampoco estaba llamado a hacerlo todo bien, sino a aceptar que *puedo hacer el mal que no quiero y debo querer el bien que no hago*. Porque nadie puede obrar el bien absoluto. Porque es bueno que nuestras obras sean imperfectas e incompletas, para que otros, que vienen detrás, las mejoren con su entrega responsable. ¿No es así como yo he podido realizarme, entregándome a continuar la obra que ante mí otros dejaron -por suerte para mí- inacabada? ¿Qué tendría yo que hacer en la Sociedad, en la Iglesia, en la Cultura, en la Poesía de mi tiempo..., si no hubiese una aportación única, singular, mía, tan mía, que el Cosmos ha estado esperando mi aparición, preparándola a través de siglos y milenios, a fin de añadir, a través de mi pequeñísima aportación, una nueva nota de gloria al himno general del Universo?

\* \* \*



A los futuros lectores de mi Poesía, si es que los hubiere, si es que escribir Poesía no es *columna arrinconada* (Blas de Otero), me gustaría dejarles el temblor de unos pocos versos, cuya sinceridad y transparencia les permitiera *tocar mi cuerpo* (Walt Whitman), y enfrentarse con los *gritos y susurros* (Ingmar Bergman), emanados de mi lacerada ternura frente al Mundo.

No he podido remediar mi tristeza frente al Mundo. Un Mundo tan poblado de belleza, música, poesía, amor, juventud..., y sin embargo, víctima una y otra vez de ambiciones inconfesadas que afean su rostro y llenan de muerte sus espacios de vida! *¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!* (César Vallejo)

\* \* \*

Mas no se crea, no, que la síntesis Amistad, Fe y Poesía, haya sido en ningún momento un camino de rosas... sin espinas (mas, tampoco, de abrojos sin flores) El cultivo de estos tres valores al unísono, y en la debida relación que entre ellos existe, abrió ante mis pasos, con la fuerza más voraz del inconsciente personal y colectivo, el camino de la experiencia mística, en una época en que hablar de misticismo (y, mucho más, dedicarse a ello), constituía una automarginación; y no sólo en la cultura medioambiental, por los avances avasalladores del positivismo filosófico y científico, sino incluso en la Iglesia de mi tiempo, donde una actividad mal entendida, desafortunada, un verdadero pragmatismo pastoral, devorador de las fuerzas más espirituales de los llamados *agentes de pastoral*, produjo (¿no los sigue produciendo?) verdaderos contrasentidos en la proclamación del Evangelio de Cristo. Se olvidó la dimensión contemplativa de la fe, mientras se intentaba reforzar (¡vano intento!) las dimensiones litúrgicas, catequéticas y de caridad. No se supo ver que un cristiano sin vida interior, sin experiencia personalizada de su Fe, puede ser un buen cumplidor, incluso un perfecto funcionario de la institución, pero nunca un contagiador de la vida divina.

Unos cuantos fuimos conscientes de que, la evangelización de nuestro tiempo, era del todo imposible sin la mediación de la contemplación, es decir, sin un cultivo adecuado, pedagógico, continuado, de la vida interior y de la oración silenciadora. ¡Arduo empeño! Algún obispo, incluso, llegó públicamente a desprestigiar este tipo de oración, diciendo que eso nadie lo hacía. Y, en general, la praxis más sostenida oficialmente en nuestras iglesias, ha sido la de la oración vocal, rutinaria, hecha con prisa, como un cumplimiento que tranquiliza la conciencia de un deber impuesto.

En los años ochenta del pasado siglo, un grupo de cuatro o cinco compañeros sacerdotes, pusimos en marcha, bajo abundantes demandas de laicos y movimientos de vida cristiana, la llamada Escuela de Espiritualidad. No tuvo mucha ayuda de arriba. Tampoco los que la llevábamos supimos gestionarla debidamente. Duró unos cinco años. Durante los cuales yo pude ser testigo privilegiado del hambre de vida interior y contemplación de muchos bautizados. ¿Quién impulsa hoy movimientos de este tipo? Sigo confiando en que en un futuro, no muy lejano, constituirá la actividad más normal y frecuente de nuestras iglesias.

Y, si no fuese así, ¡qué pena! Pues, ¿cómo podremos hacer frente a la avalancha de ofertas y distracciones, de agnosticismo e indiferencia religiosa, de falsas concepciones de la vida humana (basadas en el hedonismo a ultranza y el consumismo consumidor y

depredador, en la competitividad desalmante y en la desconfianza de todo lo "otro"), si no abrimos los corazones al misterio que los habita; lo que resulta imposible en tanto nuestros contemporáneos no se percaten de que no son carne de la moda imperante ni sujetos de un "ego" capaz de bastarse a sí mismo? ¡Qué pena!

\* \* \*

En la época de la Globalización, que es también la época de la despersonalización colectiva, se hace más urgente apelar a la vida interior como camino de libertad y de felicidad humanas. Pero es que, además, la Fe Cristiana es en sí misma una oferta de ahondamiento en la realidad, a partir de la búsqueda de la presencia amorosa de Dios (*en Él vivimos, nos movemos y existimos*) en el corazón de todos los seres y acontecimientos que nos afectan directa o indirectamente. Creer en el Dios de Jesús no significa creer en la existencia de un ser lejano, extraño, autosuficiente; es creer en un Dios que actúa por amor, y con el que puedo relacionarme en mi propia realidad, porque Él me ama, me busca y tiene más interés que yo mismo en que me realice como persona y alcance mi plenitud en todos los valores que me definen.

Hoy son muchos hermanos y hermanas que se desangran víctimas de tanto ruido, prisas, superficialidades... Hoy son ya demasiados -demasiados, como para no buscar soluciones más tajantes- los que se aquejan de depresión nerviosa, stress, insomnio, desesperanza, soledad patológica, ansiedad..., y otras secuelas de tanto vivir sin vida propia, hasta el punto de hacernos pensar que *andan como ovejas sin pastor*; y que ahí, en tales tantos hermanos, nos vapulea *un signo de los tiempos*, llamándonos a aplicar la sanación que tenemos en nuestras manos: el cultivo de la vida interior, el trabajo en línea contemplativa.

No me ha sido nada fácil ni, según los cánones vigentes en nuestra Iglesia, ventajoso, dedicar, casi exclusivamente, los últimos treinta años de mi vida al servicio de la animación espiritual; aunque sí me ha reportado beneficios (mentales y espirituales) sin cuento. No me arrepiento. Volvería a hacer lo mismo. De todas formas, pienso, que no fui yo quien tal eligió, sino que fui elegido, casi llevado de la mano.

Cuando en los comienzos de los años setenta, entré más de lleno por el camino de la concentración mental y el silencio interior (el Zen y Lanza del Vasto tuvieron mucho que ver en ello), no sólo me desapareció aquel dolor gigante de cabeza, que me venía molestando desde los diez años de edad, sino que aprendí a encontrar en el momento presente cuanto me era vitalmente necesario; comencé a disfrutar de la naturaleza como quien se recibe ennoblecido de cada accidente geográfico contemplado con fruición amorosa; superé dependencias afectivas que, de otro modo, dado mi alto grado de tendencia pasional, me hubieran sido esclavizadoras; encajé problemas tan graves como el proceso de recuperación de mi delicada vista (recuerdo que, en aquellos momentos, mi madre, próxima a su muerte, me decía, textualmente: "Sí; yo estoy muy agradecida a Dios por la paciencia que te ha dado con los problemas de tus ojos"); viví la muerte de mis padres y de mi hermana Lola como un desafío de mayor amor a la vida; y, por poner punto final a esta enumeración de gracias, emanadas de la actitud contemplativa, he sufrido y sufro, dentro de la Iglesia Católica, a la que tanto debo y tanto amo, su tremenda involución, tantas veces lamentada y por tantos motivos lamentable, sin dejar de amarla y de servirla; involución que vino seguida de un bien orquestado restauracionismo, y que hoy aparece a los ojos de muchos (propios y extraños) como

una constante tentación de fundamentalismo religioso, enfrentada a la secularidad y al pluralismo ético de nuestra sociedad occidental.

Sabiendo que, en definitiva, es el Espíritu del Señor Jesús el que rige los destinos de la Iglesia, y sabe sacar bien de todo el mal que siembra nuestra humana torpeza; sabiendo, también, que hoy se cultiva en nuestras iglesias un pensamiento -muy distinto del oficial-, marcado fuertemente por el espíritu liberador de las Bienaventuranzas, el Mandamiento Nuevo y la Opción por los Pobres ..., me ha sido de gran consuelo, sin eliminar nunca el dolor del todo, por tantas situaciones que podrían haberse resuelto más evangélicamente, más a favor de la dignidad y de los derechos humanos, recordar que *el trigo y la cizaña estarán juntos en la Iglesia y en el Mundo hasta la Segunda Venida de Cristo*. Y que yo, aunque pretenda sembrar sólo trigo limpio, resultaré inevitablemente sembrador de maligna cizaña. ¡Ojala no mucha!

\* \* \*

En los últimos tiempos, como de diez años para acá, se ha ido desarrollando en mi conciencia y actividad otro valor que, considero hijo igualmente de la experiencia mística, y que no puedo dejar de reseñar en mi testamento espiritual. Se trata del diálogo interreligioso. Para mí que dicho diálogo es imposible fuera de la misma experiencia mística. Si yo me siento hermano, partícipe, en la creencia religiosa de los creyentes de cualquier religión existente, no se debe a ningún imperativo categórico, a ningún esfuerzo programado, sino al hecho reconfortante de que, en mi experiencia de Dios, a través del conocimiento de Dios que Él mismo viene grabando en el sagrario más profundo de mi ser, Dios se me manifiesta como el Salvador de todos los hombres, en todas las edades del proceso hominizador, en todas las razas, culturas y religiones existidas o por existir.

Desde tal experiencia, ninguna religión es más verdadera que otra. Porque la Verdad que las asiste a todas, es la Voluntad Salvífica Universal de Dios. Y, teniendo todas las religiones en común el deber del amor a todos los seres creados, y el sentido trascendente de la vida del universo (cada una dentro de sus coordenadas histórico/culturales, de sus revelaciones específicas), estamos, no solo llamados, sino obligados a entendernos, a respetarnos y a colaborar en todo aquello sin lo cual, las religiones se develan opio del pueblo o negación fanática del "otro". Sin la debida y justa valoración del pluralismo religioso, toda religión degenera en fundamentalismo intolerante, en lucha por imponer mis creencias a los demás (que es, en definitiva, lucha por el poder). De esto sabe demasiado la historia que leemos y soportamos, la historia que estamos llamados a cambiar.

Pero como la experiencia mística es, en todas las tradiciones que la transmiten, experiencia del Otro como Trascendente, como Misterio, como Absoluto, como Amor Universal y Eterno, como Realidad que nos envuelve; y, en el caso del Cristianismo, como Logos Crucificado al servicio de *los cielos nuevos y la tierra nueva*, no es posible negar, desde una religión, a otra religión o al conjunto de todas las demás, sin volver a crucificar al Logos de la experiencia mística más humanizadora, en cuanto que experiencia de Dios al servicio del Hombre. Si la Luz Eterna de Dios ha brillado para la Humanidad Histórica en el Verbo hecho carne, y Él es la Palabra Verdadera, llena de Gracia y de Verdad, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo..., la mística cristiana nos obliga a buscar la Luz de Dios, la Salvación de Dios, en cada hermano que

tropezaos en el camino de la vida, sin detenernos a distinguir entre los accidentes de raza, cultura o religión. Y, si esta no es la Experiencia Mística del presente y del futuro, las religiones estarían condenadas a no entenderse jamás.

Así es la que yo llamo mi experiencia de Dios. Y no creo que esté mucho ni poco alejada de la experiencia de santos, tales como (entre otros muchos) Francisco de Asís, Juan de la Cruz, Teresa de Lisieux, o, Pablo de Tarso ¡y el mismísimo Jesús de Nazaret! La experiencia de Dios que se me ha dado, en el seguimiento de Jesús, bajo el don y guía del Espíritu, ha sido la de *todo hombre es mi hermano*; Dios es mi Padre, porque es Padre de todos, y ama más a quien más lo necesita (no a quien más *se lo merece*); y, Él, siempre Él, me espera, noche y día, en el tálamo de mi hondón interior (preparado primorosamente con sus propias manos), para embriagarme con el vino de su Ternura y de su Pasión, en las que siempre naufrago.

Puede acabarse aquí mi testamento, pues nada más podría añadir que tuviese alguna relevancia para legar a herederos posibles. Pero me veo forzado a rubricar cuanto he escrito con esta simple afirmación: *¡Todo es Gracia! ¿Qué tengo que no haya recibido?* Y *¿para qué lo he recibido, sino para darlo? ¡Gratis lo habéis recibido: dadlo gratis!* Creo, sí, que el mayor don de mí vida, de mi experiencia de estar vivo y creer en el Dios de la vida, es la Gratuidad, la entrega a fondo perdido. Por eso pienso que sólo con la muerte se completa una vida. Después de haber testado, me dispongo a morir. Viviré, el tiempo que me reste, de cara a la Muerte, como suprema Gratuidad del Ser. Nadie existe por sí mismo ni para sí mismo. Nadie muere tampoco para sí mismo.

\* \* \*

Si de algo pido perdón -porque todos necesitamos perdonar y ser perdonados-, antes de desaparecer de entre los hombres, quiero que sea, en primer lugar, de mi radical desconfianza hacia todos los que detentan alguna forma de poder. *No juzgad y no seréis juzgados*, es el mandato de Jesús que yo no he sabido hacer mío, juzgando, a veces despiadadamente, a los poderosos de turno de cualquier institución o sociedad. ¿Conflicto patológico con la autoridad instituida? ¿Infantilismo en rebeldía ante la figura paterna? ¿Rechazo por despecho al no ser yo el ocupante del poder? ¿Por qué no? ¡Todo ello puede ser!

Confieso la repugnancia sentida hacia esas personas que hoy llamamos "trepas", y hacia aquellos profesionales que convierten su trabajo en una propiedad privada, un predio a su entera disponibilidad (o, capricho) También hacia quienes rinden pleitesía (que no colaboración) a sus inmediatos responsables, hasta convertirse en meros funcionarios (lacayos), desprovistos de creatividad y personalidad propia. Me ha faltado con todos ellos comprensión y misericordia. Me ha faltado humildad. Sé que éstos, y otros muchos, tienen mucho que perdonarme, pues no he facilitado -aunque tampoco negado- el encuentro y el intercambio, la comprensión y mutua ayuda. Sé que estos casos que aquí cito, y otros muchos en los que se ha manifestado mi orgullo y altanería, al preferir *la inmensa minoría*, la selección más afín a mi sensibilidad, despreciando lo otro como irrelevante y nulo, han dejado, sin la menor duda, pero por mi propia inercia, de enriquecer mi calidad de vida, mi amplitud de miras y conocimientos. En el pecado iba la penitencia. Yo espero confiadamente su perdón, que me reconciliará conmigo mismo.

Más de una vez he sentido, con punzante dolor, que se me hacía daño en mis intereses, sobre todo cuando creía no ser suficientemente valorado en el campo de mi actividad pastoral, o se hacía o decía algo que podía empañar el brillo de mi imagen pública. He ido aprendiendo, poco a poco, a perdonar, es decir, a descubrir que se me hacía más bien que mal; que el daño que yo sentía, me lo hacía yo mismo, con mi afán de ser valorado, reconocido, prestigiado... ¡Tamaño error! Cuando uno no se busca a sí mismo, se encuentra más fácilmente consigo mismo; y en sí, con la paz del corazón. Frecuentemente he descubierto que, quienes parecía hacerme daño (seguro, sin pretenderlo), me ofrecían preciosas ocasiones de aprender a desaparecer, a ir en busca de lo esencial irrenunciable y de aquellos caminos interiores, siempre jugosos de vivencias intransferibles. Cuando uno, por otra parte, reconoce sus propias debilidades, mediante las cuales hacemos, ¡tantas veces!, daño a los demás, no puede pretender, farisaicamente, perdonar a los otros, sin antes pedir perdón.

\* \* \*

Respecto a lo que, muchas veces he llamado "fracaso" en mi existencia..., hoy también tengo otro punto de vista más matizado: la vida entera es un fracaso ruidoso, rotundo. ¿Quién alcanza en sus años temporales todos los objetivos y sueños de su alma anhelante? ¿No es un fracaso de la propia naturaleza el tener que morir, cuando todo nuestro ser clama por la vida, por una vida en plenitud, por una realización de todos los deseos de libertad, felicidad y amor que nos pueblan? Y si los otros, más pequeños, fracasos que anteceden a la muerte -el fracaso mayor de la vida-, son vividos, encajados, como un aprendizaje continuo de la inevitable muerte temporal, de la insoslayable necesidad de morir..., ¿no resulta, pues, el fracaso, un gran maestro y aliado de la vida, que te educa en el arte de saber gozar de lo posible y real, renunciando a cuanto queda fuera de tus muros existenciales, para así mejor disfrutar de lo que permanece dentro? Salimos así favorecidos de cada experiencia de fracaso, para seguir amando la vida tal cual es, la vida que crece en nosotros en la misma medida en que la amamos, tal cual es en cada momento. El único fracaso que conduce a la frustración es no amar la vida, la vida concreta y real que a cada uno nos ha correspondido.

A mi hermana Pilar, con quien tan difícil ha sido la convivencia, siempre renovada en una búsqueda llena de esperanza y buenos deseos, quiero dejarle la convicción profunda que me asiste de que, tantas dificultades y sufrimientos, no han sido en vano. Más bien han sido la prueba de un amor verdadero entre los dos. ¿Por qué, si no, hubiéramos mantenido el esfuerzo, la tensión hacia el posible entendimiento mutuo, si no nos animara un vivo amor fraterno, un amor que permanece incólume, por encima y por debajo, de tantas dificultades de comunicación que nos han enfrentado y pretendido separarnos? Éste ha sido, sin duda, el sufrimiento más grande y prolongado de mi vida. Y, más que defenderme de dicho sufrimiento, mi voluntad más consciente ha sido la de ver cómo podría ser posible, sin arrojar nunca la toalla, establecer o mantener lazos de afectividad y de ayuda mutua.

Yo siempre te he necesitado, hermana; pero tal vez no para lo que tú querías ser necesitada. Yo he solicitado de ti muchas veces, pero que muchísimas veces, la ayuda que precisaba. Confiaba en ti. He tenido de ti la imagen de una persona valiosa, y hasta muy valiosa para determinados menesteres. ¿Por qué, a pesar de estos nobles y claros sentimientos, se hacía imposible, reiteradamente, la colaboración y el diálogo? Sólo tengo una respuesta: somos dos caracteres muy semejantes, y hemos tenido en la vida y

de la vida experiencias muy distintas. Pero jamás he pensado, aunque haya sentido la tentación de ello, que a ti te faltaba el amor hacia mí que yo sí sentía -y siento- hacia ti.

El Dios al que vamos, el que vence todo mal con el Bien inagotable de su Amor, ha de mostrarnos, cuando le veamos cara a cara, que hemos sido comprendidos y perdonados mucho más, infinitamente más, de cuanto necesitaban nuestras contradicciones y nuestras culpas. Y fuimos enriquecidos, a lo largo del camino de nuestra vida, con la fuerza inquebrantable que brota de la Confianza y Abandono en sus manos de Padre. Por eso voy confiado y alegre.

En Archena, 24 - I - 09

## MI CRISTIANISMO

MI PROPÓSITO aquí no es otro sino dejar escrito, en el menor espacio posible, lo que ha sido y sigue siendo para mí Cristo y la vida cristiana. Lejos de pretender hacer un tratado/ensayo sobre la existencia cristiana en el mundo de hoy, lo mío quiere ser un modesto testimonio de lo que ha significado para mí el conocimiento y el seguimiento de Jesús de Nazaret. Me impulsa el deseo de testimoniar, y no el de enseñar. Me mueve la necesidad de compartir con alguien la inmensa riqueza que ha supuesto para mi vida de hombre entre los hombres, el hallazgo y la profundización sistemática, constante, en los valores humanos de que está plagada la fe cristiana. Hoy afirmo con rotundidad que la fe cristiana está plenamente al servicio de la persona humana; y que sin el cultivo de la propia humanidad, el seguimiento de Jesús de Nazaret se convierte en un conjunto de creencias y prácticas alienantes.

Soy cristiano por la gracia de Dios que recibí en el Bautismo. ¡Por supuesto! Pero también soy consciente de que soy cristiano porque he tenido a mi lado personas y movimientos que, según las etapas de mi existencia, me ayudaron a no echar en saco roto la gracia de mi Bautismo. La Gracia siempre va por delante marcándonos un camino que cada uno tiene que recorrer con su propia humanidad despierta. La Gracia es don, pero se nos entrega para que colaboremos con ella, y así, entre ella y nuestra entrega sincera y generosa, lleguemos cada uno a ser el que Dios desea que seamos. El que llegue a ser yo mismo, es deseo de Dios antes y más que mío.

Así, se me ha ido revelando la vida cristiana como una responsabilidad nunca agotada. Soy responsable, tengo que responder, ante mi propia conciencia, ante Dios y ante el mundo al que pertenezco, de todos los dones que se me han concedido, dones de naturaleza y de gracia. Dones que se hacen míos al ser desarrollados en el servicio a los demás, en la construcción del Reino. Son dones, porque no me los he concedido a mí mismo. Y dejan de ser dones si no son acogidos en responsabilidad agradecida y creativa.

Aceptada, aunque poco a poco con más clarividencia, esta responsabilidad, la de ser cristiano en fidelidad explícita a todo lo auténticamente humano que hay o puede haber en mí, fui pergeñando el horizonte de mi ser hombre entre los hombres, como la expresión más adecuada y elocuente de mi fidelidad al Dios de Jesús en este mundo. Imposible ser testigo del Dios de la vida sin cultivar al máximo la vida que hay en mí, la vida que soy yo mismo y que de Él me viene en comunión y para la comunión con todos los seres vivos. Intuición que no ha dejado de manar agua reconfortante en los diversos vericuetos y desiertos de todo camino andado en responsabilidad.

Cuanto más hombre soy y me siento, más gozo al sentirme unido a todos los valores de bondad y belleza, de audacia y creatividad, de entusiasmo y admiración que voy contemplando en personas concretas de mi entorno, así como en el conjunto de la historia humana. ¡Qué grande es ser persona humana, mujer u hombre; me digo muchas veces, arrastrado por este gozo incontenible! Todos los encantos de la humanidad reflejan la gloria del Creador. Pero y sus fallos, defectos, miserias, fealdades de todo tipo: ¿dónde quedan? ¿Acaso es todo hermoso en la criatura humana? Es necesario preguntarse.

Y es entonces, ante cuestión tan grave e interpelante, cuando la fe en Cristo arroja su luz más intensa y embellecedora. Sí; grande es la torpeza humana; grandes sus errores históricos plagados de desgracia y sufrimiento; grandes y masivas las sumisiones a los ídolos de la ambición, del orgullo, de la violencia, de consecuencias tan deshumanizadoras; grandes, sobre todo, las mentiras en que se apoya todo poder temporal para hacerse fuerte en su hegemonía dominadora, explotadora... ¿Quién podrá negarlo? Pero, *donde abundó el delito sobreabundó la gracia*: el Amor de Dios encarnado -metido a fondo- en tantas miserias humanas, es más grande por sí solo que el cúmulo de todos los delitos del ser humano en todos los tiempos de su historia.

Esta es nuestra fe. Que *Dios envió a su Hijo al mundo, no para condenar el mundo, sino para que el mundo se salve por Él*. Que el mundo ya está salvado en Cristo. Y que la tarea de las iglesias cristianas es quitar obstáculos del camino para que los humanos puedan disfrutar en todo momento de la salvación que viene de Dios. Para el creyente en el Dios de Jesús, el Bien siempre es mayor que el mal, porque el Amor de Dios se ha hecho presente como perdón, como gracia, como ternura y descanso en el corazón mismo de todas las miserias y carencias.

\* \* \*

Y no es que esta certeza, la de ser llamado a elevar mi humanidad en las huellas de Jesús de Nazaret, fuese un programa detallado ante mí desde el comienzo de mi conciencia creyente. Ni siquiera una luz claramente perceptible. Se trataba -y creo que hoy se trata igual-, de señales que oportunamente aparecen para indicarte la dirección acertada. Señales que, estoy convencido, a todos se ofrecen en la medida en que acertamos a acogerlas, porque mi *Dios no tiene acepción de personas* y quiere que todos reflejemos su gloria en nuestro rostro.

En mi vida familiar, que labra cimientos bastante sólidos al edificio de mi personalidad, aprendí de mis mayores que la verdad, la sinceridad, la transparencia..., eran imprescindibles para una convivencia sana y benéfica. Así, a mis ocho años, recuerdo, sin saber por qué permanece tan vivo en mi memoria, que una tarde de primavera, en que la luz vivísima llenaba la pobre estancia a través del ventanal a cuyo pie cosía mi madre, mientras mi padre se encontraba en tareas de la huerta, caí de rodillas a sus pies y le confesé medio llorando que había “robado” algún dinerillo del cajón del mostrador. Mi madre, que no perdió la serenidad ni se enfadó al escucharme, me felicitó por confesarlo; me preguntó si había sido mucho, y me recomendó “no hacerlo más”, recordando que mi padre y ella se encargaban de que yo tuviera siempre lo necesario.

Quedé tan feliz tras aquel encuentro, que desde entonces nunca he olvidado que la confesión es fuente de libertad. Reconocer la propia culpa supone una actitud humilde que fundamenta poderosamente el acercamiento a Dios; pues sólo podemos crecer en lo más auténtico de nuestro ser humano, haciéndonos conscientes de aquello que nos lo dificulta. *Que Dios da su gracia a los humildes y resiste a los soberbios*, bien puede entenderse como que la ayuda de Dios nunca falta a quien sabe que la necesita, a quien no renuncia a su propia humanidad siempre en proceso de crecimiento, siempre necesitada de remedios.

Y en el avance por el camino de la fe, la Acción Católica Juvenil, dióme el impulso que en su momento necesitaba para recalcar en las fértiles vaguadas de la vida interior. A



partir de mis catorce años, soy iniciado en la lectura frecuente de la Palabra de Dios, sobre todo de los Evangelio, así como en los ratos, a veces largos, de silencio adorativo ante el Reservado. Era lo que yo necesitaba, en aquellos momentos, de la Acción Católica Juvenil. *El alma de todo apostolado*, se me inculcó, se encuentra en la oración. Y no una oración rutinaria, sino un acto de entrega en la fe a la presencia del Dios que nos habita y nos llama. Sólo una intensa vida de oración nos pone a punto para testimoniar su Amor en el mundo, hacia el mundo.

Creo que esta iniciación salvó mi vida de un cristianismo de prácticas externas y de marcado sabor ideológico, como solía ser frecuente en mi entorno y momento. Cristo ya era mi Amigo. Más amigo que Salvador. Más amigo que Señor. Más amigo que Dios. Se trataba de caminar con Él y junto a Él en la búsqueda de mi propia humanidad, en la realización de mi vocación cristiana, más tarde entendida como vocación ministerial. Sin la iniciación a la vida interior de aquellos años, no me hubiera sido tan fácil descubrir a Jesús de Nazaret como el representante y la oferta de la más cabal realización humana presente en los caminos del espíritu. Algo me decía dentro de mí a mis diecisiete y dieciocho años: seguir a Cristo es hacerse hombre del mejor modo posible.

También, continuando en la misma línea de profundización y fidelidad, en mis años de Seminario y en el equipo de Jesús Obrero del que formaba parte, así como años después ya en el ministerio pastoral, acompañando a militantes de la JOC y d otros movimientos apostólicos, practicando la Revisión de Vida, según el método de Albert Maréchal, comprendí, de la manera más convincente y arraigada, que la fe en Cristo era inseparable del sentido de la vida; un sentido para la vida que sólo podía ser fiel al Espíritu del Señor en la atención minuciosa y amable a los pequeños detalles de la existencia cotidiana. Los llamados *hechos de vida*, iluminados por la Palabra de Dios (*juicio cristiano*), y desmenuzados en causas y consecuencias, siempre avizor a descubrir en mi experiencia íntima aspectos semejantes, me condujeron con paso firme, con criterios esclarecedores, a una concepción de la fe encarnada, testimonial, *levadura en la masa*, atenta a la valoración y cultivo del potencial humano incomparable que se encierra en las Bienaventuranzas Evangélicas.

Me enamore perdidamente de las Bienaventuranzas Evangélicas. No eran un código moral para cotejar mi vida y hacerla mejor. Eran el mismo corazón de Cristo latiendo junto al mío. Eran el más decisivo aporte de gracia y estímulo que se me podía ofrecer para hacer de mi paso por este mundo un servicio a la vida desde la paz, la humildad, la contemplación de amor. Y aunque sólo fuera por esto, le debo manifestar mi agradecimiento sin límites a la práctica de la Revisión de Vida.

La práctica asidua de la Revisión de Vida, pasó a ser el marco y raíz de casi todas mis actividades, especialmente las pastorales. Mi predicación comencé a desarrollarla sobre el esquema ver-juzgar-actuar. Y el sentimiento de que la fe está al servicio de la vida, lo mismo que la Iglesia está al servicio del mundo -servicio gratuito, desinteresado- se convirtió en la base de toda mi relación/religación con el Dios de Jesús. Hay que aprender a mirar la vida sin prisas, sin superficialidades; pues en las profundidades de lo más pequeño e insignificante de la experiencia humana, se esconden tesoros de sabiduría y gracia. Nuestro Dios, ¿no es el Dios de las cosas pequeñas?

\* \* \*

Imposible para mí creer en Dios sin creer, con la misma fe, en el Hombre. He dicho *con la misma fe*, y quiero subrayarlo, porque el don teologal que abre en mi corazón los ojos para ver a Dios como Amante Creador de su criatura, los abre para ver en tal criatura su vocación irrenunciable a gozar de su Creador. Dios ha contado desde el principio con el hombre. Esto significa que Dios *cree* en el hombre, que al crearlo depositando en él *su imagen y semejanza*, ha creído en su capacidad de buscar y de encontrar a su verdadero Dios; pero sobre todo, ha creído en su capacidad de colaborar con Él para llevar a cabo la plenitud de un Universo de Vida en el Amor.

Para creer en Dios necesito creer al mismo tiempo en el Hombre. En ese Hombre que, según Pascal, es más grande que sí mismo. Mas, para creer en el Hombre, ha sido puesta en mi corazón la virtud teologal de la fe, según la cual, Dios *no quiere* nada sin el Hombre y, desde ese momento, el Hombre *no puede* nada sin Dios. Creo que, si no creyera en este Dios, me costaría más trabajo creer en un Hombre capaz de superarse a sí mismo y de hacer de su existencia entera una búsqueda en libertad del amor y de la verdad, del servicio en la humildad al bien común. ¿Es posible, desde el seguimiento de Jesús de Nazaret, separar la fe en Dios de la fe en el Hombre? ¿He recibido yo en mi vida algún don divino sin que haya mediado alguna participación humana? Cuando recibí el regalo supremo de la fe teologal, recibí esa posibilidad de ver a Dios en el Hombre y al Hombre en Dios.

Mas, en cuanto a la fe en el Hombre, se deduce de forma evidente que no puedo creer en Dios sin creer en mí mismo, mi ser hombre, mi propia humanidad. Pero ¿qué significa creer en mí mismo? La fe es, en su expresión existencial, una afirmación del valor radical de la vida, la cual afirmación consiste a su vez en una defensa y un cultivo de todo lo auténticamente humano. La fe te dice: vale la pena ser hombre, haber venido a este mundo, amar, luchar y morir. La fe te cerciora de que todo cuanto te hace más humano te hace también más útil para los demás y más feliz en ti mismo. La fe, bajo esta dimensión existencial, te recuerda de continuo que todo cuanto eres lo has recibido para acrecentarlo y entregarlo. En suma, creer en mí mismo significa saberme una criatura portadora de bienes a compartir y de necesidades que no puedo eludir en el diario intercambio con los demás. La vida siempre enriquece a la persona que sabe escuchar sus demandas, y está más atenta a lo que la vida le pide que a lo que le da.

Pero, la fe, también, en su dimensión teologal, al subrayar la dignidad humana con su imagen y semejanza divinas, con su haber sido rescatada de toda fatalidad, maldición y condena por la muerte y resurrección de Jesucristo, y con su ser templo del Espíritu Divino, que la trabaja desde su interioridad para manifestarse en todos los rasgos de su discurrir temporal, robustece la fe del hombre en sí mismo, y cuenta con el Amor más grande para amarse a sí y amar a sus semejantes, todo en un mismo amor. La fe teologal afianza la certidumbre de que el ser humano vale tanto para Dios, que no podemos pretender honrarle en su Divinidad sin servirle en su Humanidad. *Lo que hicisteis a uno cualquiera de mis pequeños hermanos, a mí me lo hicisteis*, nos dijo Jesús. Y, desde entonces, nadie puede buscar a Dios sin buscar al Hombre. Nadie puede servir a Dios sin servir al Hombre. *Nadie puede amar a Dios a quien no ve si no ama a su hermano a quien ve*. Lo humano todo es camino de Dios con los hombres y de los hombres hacia

Dios. ¿No nos lleva esta fe a reconocer y agradecer que ¡nadie más Humano que Dios mismo!?

\* \* \*

Hagamos recuento. El amor a la verdad, el cultivo de la vida interior, y los frutos principales de la Revisión de Vida, tales como la dimensión humanizadora, personalizadora incluso, de las Bienaventuranzas, potenciando el sentido de encarnación en la realidad, el testimonio como levadura en la masa y el compromiso liberador con los pobres de la tierra, cultivó mi conciencia cristiana abierta a la valoración de todo lo humano. Para mí ser cristiano devino gozo y entusiasmo de ser hombre. Consideré todo lo que me hacía más persona como lo que más gloria daba a Dios. Dedicué mis mayores esfuerzos a la pastoral de un cristianismo de talla humana. Supe, en mi íntima vivencia de fe, que Dios no anula ni quiere anular en nada al ser humano en cuanto que humano, ni quiere competir con él en sus necesidades y dimensiones afectivas, creativas, de libertad. Supe que Dios me quiere, ante todo, libre, a fin de que me entregue libremente a su Amor. Supe que Dios me quiere apasionado en mis capacidades de dar y recibir amor, porque así recibiré mejor la revelación de su Misterio de Amor Infinito.

Mi cristianismo, que es “mío”, no porque yo lo haya inventado, pero sí porque lo he interiorizado y personalizado en el estudio y discernimiento, así como en la oración constante; mío, sí, porque me ha conducido al núcleo más genuino de mi personalidad única e irrepetible, donde se inscribe la Voluntad de Dios para conmigo, me ha sido, al par que fuente de gozo y renovación incesantes, motivo de conflicto (sin graves enfrentamientos, es cierto) con personas de mi amada Iglesia y contenidos oficiales de la praxis y orientación pastoral.

El motivo de conflicto ha venido, creo que casi siempre, motivado por mi visión de un cristianismo liberador, que hace más hincapié en la formación de una conciencia adulta y autónoma, responsable y libre, que en la infantil sumisión a normas y directrices, que poco o nada cooperan a poner en el mundo mujeres y hombres maduros en su fe y con conciencia crítica. He creído y defendido que la libertad cristiana nos hace a todos iguales -todos hermanos-, compartiendo la misma dignidad, y conducidos todos por el mismo Espíritu de conocimiento, de servicio y de concordia en el respeto a la multiplicidad de dones y carismas que configuran el Cuerpo de Cristo. Todos abiertos a aprender de todos. Todos conscientes de que necesitamos a todos. Todos preocupados por todos, en especial por los miembros más débiles.

\* \* \*

Mi cristianismo, en el que ha nacido y se ha desarrollado mi vocación ministerial, me enseñó que ser cura no conlleva ningún poder dentro de la Iglesia, sino un servicio humilde (como el que lava los pies) de iniciación y acompañamiento en la experiencia de fe en el seguimiento de Jesús, que llamamos caridad pastoral, y que se desarrolla en el marco de la más explícita comunión eclesial. El sacerdocio ministerial existe porque existe un pueblo sacerdotal, del cual extrae su gracia particular, precisamente como un servicio en representación sacramental de Cristo, único y eterno Sacerdote.

Me he empeñado, a través de todas mis actividades ministeriales, en que los cristianos comprendan que el Amor de Dios es lo más grande que hay en sus vidas, y que deben

disfrutar mucho con dicho Amor. He predicado, de la mejor manera que siempre he sabido, que Dios quiere que seamos felices, y que su querer es eficaz, poniendo a nuestro alcance los medios (su Palabra, los sacramentos, la oración, el discernimiento de espíritus, la comunicación fraterna, el servicio desinteresado a los pobres...) que mejor nos conducirán a la felicidad verdadera, en la que saborearemos la presencia de un Dios amasado con la vida, respetuoso y tierno con sus criaturas y providencialmente solícito en que logremos una felicidad acorde con nuestra humanidad.

Doy gracias porque pronto comprendí -y por ello he sufrido, y gozado mucho más- que antes de ser cura soy cristiano, y antes de ser cristiano, hombre. Quiero explicarme. Sí; lo primero es ser hombre, porque sin una base buscada consciente y asiduamente en humanidad, todo lo demás (cultura religiosa, fundamentos éticos, autoridad canónica, etc.) resulta artificial, ineficaz, fraudulento. La gran carencia que encontramos en muchos dirigentes de nuestra sociedad, incluso pastores, no es carencia de conocimientos apropiados a su gestión, sino de humanidad, de hombría de bien, de conciencia de la necesidad de todos, de humildad para servir sin imponer. ¿Y cuánto daño no viene haciendo al cristianismo la actitud clerical, tan dada a dictar desde arriba, tan empeñada a uniformar con normas y ritos, como si la vida de fe fuese algo así como una marcha militar o un monótono repetir escolar de fórmulas y definiciones cantadas?

Y no digamos las carencias cristianas -la ausencia de una profundización personal en la fe- el daño que hacen, cuando se manifiestan en las actitudes de pastores que, a su vez, son tan deficientes en su dimensión humana. ¿Se puede predicar el Evangelio de Cristo sin haber vislumbrado previamente en él un camino de encuentro consigo mismo, y sin que por ello se convierta tal predicación en una ideología adoctrinadora, sin calidad de fermento para quienes la reciben y para las sociedades a que pertenecen? ¿Se puede iniciar y acompañar a otros en la experiencia de Dios, si el que lo pretende hacer no camina avanzadamente, animosamente, en dicha experiencia, como exigencia conjunta de fidelidad a Dios y a sí mismo?

Y que nadie diga que esto suena a exageración cátera, pues no pedimos pureza para los ministros, sino conciencia; conciencia de que una fe que no humaniza tampoco acerca a la experiencia de Dios. Creemos -yo, por supuesto- que si muchas veces falta la respuesta humana a las llamadas divinas, es porque éstas últimas suenan en voces poco sensibles para resaltar el valor divino de lo humano, de lo natural, en su relación con lo sobrenatural. Lo sobrenatural sólo puede manifestarse *sobre-lo natural*; es decir, a partir de lo auténtico humano. Si Jesucristo no fuera verdaderamente Hombre, ¿nos habría podido impactar tanto la divinidad que en Él se transparenta?

Creo que sólo siendo una persona que no renuncia, de conjunto, a las exigencias de ser hombre y ser cristiano, en constante conversión al Dios de la vida, se puede ser cristiano y, por supuesto, ministro del Evangelio, testigo fehaciente de la alegría de la salvación y del gozo de la libertad que nos ha ganado Cristo Jesús. ¿No nos suena en esto la severa recomendación paulina: *Para vivir en la libertad Cristo os ha liberado... ¡No os dejéis de nuevo esclavizar por nada!*? ¿No resulta ser el cristiano la persona más libre (y liberadora) que puede darse en este mundo, una vez que, por la fe en el Dios de Jesús, ha arrojado fuera de sí el afán de salvarse a sí mismo junto al miedo de una posible condenación eterna? El que se siente hoy salvado por Dios e sabe ya salvado para la vida eterna. No teniendo que salvarnos para el más allá, orientamos todo nuestro potencial a ser felices aquí y ahora.

\* \* \*

El mundo de hoy -pensamos muchos- necesita más que nunca del cristianismo. Un cristianismo que denuncie con valentía, con frenesí profético, los ídolos que devoran entre nosotros con tanta facilidad la dignidad humana; que denuncie las falsas concepciones de la vida enmascaradas en un bienestar material (hedonismo a ultranza) que olvida, cuando no denigra, lo más inalienable humano: los valores de la comunicación, la solidaridad, el cultivo de la vida interior, el espíritu de sacrificio por el bien común, el respeto al medio ambiente, el diálogo entre civilizaciones...

¿No es ésta una hora en que la dimensión profética de la fe cristiana está llamada a ocupar un puesto de avanzada en todas las manifestaciones públicas a favor de las urgentes, inapelables reivindicaciones actuales, de una más justa distribución de los bienes de este mundo, pobreza cero, erradicación del hambre humana, extensión global de la educación básica, respeto al pluralismo cultural y religioso, defensa de la limpieza del medio natural -nuestra casa común-? ¿Quién posee más razones que los cristianos para denunciar el mal que oprime y anunciar el amor que libera? Frente al mundo del individualismo atomizante, de la imagen pública sobrevalorada y de la competitividad (comercial y otras) como base de las relaciones humanas, el Evangelio de Jesús nos comunica el Espíritu de las Bienaventuranzas, como un camino de servicio al bien común en la humildad, la austeridad, la solidaridad y la esperanza que no defrauda.

Vale la pena ser cristiano para ello: para que nuestro mundo sea más humano. Sin duda que el más beneficiado en esta empresa será el mismo que la acometa. También las iglesias cristianas obtendrán gran beneficio -*el ciento por uno con persecuciones*- al entregarse a hacer respetar la dignidad humana y la presencia del Verbo encarnado en la misma. Vale la pena que la misión evangelizadora, la tarea pastoral de las iglesias, se vuelque en ayudar a la realización de un mundo, una sociedad, donde las libertades democráticas no se confundan con el abuso de poder y la ley del más fuerte. La levadura que las iglesias cristianas han de meter en la masa de la llamada Globalización, me parece, no es otra, que la del amor de gratuidad, el servicio desinteresado a los más débiles y desfavorecidos del planeta tierra. Servicio que no se puede realizar desde ningún tipo de hegemonía, ni política, ni económica, ni cultural, ni racial, ni religiosa. Toda hegemonía es una forma de poder que oprime.

No es compitiendo ni imponiendo nada, sino dialogando, compartiendo y contando con todos, como será posible abrir caminos a un mundo según *la Voluntad de Dios, que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la Verdad*.

\* \* \*

Este es mi cristianismo. Creo que el de muchos. Pero tal vez no el que mayoritariamente se manifiesta a través del lenguaje oficial de las iglesias cristianas. Necesitamos que las iglesias cristianas sean más cristianas; por ceñirme a la mía, la Católica, creo que en estos momentos, ha de dar un vuelco radical, dejar de estar representada políticamente por un Estado; olvidarse del fasto ceremonial que la hace aparecer como medieval e inadaptada a las sensibilidades más despiertas de nuestra cultura; renunciar a los títulos dignatarios y a los ropajes ampulosos que la alejan del pueblo humilde y de la sencillez evangélica; hablar de los misterios que nos salvan con un conjunto de palabras sacadas de la vida común, extraídas de la experiencia de la lucha diaria de los hombres; y no

imponer más cargas éticas ni religiosas que la de buscar a Dios en la vida -en *Él vivimos, nos movemos y existimos*-, haciéndoles conscientes de que fuera de la vida es imposible encontrar a Dios, y servirlo en todas las necesidades de la existencia colectiva con lo mejor que cada uno somos y tenemos.

La Iglesia está en el mundo para servir al mundo. Y así dar testimonio de Dios que, *amó tanto al mundo, que envió a su Hijo único para que cuantos crean en Él tengan vida, y vida abundante*. Y el más eficaz servicio de la Iglesia al mundo, será ayudar a muchos a que vean la presencia de Dios salvando, en cada momento a la humanidad histórica, de las tinieblas del orgullo, de la mentira, de la violencia y de todos los fatalismos. La Iglesia ha de señalar y celebrar para los hombres y con los hombres, cómo en cada aquí y ahora de la marcha de la historia, y a través de las ciencias, el arte, la cultura, la política y demás dedicaciones temporales, Dios está marcando los caminos de la ascensión humana, los caminos de la libertad hacia un mundo en abrazo.

Mi cristianismo es un cristianismo de diálogo y de colaboración con toda institución humana que levante la bandera del bien común. Ideologías, religiones, sistemas, planificaciones..., todo cuanto en el horizonte asome con visos de servicio a la felicidad humana, a la superación de los males que hoy le hacen sufrir, ha de ser acogido festivamente, celebrativamente, y discernido espiritualmente por los seguidores de Cristo. Y consciente de que *el trigo y la cizaña crecerán juntos hasta la segunda venida del Señor*, el creyente cristiano, aún con riesgo de equivocarse previamente aceptado, intentará discernir comunitariamente entre trigo y cizaña, sobre todo para no ser sembrador de la segunda, pero también para no intentar arrancarla del campo de la vida. ¿No será ésta la prueba de fuego de los seguidores de Jesús?

Mi cristianismo cree más en el diálogo que en la autoridad indiscutible, en la corrección paciente y fraterna que en la condena que aísla y separa, en la búsqueda concertada entre muchos que en el trabajo sesgado de los francotiradores o líderes “carismáticos”. Todo capillismo encierra en sí ineficacia, mutua desconfianza y eficaz destrucción. Mi cristianismo es de arrimar el hombro -venga de donde venga, pues el bien sólo puede venir de Dios- a toda iniciativa que atisbe objetivos de desarrollo, de paz o de justicia. Mi cristianismo celebra a Cristo Resucitado en todos los logros de la penosa y lenta marcha humana. Mi cristianismo es comunión de lucha y esperanza en el sacrificio voluntario de cuantos no renuncian a ese otro mundo posible, a ese otro hombre más dueño de sí mismo, y a esa otra Iglesia que sigue las pautas del Verbo Encarnado, del Verbo Crucificado, del Resucitado contemporáneo y peregrino en nuestros caminos de renovada ilusión. Nada está definitivamente acabado para el que sigue buscando, para el que ama la vida en el corazón mismo de todas muertes diarias.

\* \* \*

En los últimos años -alrededor de unos veinte- mi cristianismo más consciente, ha recalado, como una síntesis de armonías evocadoras, reconfortantes, como aguas siempre frescas, renovadoras del aliento más vital, en el camino de la contemplación de amor. Y a él he dedicado mi interés y capacidades. Siento que la verdadera renovación de la vida cristiana ha de venir -siempre ha venido- de la contemplación de amor. Y que el mejor servicio que podemos ofrecer a los creyentes cristianos es el de la fe como experiencia de un Dios locamente enamorado de cada uno de nosotros. Pienso que todos los esfuerzos actuales de las parroquias por catequizar y mantener en

lo posible la asistencia dominical, están condenados al fracaso si no van acompañados, precedidos, de un clima suficiente para que los fieles puedan hacer su camino interior, su personal experiencia del Dios vivo en relación con su propia realidad.

Mi cristianismo es, pues -o, quiere serlo-, un cristianismo vivencial, que también podríamos denominar místico (yo prefiero decir, personalizado). Un cristianismo donde el creyente se vive a sí mismo en diálogo amoroso con su Creador, y desde tal diálogo, enviado a compartir con muchos el mismo Amor con que es amado. La más auténtica e indestructible comunión cristiana es la que brota naturalmente, espontáneamente, de esta experiencia: *Lo que vimos, oímos y palpamos acerca del Verbo de la vida... os lo anunciamos... para que estéis en comunión con nosotros...para que nuestro gozo sea completo.*

Si algo le falta hoy al mundo de los humanos es vida interior. Hay hambre, más o menos consciente, de una espiritualidad que no evada de la realidad cotidiana, sino que más bien te ayude a profundizar en su sentido más humanizador. Hay hambre de verdadera intimidad compartida, sin ruidos ensordecedores, sin drogas amordazadoras y sin miedos a pavorosos vacíos devoradores. Hay hambre de *otra cosa* que no sabemos muy bien nombrar, pero que el cristianismo místico sabe muy bien que se trata del Misterio de Dios, el Amor de Dios al Mundo.

Mi cristianismo no es algo añadido a mi vida. Soy el que soy porque soy cristiano. Y al ser cristiano desde esta dimensión personalizadora, humanizadora, me siento hermano de todos los hombres y mujeres de nuestro mundo, intento contemplar en todos la obra que en ellos realiza Dios y soy consciente de que todos tienen algo para mí y para el bien común.

Mi más rendida Acción de Gracias (Eucaristía) es por haber conocido y sido llamado a este cristianismo.

Archena, 17 – III - 09

## JESÚS, MI POETA

*...el primero que abrió los ojos  
y contempló el sol sin parpadear.*

Gibran Jalij Gibran

TODOS los grandes poetas de la historia me enseñaron algo importante para la vida, para saber vivir bien mi vida, para acertar a no echa a perder mi vida. Si bien, preciso es reconocer, que la función primordial de la poesía no es enseñar, sino, mediante el deleite estético de la palabra, inducir, *misteriar*<sup>1</sup>, situar al hombre frente a su propia profunda realidad, no exenta de llamadas de lo desconocido.

Todos los grandes poetas aparecieron, cada uno en su momento preciso, para alertar a los humanos a no conformarse con lo trivial, lo rutinario, lo ya sabido, lo de *siempre ha sido así*. Son los poetas quienes mejor saben que no existe un *siempre* para siempre; y que el único *siempre* admisible en el tiempo es el de estar empezando, el de permanecer abiertos, alertas ante lo nuevo, lo imprevisible.

Desde el poeta de la caverna, con sus grafitos prehistóricos preñados de mítico respeto a su entorno y a los seres que lo habitan, hasta la más sofisticada poesía actual, rompedora de techos de sentido convencional, que nos aboca al puro asombro de la palabra vacía de toda pretensión significativa, la atenta escucha de los poetas (pues no se puede entender un poema al margen de su emisor), me ha ido situando, paso a paso, trecho a trecho, frente a un universo de luces fugitivas, cada una de ellas pura y distinta a la vez que deudora de todas las demás. ¿No será la poesía la columna vertebral del espíritu humano? ¿No circulará entre todos los grandes poetas de la historia la misma médula conductora de la sabiduría de vivir?

En la luz de un poema verdadero cabe el firmamento expansivo de toda la poesía universal. No obstante, la poesía verdadera siempre se resistirá a entrar en el cuerpo limitado de un poema, al que sólo utilizará, en el uso de sus metáforas, alegorías y demás figuras retóricas, como cauce de sus llamadas a situarse más allá del conformismo regresivo y de la fácil comprensión. Leer poesía es cuestión de amor a la verdad última, que es, en suma, la verdad verdadera, aquella que más y más intensa luz arroja sobre las grietas de la vida. El poema quiere que no nos acostumbremos a ninguna de las mentiras que afean e incluso destruyen los valores más altos de la existencia humana.

Todos los grandes poetas me enseñaron algo iluminador para la comprensión de mi propia vida y del mundo en que la vivo. Y lo más importante que, sin duda, me enseñaron, es que lo poético no se refiere a ninguna esfera accidental de la vida humana, sino a su entraña misma. Que la vida es poesía de la misma manera que el sol es luz y calor. Y que, quien no gusta la poesía en su propio ser, tarde o, más bien, temprano, deja de desarrollar lo mejor de sí mismo en el conjunto de la creación y se hace a sí mismo imposible la simple felicidad.

---

<sup>1</sup> “Misteriar” equivale aquí a abrirse al Misterio, entendido éste como “exceso de luz”. Puede verse: Antonio López Baeza, Belleza y Arte, en RÁFAGAS DEL ESPÍRITU, Santander 1999, pgs 57-60



\* \* \*

¿De donde le viene tal importancia a lo poético? ¿Por qué la poesía es condición e instrumento fecundador de una existencia humana verdadera? A la luz de mi singular experiencia me parece que, si la poesía resulta imprescindible para la maduración de la persona humana, ello se debe a que el ser humano, sin desarrollar su creatividad personal, queda reducido a un objeto en manos de los intereses de otros o de las circunstancias dominadoras. La poesía es el aliento creador que fluye por los cauces del universo, y que al llegar a las venas del humano, se transforma en creatividad, es decir, en energía capaz de dar un giro nuevo a las circunstancias, siempre en pos de fidelidades irrenunciables. Poesía es sinónimo de humanidad responsable de sí misma. Poesía es búsqueda constante, insaciable, apasionada, de todo aquello que me hace ser más yo mismo en comunión y reciprocidad con la realidad cósmica.

Todos los grandes poetas de la historia me acercaron algo de lo que es ser humano, *creador* de mi propio destino, en diálogo permanente con los seres y acontecimientos que me interpelan, me afectan e incluso me impactan. Para extraer los tesoros de las entrañas de la vida, hay que bajar, como el minero arriesgado, a las oscuridades de la experiencia de estar vivo. No tener miedo ni a la profundidad ni a la noche. En ambas se nutre el alma de esencias reconfortantes. La superficialidad es aliada de una existencia anodina, inútil para los demás. En tanto que, el exceso de luz, la altiva racionalidad, desvía de los senderos del misterio, como si nos arrancara de la tierra fértil donde nuestra existencia arraiga y da fruto.

Nadie que se deje *educar* por el viento de la poesía, cederá fácilmente a las falsas concepciones de la vida. Su paso por este mundo dará la imagen de una verdad compartida, labrada por los ágiles cinceles de la búsqueda, la insatisfacción, la fidelidad a sí mismo y la capacidad de gozar mucho de las bondades de todas las criaturas, incluidas las suyas propias. Cualquier rutina existencial conduce a la ruina de lo esencial, irrenunciable humano.

Por lo demás, Jesús no fue un asceta que propugnara el acceso a Dios a través de la renuncia a los placeres sensibles o el goce de la naturaleza. Antes bien, Él supo armonizar, como ejemplo perfecto del verdadero amante de la vida, la madurez espiritual y el uso adecuado de los sentidos corporales logrando vivir juntos y enriqueciéndose mutuamente.

\* \* \*

Por otro lado ¿no es cierto que los occidentales hemos cultivado, con idolátrica devoción, la facultad de razonar, en detrimento de otras facultades del saber humano, tales como la intuición, el asombro, la emoción estética y la comunión afectiva? Hay mucha sabiduría escondida en el lenguaje poético, que, no está ni puede estar en contra de la razón pensante, aunque sí la trasciende integrándola en un firmamento de luces encadenadas.

Con docta palabra, María Zambrano, acertó a decir: *Las cosas están en la poesía por ausencia, es decir, por lo más verdadero; ya que cuando algo se ha ido lo más verdadero es lo que nos deja, pues que es lo imborrable; su pura esencia. Y la misma realidad se encubre a sí misma. Además, en este juego de "ausencia" y "presencia",*

*las cosas se nos aparecen sumergidas en el flujo del tiempo, se nos muestran como naciendo y tornando a nacer. Su presencia es un milagro, el milagro primero de la aparición de las cosas; poesía es sentir las cosas en **status nascens**<sup>4</sup>.*

Nos detenemos en las palabras evocadoras de la filósofa malagueña: *Poesía es sentir las cosas en su estado naciente*. Poesía es asistir al parto de la vida en cada objeto contemplado, en cada experiencia vivida en profundidad. Sólo una mirada superficial a la realidad nos separa de la poesía. Si tu ojo sabe ver en profundidad, tu vida estará llena de poesía; pero si sólo te quedas en lo más efímero de las apariencias primeras, jamás asistirás al asombro, a la maravilla, de cuanto acontece en el ser y como ser<sup>5</sup>.

Sentir que algo vivo nace en este instante, y que nace precisamente para mí, esto es poesía. Y ser poeta, saber leer *el lenguaje dentro del lenguaje*, el lenguaje del corazón dentro del lenguaje de la razón, como se escucha la melodía dentro del ritmo que la acompaña. *El poeta se consagra y consume en la definición y construcción de un lenguaje dentro del lenguaje* -dice Paul Valéry- ; y esta operación que es larga, difícil y delicada, solicita de las más diversas cualidades del espíritu; y que jamás llega a terminarse, porque nunca es, tampoco, exactamente posible, tiende por ello a ser el idioma de un ser más puro, más potente y más feliz con su palabra, que no importa qué personaje real<sup>6</sup>.

Lo que en definitiva quiere decirnos el poeta del **Cementerio Marino** es que, quien se queda o sólo busca la evidencia de la razón (primer lenguaje), no penetra en el misterio de la vida y de las cosas, como evidencia del corazón (segundo lenguaje).

\* \* \*

Pero, entre todos los poetas de la historia a los que tanto debo, ninguno cual Jesús de Nazaret me ha impulsado tanto por el camino de la fe en mí mismo, de la conciencia del valor absoluto de mi pequeña existencia. ¿Esto ha sido así porque yo soy cristiano, seguidor de Jesús? Tal vez. Con todo, mi afirmación más clara es que, gracias a mi educación en la fe cristiana, he podido conocer, si no bastante bien, sí con constante dedicación a Jesús; y gracias a mi inclinación a la poesía desde mi infancia, he ido descubriendo el acervo poético incomparable de los evangelios cristianos. Hoy, la poesía y la fe en Cristo han llegado a estar tan amasadas en mí, que ya no acierto a distinguir.

Mas no es ocioso preguntarse: Jesús de Nazaret, ¿poeta? El que es, para sus creyentes, Hijo de Dios, ¿también poeta? ¿Añade algo (o disminuye en algo) el ser poeta al ser Hijo único del Dios viviente?

Para aquellos quienes el dogma cristiano no constituye la guía única de su pensamiento y de su búsqueda de la verdad, el reconocimiento del valor poético de los evangelios, no debe resultar muy difícil. En la vida y enseñanzas de Jesús, tal como nos transmiten los sinópticos y Juan, los veinte siglos transcurridos y la mediación de las diversas lenguas (arameo, que habla el Maestro; griego en que están escritos los evangelios, y las lenguas

---

<sup>4</sup> María Zambrano, FILOSOFÍA Y POESÍA. Madrid 1987, p120-1

<sup>5</sup> Parfraseando a Mt 6, 22-23

<sup>6</sup> Paul Valéry, citado por María Zambrano, ib 121

modernas en que nosotros los leemos), no han podido arrancar, erradicar, ni disminuir la inmediata y conmovedora belleza de la poesía de Jesús. ¿No fue Unamuno quien dijo que una poesía es verdadera cuando sigue siendo buena poesía al ser vertida a otra lengua? ¿Y no tenemos abundante experiencia, los amantes de la poesía, de que esto es así? Si bien, la lectura en el idioma original suele ser más rica, lo universal humano, lo telúrico, el *pathos* de la indiscutible poesía, traspasa todos los límites, incluido el idiomático, para ser comunión con el espíritu del poeta. Si no fuese así no existirían grandes poetas universales. Si no fuese así, la poesía nunca sería un bien común.

Porque la poesía sólo se revela al poeta; y poeta es todo aquel que sabe gustar de la poesía, con idéntico derecho a aquel que sabe escribirla inspiradamente. El texto poético es una iniciación a penetrar con el espíritu del lector en el espíritu del escritor, hasta hacerse ambos un solo espíritu. El buen lector de poesía recrea el poema y lo enriquece con su más íntima vivencia, a la vez que queda enriquecido por cuanto de verdadero, bello y bueno contiene la creación literaria.

Es por ello que, aquel que no proyecta sobre la literatura evangélica una mirada dogmática o moralista, está en mejores condiciones para beber en las fuentes de la poesía de Jesús, que aquellos otros que sólo o principalmente ven en los Evangelios un conjunto de verdades a aceptar con la razón creyente y de normas a practicar con la piedad convenida. No creo que la mejor manera de leer los evangelios sea para mostrar cómo queda confirmada la divinidad de Jesús, sino para buscar sintonizar con un testimonio de vida -el de Jesús y los primeros discípulos-, que nos induce a hacer nosotros también el mismo recorrido humano en la búsqueda y experiencia de Dios. Los contenidos de revelación que encierran los evangelios, se nos darán por añadidura si sabemos acercarnos a ellos desprovistos de todo tipo de pre-juicios.

No he podido olvidar, después de cincuenta años, aquella discusión que mantuve con mi profesor de literatura, que antes lo había sido de lengua griega, sobre el valor poético de los evangelios, que él negaba de forma rotunda. En todo caso, según él, se podía conceder valor poético universal a algunos libros y páginas aisladas del Antiguo Testamento. Yo, aunque sin muchos argumentos, pues él era el profesor, defendía que los evangelios eran en su conjunto, y especialmente los sinópticos, libros de hermosa poesía, universal y eterna, que se podía situar sin atisbo de menoscabo al lado de Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare o Hölderlin. (¿Quién puso en mí tal intuición y tamaña osadía al manifestarla ante el veterano experto en la materia, con sólo mis veinte años? ¿Atrevimiento de mi ignorancia?) Lo cierto es que mi profesor se burlaba de mi ingenuo entusiasmo, considerándolo más bien hijo de la piedad religiosa que de la cultura literaria.

Hoy, tras muchas más lecturas y el conocimiento más depurado de los grandes poetas, sigo creyendo que en Jesús de Nazaret, tal y como ha llegado hasta nosotros en los relatos/catequesis de los evangelios canónicos, ha aparecido una fuerza poética tan inmensa y sobrecogedora, que su atenta lectura desvela, mejor que nada, el mensaje espiritual y de salvación que encierran. Abrirse a la poesía de los evangelios puede ser una excelente manera de internarse en su misterio de vida. Y, aunque el lector contemporáneo, lector de sensibilidad poética, no llegase a concluir tal lectura en una confesión de fe, es seguro que habrá sentido dentro de sí el entusiasmo de haber estado en contacto muy directo con un espíritu de hermosura sobrenatural, con una síntesis esclarecedora de todos los valores que ennoblecen la existencia del ser humano.

\* \* \*

Por otro lado, una lectura poética de los textos sagrados, siempre estará más cerca de la simple contemplación de fe, que cualquier otro tipo de lectura más basado en la sutileza de los razonamientos o en el análisis de conceptos. La lectura poética nos conducirá con paso firme a despojar las palabras del poema de todo su ropaje artificial (las meras construcciones del pensamiento), para quedarnos frente a frente con la hermosura desnuda de la vida que las palabras, desgastadas por el uso convencional y rutinario, ocultan o deterioran. Será así, mediante esta lectura despojada de cualquier ambición que no sea la de pensar y sentir con el poeta, como llegaremos a encontrarnos cara a cara, corazón a corazón, con Jesús vivo. ¿No se refiere a esta lectura Marcel Légaut cuando dice: *Es bueno que nosotros, cristianos del siglo XXI franqueemos las distancias de todo tipo que nos separan de Jesús de Nazaret, en el tiempo y en el espacio (...) para mejor descubrir la Humanidad de Jesús*<sup>7</sup>.

La poesía de Jesús, contiene *una visión penetrante de la realidad*<sup>8</sup>, o, dicho de otra manera, aporta un camino a recorrer con Él y como Él, en el que vamos haciendo nuestra su experiencia del Reino de Dios en su inquebrantable unidad con el devenir del individuo y de la historia en general. La poesía es vida compartida. ¿Cuán cerca no me he sentido yo, por ejemplo, de Juan de la Cruz, de Dostoyevski, de Rilke, de Juan Ramón Jiménez, al recrear con mi lectura contemplativa su honda verdad entreverada en páginas de inquietantes llamadas. Llamadas y llamaradas, pues suele ser lectura que, como el fuego de los sufíes, purifica y alumbrá, revela y une.

No suele ser de fácil lectura un texto poético. Tampoco los evangelios. Pide siempre una complicidad. La complicidad de los amantes. Si en el poema nos da el emisor lo mejor de su vida, lo más puro de su intención, sólo lo podremos captar y hacer nuestro si al leerlo le damos también lo mejor de nuestra atención, lo más vivo de nuestros anhelos, luchas y esperanzas. El poema se entrega como un cuerpo transido de amor bajo las manos temblorosas del amante lector.

Y tal seriedad comprometida en la lectura, tal complicidad en el secreto amoroso, puedo asegurar que ha sido el clima de mi encuentro con Jesús en los evangelios. Llegué a convencerme de que tanta precisión en el decir, tanta hondura en el significado humanizador y tan vertiginosa altura en su enseñanza espiritual, no era cosa de hombres, ni siquiera de hagiógrafos divinamente inspirados, sino latidos directos del propio corazón de Dios. He caído muchas veces de rodillas ante un pasaje evangélico, como herido por el rayo de una presencia cegadora.

Cómplice ya del Jesús de los evangelios, cautivado por la belleza de su manera de ser hombre entre los hombres, seducido por la claridad de su hacer presente y actuante a su Dios y nuestro Dios, su Padre y nuestro Padre, en el tejido de la existencia global, arrastrado por su entrega sin retorno a la defensa de la dignidad sagrada de la persona humana..., comprendí que sólo esta poesía, este modo de hablar de Dios sin menoscabar en lo más insignificante la grandeza humana, este modo de comprender las debilidades del hombre como el espacio privilegiado donde manifestarse la fuerza de

---

<sup>7</sup> Marcel Légaut, *MEDITACIÓN DE UN CRISTIANO DEL SIGLO XX*, Salamanca 1989, pg 228

<sup>8</sup> José Luís Espinel, *LA POESÍA DE JESÚS*, Salamanca 1986, pg. 9

Dios, su Misericordia..., merecía mi entrega incondicional, mi admiración y alabanza, y me convertía a su vez en poeta, receptor y emisor, del misterio que nos salva.

\* \* \*

Siempre ha resultado difícil la transposición del lenguaje poético a otro coloquial y ordinario. Cuánto más al tratarse de la poesía evangélica que añade, a la dificultad común, la necesidad de llevar a cabo un despojamiento de todo el bagaje cultural e incluso ideológico sobre ella arrojado a lo largo de siglos y milenios. Tales hábitos de acudir al texto sagrado para defender dogmas o inculcar procedimientos éticos, ha sido la causa principal de nuestra dificultad actual para conectar con la poesía de Jesús. Es imprescindible, como Jesús pedía a sus oyentes, *hacerse niño*<sup>9</sup>, a fin de recuperar aquella mirada primera, desprovista de toda ambición que no sea la del misterio de las cosas. Cada descubrimiento de la vida es, para los ojos del niño, un misterio de luz que ensancha su conciencia con la certeza del asombro. El que se asombra ante las cosas conoce más de ellas que el que simplemente las cataloga y analiza.

Consciente de tal dificultad -la de intentar transmitir el testimonio del impacto poético de la narración evangélica sobre mi conciencia-, me lanzo con humildad y respeto, a intentar exponer algunos de los rasgos de la poesía de Jesús, que más, creo, me han enriquecido en mi humana peregrinación.

Desde mi adolescencia, Jesús representó en mi vida el papel de **poeta de la naturaleza**. Él me transmitió esa visión de la naturaleza como espacio privilegiado de comunión con el Creador. Solía leer el Nuevo Testamento, con preferencia por los evangelios, en plena naturaleza, bosque, playa, río; pero sobre todo, me ensanchaba el corazón con aires de eternidad leerlo en las cimas de los montes a que frecuentemente ascendía. Parecía como si, en el silencio de la arboleda, sólo interrumpido por los gorjeos de los pájaros y alguna que otra brisa al descuido, no me dejaba llevar por la magia de unos versículos evangélicos, leídos parsimoniosamente, a veces en voz alta, y siempre con un silencio de atención insondable, aquellos parajes no eran tan hermosos, no eran tan reveladores, no se transfiguraban ante la mirada de mi corazón invitándome a la adoración y el abandono.

Cuando, sentado sobre la dura y musgosa roca de una cresta o una planicie elevada, leía aquello de: *Mirad las aves del cielo; no siembran ni cosechan ni recogen en granero, y vuestro Padre celestial las alimenta... Observar los lirios del campo; cómo crecen, no se fatigan ni hilan; pero yo os digo: ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos*<sup>10</sup> ..., sólo necesitaba levantar los ojos de la página para ver en torno a mí un universo poblado de gozosas maravillas. Era como si todo lo mirado lo viese con los ojos del propio Creador. Todo naciendo en ese instante, recién creado para mí. Todo mensajero y portador de una bondad infinita y eterna que se postraba a mis plantas pidiéndome entrar en el núcleo dinamizador de mi existencia.

En días prolongados de verano, compartiendo campamento vacacional con muchachos de organizaciones parroquiales, me sentía tan embriagado de la naturaleza serrana, sus horizontes de verdes y azules combinados dilatándose hacia valles y cumbres, que invitaban a salir de uno mismo y expandirse en auras de misteriosa presencia, que dentro de mi resonaba como cantinela proverbial, cargada de resonancias místicas, el

---

<sup>9</sup> Cf. Mt 18, 1-4

<sup>10</sup> Cf. Mt 6, 25-34

versículo del salmo “*Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra*”. Vivir unos días en plena naturaleza, bajo una lona de campaña, conducía a una experiencia inédita e imposible en la vida urbana: sentirte hermano menor de tanta hermosura, uno con el Todo, cual si de mí mismo emanara aquella atmósfera, con sus formas, colores y sonidos, reflejando el fondo de mi propia alma.

La vida en comunión con la naturaleza envolvente, resultaba una y otra vez -lo sigue siendo- una vivencia personal de sanación, pues al decir del filósofo oriental *la naturaleza es de por sí y siempre, un sanatorio. Aunque no pueda curar otra cosa, puede sanar al hombre enfermo de megalomanía*<sup>11</sup>. ¡Y no es poca sanación la que te conduce a vivir humilde y fraternamente con tu hábitat natural! Descubrirte al servicio de la naturaleza, no dueño ni explotador de la misma, tendrá mejores resultados que la sistemática depredación que las sociedades industrializadas y supertécnicas vienen cosechando en los últimos dos siglos. También Emerson, nos advertía, dos siglos atrás, cuando todavía el medio ambiente era como *un dios que juzga a todos los que se le acercan*<sup>12</sup>, que los encantos de la naturaleza *son medicinales: nos devuelven la tranquilidad y la salud, y son placeres sencillos, amables e innatos en todos nosotros*<sup>13</sup>.

Imposible catalogar todas las gracias que he recibido en mi vida del trato asiduo, atento y respetuoso con la naturaleza. No es desacertado afirmar que ha sido mi principal maestro. Más que a ella, sólo le debo al Espíritu. Y que Jesús, poeta de la naturaleza, ha sido mi fiel compañero y experto guía por senderos y trochas, por playas y riberas, por bosques y altozanos..., queda para mí fuera de toda discusión; pues su palabra evangélica me condujo a ver en lo pequeño la razón de todo lo grande, y a descubrir en lo escondido las llamadas de lo sublime irrenunciable.

\* \* \*

Quiero traer aquí, seguro del impacto que producirá en más de un lector (como me lo produjo a mí), *la parábola del hijo desagradecido*. Dice así:

*Érase que se era un hombre cuyo nombre no mencionaremos todavía. Llegó hasta Dios y se quejó de que este Planeta no era bastante para él, y que quería un cielo de puertas abiertas a todas las riquezas y felicidades posibles e imaginables.*

*Dios le señaló primero la Luna en el cielo despejado, y le preguntó si su contemplación no le daba serenidad. El hombre sacudió la cabeza; dijo que le aburría ya mirarla.*

*Entonces, Dios, le señaló las colinas azuladas en la distancia, y le preguntó si no le encantaban sus hermosas líneas; a lo que el hombre respondió que le parecían vulgares y tediosas.*

*Lo acercó Dios a los pétalos de la orquídea y de los pensamientos, y le pidió que extendiera con suavidad sus dedos y tocara la aterciopelada superficie y comprobara si no eran exquisitos los matices de sus colores.*

*Pero el hombre se limitó a decir: ¡No!*

---

<sup>11</sup> Lin Yutang, LA IMPORTANCIA DE VIVIR. Barcelona 1984, pg 291

<sup>12</sup> Ralph Waldo Emerson. ENSAYOS, Madrid 2001. pg 385

<sup>13</sup> íb. 385

*En su infinita paciencia, condujo Dios al hombre a un acuario plagado de varias especies de peces hawaianos, y lo invitó a detenerse en sus gloriosos colores y formas; pero el hombre dijo que no le interesaba.*

*Dios, sin darse por vencido, quiso que el hombre, este hijo desagradecido, descansara con Él bajo la sombra de un robusto árbol, mandó que soplara una fresca brisa y preguntó al hombre si no encontraba deleitable la estancia allí; a lo que el hombre respondió que no le hacía impresión alguna.*

*Bueno -dijo el buen Dios-, veamos si un lago en la alta montaña, en la cual se reflejan crestas señeras y árboles en esplendor, cielo azul y nubes bogadoras, le complace, siquiera un poco, a este hombre. Pero el hombre no se dejaba complacer.*

*En fin, dijo Dios, te llevaré a lo alto de los Andes, al Gran Cañón del Colorado, a cavernas roturadas por el agua y los siglos en estalactitas y estalagmitas, a los médanos y dunas que juegan caprichosamente con el mar, con la luz y con el viento; te llevaré al desierto, con sus cactus que florecen como dedos de hadas, a las nieves eternas del Himalaya, al pasmo del volumen y rugido de las cataratas del Niágara...*

*Dime, oh hombre, ¿es hermoso o no este Planeta? ¿Tiene o no encantos suficientes para llenar de gozote corazón y de elevación las ansias más acuciantes de tu alma?*

*Este Planeta -dijo el hombre- no es bastante para mí.*

*¿No parece que, si tan difícil es complacer a este hombre -se dijo Dios-, existe la duda de que Yo pueda crear un cielo que le satisfaga?*

*Dios no sabrá nunca qué hacer para satisfacer a este hijo desagradecido.*

*¡Ah, se me olvidaba! Este hombre se llama Cristiano<sup>14</sup>.*

Naturalmente que, para el filósofo chino, “cristiano” aquí es sinónimo de “occidental”. Pero bien nos merecemos los seguidores de Jesús de Nazaret el reproche de hijos desagradecidos, si no aprendemos a gozar de los bienes naturales, como dones amorosos de Dios Padre puestos a nuestro alcance para felicidad y vida de todos sus hijos. La existencia del mal en la naturaleza -catástrofes, epidemias, elementos adversos- jamás será suficiente para borrar la hermosura de la creación, mientras el hombre se mantenga al servicio de la misma, antes que dominador ambicioso en la explotación insana de la misma.

\* \* \*

Y así, Jesús, Maestro de la buena noticia, poeta de la naturaleza, al conducirme con paso firme a situarme ante la entera creación como hijo del Creador y hermano providente de todas las criaturas, se me revelaba y entregaba al mismo tiempo como el **poeta del sentido de la vida**. *Todo lo habéis recibido gratis, ¡dadlo gratis!*: tal era el sentido de ser hombre que se me iba imponiendo sumergido en las aguas profundas de la poesía evangélica. La gratuidad es la única manera digna de gozar de esta vida, de todas sus bondades y encantos, sin resultar, antes o después, un tiránico explotador de la misma. La gratuidad es la única escuela de humanidad libre y fecunda. Y Jesús de Nazaret, con

---

<sup>14</sup> Lin Yutang, o c. 288-9 (ligeramente retocado)

su vida y palabra, el testimonio más conmovedor y contagioso de una vida arraigada en la gratuidad.

Las bienaventuranzas evangélicas<sup>15</sup>, especialmente en la versión de Mateo, leídas en clave de gratuidad, no constituyen el código de la moral cristiana, sino la belleza del corazón de Cristo comunicado a sus oyentes, y la fuerza del Espíritu Dios que quiere actuar en nosotros para conducirnos a ver el mundo como Dios lo ve y a amar todas las cosas como Dios las ama.

El íntegro Sermón de la Montaña<sup>16</sup>, que muy bien es considerado como resumen de todo el mensaje de Jesús, es también en su conjunto el poema más elevado y sugerente de la literatura universal -al menos, para mí- en torno al poder divino de la gratuidad. Porque, imposible ser *luz del mundo y sal de la tierra*<sup>17</sup>, si no somos movidos en todas nuestras acciones por aquel amor que da la vida sin pedir nada a cambio, y que es, sin atisbo de duda, la forma de amar más necesaria en nuestro mundo. ¿Tan difícil es darse cuenta de que sólo la gratuidad posee la respuesta a los grandes problemas que hoy hacen sufrir a la humanidad histórica?

La plenitud de la Ley sagrada, es decir, su eficacia máxima salvífica como voluntad expresa de Dios, radica en ir en nuestro trato con los demás, más allá de la misma ley<sup>18</sup>, conducidos por un amor -el de Dios mismo-, que se nos da en mayor medida del que necesitamos. De modo que nuestra presencia en medio del mundo, en el contacto cotidiano con nuestros hermanos, sea una existencia puro don, sin poder negar nada de cuanto somos y tenemos a quien nos pidiere, y ello sin esperar recompensa alguna<sup>19</sup>. La gratuidad del Padre que nos ha engendrado en Cristo para una nueva vida, sobrepasa todas las medidas de justicia y del sentido común de los mortales. El perdón que Dios comparte con nosotros, llega hasta el amor a los enemigos. Sólo el amor de gratuidad destruye, hace imposible la enemistad<sup>20</sup>.

¿No nos parece estar soñando al pensar tales cosas, con el temor a un despertar amargo, frente a tanto odio, violencia, ley del más fuerte, venganzas, desolaciones que asolan nuestro mundo, hasta hacernos pensar que el mensaje evangélico de la gratuidad es una quimera inalcanzable, una utopía desencarnada?

La verdad es que el evangelio de Jesús bien puede ser entendido como una utopía. En Jesús de Nazaret, Poesía, Profecía y Utopía constituyen una misma entidad, una misma *provocación*, el anuncio de algo que, si es verdad que resulta imposible para el hombre, no así para Dios. Lo que importa es hacer nuestra esa Utopía. Dejar que empape nuestra entera humanidad. Dejarnos conducir por ella, como estrella de un nuevo amanecer, que aguarda de nosotros que la miremos fijamente y nos fiemos de su claridad.

\* \* \*

---

<sup>15</sup> s.f. Mt 5, 1-12; Lc 6,17-26

<sup>16</sup> Cf. Mt 5-7; Lc 6, 17-49

<sup>17</sup> Mt 5, 13-16

<sup>18</sup> ib 17-37

<sup>19</sup> ib 38-41

<sup>20</sup> ib 42-48



Es así como Jesús se alza ante la mirada de todo hombre y mujer, del universo entero, como el inicio de una Nueva Creación que en Él ya es realidad y puede y debe serlo para todos, en la misma medida en que, insatisfechos y rebeldes, no nos conformamos con menos. Jesús es el Señor de lo Imposible. Jesús es el **Poeta de la Utopía** que nos empuja a volar alto, convencidos de que sólo los sueños audaces tienen las llaves de un futuro en abrazo. *Donde se da una acción humanizadora, -creativa, subversiva o celebrativa-, allí está actuando una Utopía, no a modo de un manifiesto para la acción, no como un estado de la cuestión con vistas a una realización de una vez por todas, sino como un horizonte infinito de esperanza y promesa*<sup>21</sup>. Se trata del *horizonte infinito* que la poesía de Jesús abre ante los ojos iluminados, asombrados, enamorados, de cuantos creen que la presencia de Dios en la vida es *un don y un reto*<sup>22</sup>. En cuanto que don, afirma el compromiso de la Divinidad con todo lo Humano; como reto, espera que nos tomemos en serio nuestra propia vida, como la más hermosa realización de nuestro paso por este mundo, como nuestra aportación más importante al futuro de una humanidad libre y feliz: tal es la torre que nos corresponde edificar. Es también como la batalla que se nos confía ganar: la batalla contra todas las negaciones del hombre y su grandeza incomparable<sup>23</sup>.

Jesús, mi Poeta, no ha poetizado jamás la evasión, el conformismo, el refugio en lo ideal como defensa de la cruda realidad. Es también el **poeta de la historia**. No del realismo mágico. No de los milagros como soluciones fáciles venidas de fuera. La historia como escenario en el que se defiende la dignidad humana, en el que cada uno nos situamos a favor o e contra de un mundo justo y fraterno. Jesús ha puesto en marcha el poema más verdadero y necesario, más universal y concreto a la vez, más divino y humano sin que sea posible señalar la línea divisoria -que para Él no existe- entre lo que atañe a la Gloria de Dios y lo que atañe a la Dignidad del hombre. Es el poema que Él solo no quiere escribir, y que nosotros no sabemos escribir sin Él<sup>24</sup>. La historia humana está aquí resumida de modo magistral: *Lo que hicisteis a uno de esos mis hermanos pequeños, a mí me lo hicisteis*.

Como poeta de la historia humana, nos ha asegurado que el único gobierno equitativo y justo entre los hombres, sólo puede ser el de la Dignidad Humana reconocida, aceptada y elevada a ley suprema y valor universal. No se puede gobernar humanamente si no es desde los parámetros que impone la defensa a ultranza de dicha dignidad. Que el más pequeño de los seres humanos vale más, infinitamente más, que todos los tesoros de la ciencia, la técnica, la economía, la cultura universal..., es emoción predominante en la poesía de Jesús. Tal vez por eso, al autollamarse *el Hijo del Hombre*, Él que era a su vez *el Hijo de Dios*, Jesús subraya lo más significativo de su misión en la tierra: Ser el Hombre para el Hombre; confiarnos lo mucho que vale el Hombre para Dios, y que el camino del Hombre hacia Dios es el mismo Hombre.

*Jesucristo perteneció -dice el pensador del siglo XIX Emerson- a la raza auténtica de los profetas (...) Fue el único, en toda la historia, que supo valorar la grandeza del hombre. Un solo Hombre fue fiel a lo que hay en ti y en mí (de más divino). Vio cómo Dios se encarnaba en el hombre y para siempre tomaba posesión de su mundo. Con el*

---

<sup>21</sup> Sebastián Kappen, ESPIRITUALIDAD EN UNA NUEVA ERA DE RECOLONIZACIÓN, en Rev. *Concilium*, Agosto 1994, Estella (Navarra) pg 637

<sup>22</sup> Ib 636

<sup>23</sup> Cf Lc 14,28-33

<sup>24</sup> Mt 25, 31-46

*júbilo propio de una sublime emoción dijo: "¡Soy divino! A través de mí actúa Dios, habla Dios. Si queréis ver a Dios, miradme, o, ¡mírate a ti mismo, que debes pensar (acerca de ti mismo) como yo ahora pienso"<sup>25</sup>.*

\* \* \*

Si todos los poetas de la historia me han aportado algo valioso para mi concepción de la vida, para este aprendizaje nunca concluido de ser hombre entre los hombres, Jesús de Nazaret me ha aportado la mejor síntesis de todos ellos al mismo tiempo que su sello más original e indiscutible: **la Poesía como Verbo Encarnado**, como palabra amasada con las entrañas de la vida misma, hasta ser revelación de la vida auténtica, la vida siempre en camino hacia sí misma, porque en ella misma, en cada partícula de su ser, se contiene el pasado y el futuro de todo el universo, y en ella y por ella tenemos el acceso más directo a Dios.

La poesía de Jesús me ha mostrado de infinitas formas que, si no me encuentro con Dios en la vida, la vida real -mi vida de cada día-, no conoceré al Dios Vivo que siempre nos espera para darse en comunión en lo insignificante y contradictorio de nuestra existencia temporal. Ahí, pues, en lo vulgar y anodino de nuestra condición humana, nos espera pacientemente para que también nos demos a Él. Cuando el prólogo del cuarto evangelio dice: *En la Palabra estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*<sup>26</sup>, se nos está inculcando buscar a Dios en la vida, en lo que vivimos y acontece, donde su Palabra Encarnada se hace luz de nuestro sendero.

Desde el lugar preeminente que ocupa Jesús en mis lecturas poéticas, es de sentido común que mis preferencias siempre hayan ido por aquellos géneros y estilos que más y mejor me acercaban al misterio de la vida. También tengo que agradecer a Jesús, como poeta, el haberme hecho intuir la dimensión más humanizadora de la creación literaria. Jamás me ha seducido el preciosismo formal ni el puro virtuosismo versificador. Tampoco la poesía como medio para otro fin distinto a sí misma. Porque en Jesús de Nazaret he aprendido que la auténtica -humana- poesía no tiene otra finalidad que ponernos en conexión de admiración, entusiasmo y servicio con la vida real. La poesía evangélica, tan rica en metáforas, figuras, imágenes, ritmos y alegorías, nunca deja de ser una poesía de la vida y para la vida; poesía en sí misma, al no pretender otra cosa que ser Palabra amorosa en busca de oído amante.

\* \* \*

*Jesús optó deliberadamente por el lenguaje poético y lo hizo por necesidad<sup>27</sup>. La metáfora y la paradoja no son simplemente una bonita y luminosa manera de decir algo que puede ser dicho con otras palabras (...) La poesía no es un ornamento que se superpone a la existencia sino su culminación. Vida profunda tiene que llegar a ser vida expresada. La poesía, la metáfora surge donde hay especial visión de las cosas. Aristóteles valoró sobre todo el uso de las metáforas (cuando dijo): Lo más importante es, con mucho, el uso de las metáforas; pues es la única cosa que no se puede aprender*

---

<sup>25</sup> Citado por Jaroslav Pelikan, en JESÚS A TRAVÉS DE LOS SIGLOS, Barcelona 1989. pg 254

<sup>26</sup> Cf. Jn 1,1-18

<sup>27</sup> José Luis Espinel, o. c. pg 79

*de otro y es una señal de dones poéticos congénitos; porque hacer bien las metáforas es percibir bien la relación de semejanza*<sup>28</sup>.

Las metáforas del Reino de Dios, que lo son fundamentalmente las parábolas usadas por Jesús, revelan de modo magistral (¿insuperable?) la *relación de semejanza* del hombre destinatario de las parábolas con el Dios que actúa en ellas. Todas las parábolas, en su significación metafórica, expresan que el Reino anunciado es algo tan íntimo al hombre como su ser mismo; tan necesario para su vida como la fe en sí mismo y la alegría de vivir. Y es entrando en comunión con *los dones poéticos congénitos* de las parábolas, como llegamos a sentirnos campo labrado por Dios, oveja perdida sólo por Él encontrada, o masa informe que su levadura fermenta con poderes divinos.

Las parábolas del Reino magnifican esa epifanía del *presente en la glorificación de la vida sencilla*, como lugar privilegiado de encuentro con el Eterno Viviente y su amor que nos salva. La perla preciosa y el tesoro escondido, la luz que ilumina todo el cuerpo y la sal que da sentido a toda la existencia..., son algunas de las múltiples llamadas que, a través de las parábolas, recibimos para buscar a Dios en medio de las realidades temporales, en el corazón latente de la existencia cotidiana y cósmica.

¿Por qué no traer aquí los versos del poeta libanés, enamorado cantor de Jesús, el Hijo del Hombre?:

*Era un Poeta. Veía por nuestros ojos y oía por nuestros oídos,  
y nuestras palabras calladas estaban en sus labios.  
Conocía la mar y los cielos,  
y hablaba de perlas cuya luz no es de este mundo,  
y de estrellas que están más allá de nuestra noche.  
Conocía las montañas como sólo las águilas las conocen,  
y los valles como sólo los conocen los arroyos y los ríos.  
Y había un desierto en su silencio  
y un florecer de jardines en su hablar.  
En su voz había la risa del trueno  
y las lágrimas de la lluvia,  
y la gozosa danza de los árboles al viento.  
Siempre, a la incierta luz del crepúsculo, me pondré a escuchar,  
y escucharé al Poeta que es el soberano de todos los poetas*<sup>29</sup>.

\* \* \*

Me preocupa, sí, y no soy el primero en sentirlo, ni es la primera vez que lo digo<sup>30</sup>, la escasa acogida que suele tener la dimensión poética de los evangelios, tanto en la predicación de las iglesias como en el quehacer teológico y pastoral. *Para el quehacer teológico, es imprescindible que el dato de fe, la premisa de fe sea vivida con intensidad, y que el teólogo sea capaz de sintonizar con la expresión poética de la revelación, para recibir del texto sagrado toda su dimensión significativa*<sup>31</sup>. Nada hará

---

<sup>28</sup> D. O. Via; Jorge Guillén y Aristóteles, citados por José Luís Espinel en o. c. pg 79

<sup>29</sup> Gibran Jalil Gibran, JESÚS EL HIJO DEL HOMBRE, México 1972, pgs 128-30

<sup>30</sup> Me remito aquí a los capítulos “El saber poético”, de mi libro RÁFAGAS DEL ESPÍRITU, Santander 1999, pg 61-65, y a “Poética del alma enamorada”, en UN DIOS LOCAMENTE ENAMORADO DE TI, Santander 2000, pg 111-124

<sup>31</sup> José Luis Espinel, o. c- 271

más intensa la vivencia de la premisa de fe, que la sintonía del lector, investigador o predicador con su expresión poética. ¿No es esto mismo lo que decía Wittgstein, al afirmar que *el lugar de la teología no es el aula, sino la poesía y la fiesta*?<sup>32</sup> ¿Qué ocurriría en nuestras viejas y abandonadas iglesias de occidente, si la fiesta y la poesía, juntas e inseparables del dato revelado, se sentaran en la cátedra sagrada?

Como muy bien dice Amós N. Wilder en su *Theopoética: Antes que el mensaje debe haber visión, antes que el discurso debe existir el himno, antes que la prosa el poema. Antes que una nueva teología, sea secular o radical, debe haber una teopoética contemporánea (...)* Sin imaginación, las doctrinas se cosifican, el testimonio y la proclamación se hacen inflexibles, la doxología y las letanías vacías, las consolaciones huecas, y las éticas legalistas<sup>33</sup>. Toda una profecía pendiente como espada de Damocles sobre las iglesias cristianas.

Nuestra sociedad occidental, la cultura posmoderna y de globalización, están demandando a gritos una más amplia apertura al saber poético; porque sobresaturada de saberes técnicos y “digitales”, de influjos del marketing y de programaciones siempre “desde arriba”, es decir, desde los intereses económicos del poder anónimo, se va encontrando, poco a poco más, asfixiada en los valores más inalienables de la existencia humana, tales como la valoración y cultivo de la individualidad original, la sensibilidad para el misterio que subyace en todo lo vivo, la solidaridad con la existencia del planeta tierra e incluso del universo, el sentido mismo de la simple alegría de vivir... ¿Podrán las religiones de la tierra dejar de escuchar tales demandas?

La sensibilidad de las personas más cultivadas de nuestro momento, nos está recordando de continuo que debe cambiar el estilo, modos, talante de la actual predicación oficial de nuestras iglesias cristianas. ¿Para quién predicar? ¿De quién quieren hacerse entender? Sigue teniendo vigencia el aviso que, dos siglos atrás, nos hiciera Emerson; escuchémosle: *En cierta ocasión escuché a un predicador que lamentablemente me hizo caer en la tentación de decir que ya no iría más a la iglesia (...)* Estos predicadores no se dan cuenta de que convierten su evangelio en algo que no es alegre y lo despojan de su belleza y de sus atributos celestiales (...). Una verdadera conversión, (la predicación de) un cristianismo verdadero, ahora como siempre, tiene que lograrse a través de la recepción de sentimientos hermosos (...). El deber de un verdadero predicador consiste en mostrarnos que Dios es, no que era; que Él habla, no que hablaba (...). Si no es así, el verdadero Cristianismo se ha perdido<sup>34</sup>. No se perderá nunca el verdadero cristianismo, cuya fuerza no radica exclusivamente en la forma de la predicación, sino principalmente en la eficacia del Espíritu que empuja a hablar de las maravillas de Dios en la lengua que todos entiendan<sup>35</sup>. Pero es ese mismo Espíritu que nos anima el que está exigiendo que revisemos los modos y contenidos de nuestra actual predicación.

Cuando Jesús dice: *Fuego vine a traer a la tierra, ¡y cómo deseo que arda!*<sup>36</sup>. ¿Quién habla sino el poeta que con la metáfora del fuego, tan común y de tan rico significado en toda la literatura bíblica, nos está hablando del ardor de esa palabra emocionada,

---

<sup>32</sup> Citado por Bernardin Schelleberger en HABLAR DE LO INEFABLE, en rev. “Selecciones de Teología”, Sant Cugat de Vallés, Abril-Julio 2007, pg 119-124

<sup>33</sup> Citado por José Luís Espinel, o. c. 272

<sup>34</sup> Citado por Jaroslav Pelikan, o. c., p 254

<sup>35</sup> Cf. Hch. 2

<sup>36</sup> Lc 12, 49

imaginativa, apasionada, evocadora, intuitiva y cordial, única capaz de transmitir al mundo *el amor loco de Dios?*

La lectura metafísica, la que intenta robar esencias a lo abstracto con silogismos muy concretos, suele ser esclava de su propio razonar, al que corta las alas de la imaginación rompedora y de la sensibilidad unitiva. Aristóteles ya subrayaba que, *mediante la metáfora es posible comprender algo nuevo*<sup>37</sup>. Algo que, perteneciendo enteramente al ser de las cosas cognoscibles, no resulta accesible a un pensamiento racional a primera vista, y precisa de la metáfora, de la razón poética, para darnos *su más allá*. La razón -dice M. Zambrano hablado de la metafísica moderna (Descartes)- *se afirmaba cerrándose y, después, naturalmente, ya no podía encontrar otra cosa que a sí misma*<sup>38</sup>.

Abierta nuestra mente por el poder de la metáfora, por *los signos de lo otro* que contiene toda auténtica poesía, nos acercamos a los evangelios (la poesía de Jesús), y nos dejamos abrasar por ese fuego -el Espíritu Santo- que alienta en sus páginas para reducir a cenizas todas nuestras mentiras existenciales, y fortalecernos con esa fe conjunta en Dios y en el Hombre que *mueve montañas*, hace manar en nuestras entrañas aguas de eterna vida, y nos cerciora de que *todo es posible* para el que adora y confía.

---

<sup>37</sup> Mencionado por Wolfhart Heckmann y Honrad Lotter en DICCIONARIO DE ESTÉTICA. voz "Metáfora", Barcelona 1998, pg 162

<sup>38</sup> M. Zambrano, o. c. 87

## MI DIOS

DIOS ha representado siempre lo más importante para mi vida. Si bien, “Dios”, no ha significado siempre lo mismo para mí.

Desde mi infancia Dios está presente en la educación que recibo y en el testimonio de mis mayores. El Dios que me trasmite el medio rural y familiar en que crezco, es ante todo el Dios de la Naturaleza, el Dios Creador y Providente que vela por el bien de sus criaturas. Inolvidable ha sido para mí la lección, muchas veces repetida de mi abuela Dolores, quien, ante la expresión ingenua de personas que, en un día frío o tormentoso, solían decir, “¡Qué día más malo!”; ella siempre respondía (y, como si estuviera enfadada): “No sé por qué dicen que el día es malo; ¡ningún día es malo, porque todos los hace el Señor!”.

La fe sencilla y práctica que subyacía en esta afirmación de mi abuela, fue cayendo como gota roturadora en mi mente de niño, hasta acabar convencido de que nuestro Dios no quiere ni hace nada que no sea bueno para sus hijos. En el fondo de esta fe permanecía la concepción de un Dios-Máquina del universo, que tiene en sus manos todos los hilos del entramado y ajusta todas las piezas del “reloj” para que marque la hora justa de su Misericordia. Así lo creí entonces, y creo que fue para mí un bien.

\* \* \*

Pero siempre no iba a ser niño, ni mi abuela iba a ser mi única maestra en teología práctica. Crecí. Y, en mi adolescencia, cuando se desplegaba ante mí un ancho mundo de sensaciones, inquietudes y nuevos valores, Dios se me eclipsó, y la fe quedó relegada por un tiempo a la concepción de un traje que se me había quedado pequeño, ¡y qué pequeño!

Sufrí, de los diez a los catorce años, aquellos intensos dolores de cabeza, que, en parte reducidos por el tratamiento médico, me acompañaron hasta casi entrados los cuarenta. Aquellas cefaleas tuvieron la virtud de hacerme un tanto misántropo: horas de largo recogimiento en soledad, que me facilitaban enjundiosos paseos mentales por el pasado y el futuro, lo humano y lo divino. Allí recibí, sin duda, mi vocación a la literatura confesional.

Es una época -y es la primera vez que lo digo- en que me encanta dibujar rostros de mujer, de frente o perfil, recreándome en sus ojos hondos y en sus labios grandes. No era yo aficionado al dibujo; razón por la que ignoro de dónde me vino aquella afición que se convirtió en recreo y hasta en vicio. Al mismo tiempo, en mi cartera de bolsillo, guardo fotografías provocativas de mujeres semidesnudas. Mirarlas es una necesidad compulsiva que no terminaba de comprender entonces, pero que me daba seguridad en mí mismo al par que me planteaba dudas morales. Pero ¡todos mis camaradas tenían las suyas, y a veces gustaban mostrarlas para afirmar que “sus mujeres desnudas” eran más atractivas que las del otro! Juegos de adolescentes varones.

Pero tales juegos trajeron también para mí alguna feliz consecuencia: mirar alguna estampa de la Virgen María podría ser antídoto de la pulsión visual de imágenes de mujer desnuda. Y en aquellos fervores primeros de mi primera conversión, esto, que

hoy me hace reír, entonces dio su resultado. No digo yo que fuera por eso, por mirar imágenes de la Madre del Señor, que comenzaron a atraerme más y más, por lo que fui perdiendo la búsqueda lasciva de cuerpos desnudos de mujer; pero fue por entonces cuando aprendí a invocar a María como protectora, y se afianzó una devoción mariana que el tiempo se ha encargado de hacer más profunda y evangélica. Y se afianzó en mi sentir creyente y cristiano una alta valoración de lo femenino, que después se me ha ido confirmando como imprescindible para dar a la Iglesia un rostro más humano y hacer la imagen de Dios más acogedora y tierna.

Mi etapa adolescente ¿fue tormentosa? ¿Fue difícil? Fue sin duda lo uno y lo otro; pero, vista desde hoy, ¡cuán hermosa! Descubrí la poesía. Me aficioné a leer. Soñaba mucho despierto. Paseaba, solo o con amigos, por la exuberante orilla del río o los pequeños montes cercanos al pueblo. En las tardes de estío, interminables, viví cuadro de verdadera dicha bucólica, junto al agua maternal y refrescante, en juegos y aventuras de audacia a veces temeraria.

Y Dios ¿dónde estaba Dios, cómo estaba Dios en aquel conjunto de vivencias desveladoras de una conciencia hipersensible en camino hacia sí misma?

Dios estaba allí. Dios esperaba. El medio seguía siendo el mismo de la recién huída infancia. Una España doblegada por el rigor de una dictadura; una economía generadora de hambre, miseria, emigración; una familia -la mía- en lucha desesperada contra la ruina del pequeño comercio de alimentación; una Iglesia, a través de la parroquia, anclada en el nacional catolicismo, con una pastoral basada en el cumplimiento de los mandamientos de la Santa Madre Iglesia, romerías y procesiones, pero donde, gracias a la Acción Católica, yo pude descubrir otro cristianismo y sentirme llamado por “otro” Dios.

Jesús de Nazaret comenzó a ocupar un destacado puesto en mi interés, por algunas lecturas que se me ofrecieron, y por el comentario semanal al evangelio del domingo en el Círculo de Estudios de los jóvenes de A. C.

Y, con el descubrimiento de Jesús, llegó el Dios de la intimidad compartida. ¡Era tanta mi necesidad actual de ser *en* otro, *con* otro y *para* otro! Si la infancia había representado la gloria de un yo protegido, la adolescencia representaba la urgencia del mismo yo compartido. Si el Dios de mi infancia había sido el Dios que está sobre todo y para todos, el de mi adolescencia era el Dios que está en mí y para mí, invitándome a entregarme a Él y a los demás.

\* \* \*

La religiosidad de mi adolescencia me brindó la primera síntesis válida de mi ulterior espiritualidad: la inapelable necesidad de amar y ser amado, como espacio vivo de encuentro con el Dios que es Amor. Y no es que el amor de intimidad con el Señor supliese o hiciera innecesario toda otra expresión de amor humano, sino que la hacía más fuerte, pero también más libre. Toda experiencia de amor es liberadora y enaltecadora de la persona que la vive, porque toda experiencia de amor no utilitario, no posesivo, no dependiente, es en sí misma experiencia de Dios. Cierto que, entonces no lo veía tan claro como ahora. Pero se trataba de una intuición que, como raíz vitalizadora, no ha cesado de dar frutos a lo largo del resto de mis años. Y, en

reciprocidad, toda experiencia de fe, que te conduce a la comunicación amorosa con el Dios Viviente, es una experiencia de amor universal, y corona el conjunto de vivencias amorosas de una existencia humana con el perfume de la pura gratuidad y el gozo de una plenitud inagotable.

Desde mi adolescencia el Dios de la intimidad compartida me ha ayudado, con armas siempre a punto de eficacia iluminadora, a no caer en la trampa de un Dios-Juez, severo e implacable, que premia y castiga según méritos humanos, para arrojarne en los brazos de un Dios Padre, Amigo, Amante, que me hizo comprender que su Ser mismo en mí, su presencia como confidente número uno en el sagrario más recóndito de mi ser era ya el mayor premio posible, y su “ausencia” del corazón del hombre, el más terrible “castigo” que el humano puede infligirse a sí mismo.

\* \* \*

Mi juventud -diez años en un seminario conciliar- no añade nada esencial a la síntesis viva de un Dios Bueno y Cercano, pero sí la va profundizando, interiorizando, purificando. Me hago sensible a la realidad del mal en el mundo. El sufrimiento de los pobres llega a parecerme un escándalo insoportable. La opresión de las clases trabajadoras en España, clama por reivindicaciones de diverso tipo que devuelvan a los trabajadores de ambos sexos y de todas las edades su dignidad ultrajada y un nivel debido de bienestar y cultura. Son los primeros años de resistencia organizada al franquismo. Nos imbuimos del espíritu militante que ondea en la JOC y en la HOAC. Son años de despertar a una fe comprometida, porque *no podemos amar a Dios a quien no vemos, si no amamos al hermano que vemos* víctima de injusticias institucionalizadas.

Son también los años del preconcilio y del propio Vaticano II. Se respira una Iglesia “nueva”, más representativa y participativa. Se diseña un modelo de ser cristiano en el mundo marcado por el diálogo, el pluralismo, la participación, la debida valoración de lo secular y la libertad de conciencia como santo y seña. La fe no puede refugiarse en los templos, porque es *Luz del mundo y Sal de la tierra*. Los cristianos en la acción cultural, laboral, social y política, no deben distinguirse por organizaciones especiales ni confesionales, sino por su hacer codo con codo, mezclados con todos los luchadores por la justicia, como *Levadura en la masa*. La Levadura del Reino ha de saber perderse, diluirse en la problemática humana y en la respuesta creyente a la misma. Como la Palabra hecha Carne en las tinieblas de este mundo.

Tales ideales enardecieron a muchos hermanos de mi generación y promoción ministerial. Salíamos del seminario sabiendo qué teníamos que hacer. Y, mejor o peor, muchos lo hacíamos. La lectura de los documentos del Vaticano II, alimentaba el fuego de aquella pasión que llegaba a otros muchos bautizados y ponía en pie grupos de reflexión y de acción, de oración y celebración, con contenidos, metas y métodos bien delimitados. Mis primeros diez años de ministerio fueron así.

¿Fáciles? ¡Nada de eso! Pero hermosos, mucho. A ellos debo una nueva síntesis en mi vivencia del misterio de Dios. Y, sin ellos, mi Dios sería “de otra manera”; pues Dios no es un fetiche intocable ni un ídolo de poderes ocultos, sino el Ser de Comunión que trabaja en el mundo, nos salva en el mundo, y nos espera en el mundo para que colaboremos con Él y con Él gocemos de todas sus bondades y bellezas.



\* \* \*

La Secularidad como Mística, abre para mí un camino de realización personal, en plena fidelidad a lo más genuino de nuestra fe judeocristiana. Todo trabajo para ennoblecer nuestro mundo es un acto de comunión con Dios, que está en el mismo omento creando el mismo mundo y esperando (necesitando) nuestra colaboración. Todo esfuerzo ascético y de fidelidad para cultivar mi yo original, único e irreplicable, es en sí ya una alabanza al Creador de todas las diferencias y matices entre humanos. Al cultivar mi auténtico yo, Dios resplandece más en mí, que soy su imagen viva y una “muestra” de su don para los demás.

Este Dios de la Mística Secular, *en el que vivimos nos movemos y existimos*, quiere hacerse más presente a todos en el gozo de las cosas creadas. Quiere que aprendamos a gozar con Él de todas las bondades, porque Él mismo goza con ellas y nos las ha dado para que las gocemos nosotros juntamente con Él. Se nos pedirá cuenta de todos los placeres que la vida nos ofreció y que no supimos hacer nuestros. En el fondo de cada placer nos esperaba Dios, el Dios de todos los placeres.

¿Y no resulta de lógica divina reconocer que nuestro Creador no puede ser en ningún modo ni medida enemigo de la felicidad de sus criaturas? Las lógicas humanas son todas más mezquinas. Si Dios está empeñado en que seamos felices, en que aprendamos a disfrutar de las dulzuras de los seres hermanos de la Creación, sin olvidar que somos hermanos y debemos cuidarnos unos a otros, ¿por qué con tanta frecuencia confundimos el placer con la destrucción, el gozo de los bienes creados con el abuso depredador? Esa puede que sea la lógica humana, ¡pero no la divina!

Saber gozar de los encantos múltiples de la vida lleva consigo un compromiso de defensa de la misma vida. Y Dios, aquel Dios de la infancia, motor primero (y último) de cuanto se mueve, bondadoso y providente con todas sus criaturas; aquel Dios de la intimidad compartida, hambre insaciable de amor y de vida en mis entrañas de adolescente y joven; y este Dios de la Ciudad Secular, donde los humanos todos vivimos o sobrevivimos, todos con las mismas necesidades básicas, todos llamados a ser felices, dueños de sí mismos y partícipes de la producción del bien universal, son el mismo y único Dios: el Dios que nos ayuda desde dentro a no sentirnos solos ante ningún acontecimiento, próspero o adverso de la existencia; el Dios que nos ayuda desde fuera, en la diaria lucha, a sacar bien de todo mal y a seguir combatiendo sin perder la esperanza; y, el Dios que hace suyas nuestras miserias, para transformarlas con la fuerza de su Amor en experiencia de su cercanía reconfortante.

Tal es el Dios en Quien yo creo. Al que puedo llamar “mi” Dios, no porque sea mío en exclusiva ni preferencialmente, sino porque estimula en mí lo mejor que yo soy y me hace descubrir lo mucho (o poco) que yo puedo en orden a la felicidad de mis hermanos de este mundo. Mi Dios es, ante todo y por todo lo dicho un Dios de Comunión. Un Dios que se da a conocer a los pequeños, a cuantos *tienen hambre y sed de Justicia*; un Dios que nos llama, y espera incansablemente, a que entremos dentro de nosotros mismos para que descasemos en Él (y Él en nosotros); un Dios que se recrea en todo cuanto hay en mí de auténtico, noble, hermoso, porque es un Dios enamorado de su criatura; un Dios que no se deja poseer, pero sí se comunica, se entrega, se “desnuda”

ante el humano, porque también nos quiere a cada uno así, desnudo, inerme, confiado ante la avalancha de su Amor.

\* \* \*

Tendría que hablar ahora del Dios de la tercera edad (bueno, ustedes comprendan, porque Dios siempre es joven). Pero lo haré con la máxima contención posible. Dios es ahora, cuando recorro la etapa final sin posible vuelta atrás, Dios es para mí, la Evidencia de todo lo evidente. ¿Una tautología? Veamos.

Dios no es “evidente”, porque si lo fuera, atraería a todos hacia sí sin posibilidad alguna de resistencia. El bien es apetecible siempre que se muestra como tal, y Dios es en su acepción creyente universal el Sumo Bien. Nadie podría decirle “no” sin negarse a sí mismo, en caso de que Dios fuera “evidente”, claro y patente sin la menor duda.

Pero parece a mí que Dios tampoco es no-evidente. Que no es tan fácil negar a Dios, como si se tratase de un principio sin base lógica. Que no es tan convincente el ateísmo en sus formulaciones que pretenden hacer patente la no existencia de un Ser Supremo. ¿Cómo entonces entender su poder de atracción y transformación sobre tantas y tantas vidas humanas, a lo largo y ancho de la historia conocida? Argumento flojo el mío, lo sé, porque hay otras muchísimas vidas humanas, a lo largo de la misma historia, que no han experimentado tales atracción y transformación.

Pero es que, el llamado problema de Dios en ámbitos filosóficos y científicos, sólo es problema en dichos ámbitos, ya que en el mundo práctico de los creyentes, Dios no es objeto de examen sino de experimentación. La fe en Dios se casa perfectamente con la duda sobre su existencia. Lo que no se casa con la fe en Dios es una vida desesperanzada, amargada, sin sentido, sin entusiasmo e ilusión por algo que nos sobrepasa. Lo que nunca estará de acuerdo con una fe viva y vital sería una vida cómoda y muelle, egoísta y encerrada en sus intereses particulares.

Cuando el hombre niega a Dios no se hace más grande a sí mismo, ni más feliz y útil para los demás. Y toda afirmación creyente del Dios vivo, hace más fuerte el compromiso del hombre consigo mismo y con el mundo que habita.

A mis setenta y dos años de vida creyente, habiendo pasado por etapas de crisis, de desierto, de desolación, de noche oscura..., como también por momentos y experiencias de gozo exultante en relación con la vida real, los seres con quienes me relaciono, las tareas a que me dedico y los problemas sobrevenidos..., puedo afirmar y afirmo que Dios ha sido en muchos momentos motor de búsqueda, que me lanzaba más allá de mis propios límites y me permitía experimentar más allá de mis propias posibilidades.

Sumergido en esta reflexión viene a mi memoria aquella noche -tal vez la más trágica de mi vida- en que tuve que rebobinar toda mi existencia de creyente, para poder responder a las serias cuestiones que aquel día se me habían lanzado. Estábamos en los primeros meses del año 1975. En una residencia de los alrededores de Madrid, un grupo de unas treinta personas realizábamos un curso de Dinámicas de Grupos, que por entonces estaba muy de moda. En una de las sesiones surgió como tema de diálogo en pequeño grupo -siete u ocho- la existencia de Dios. Era gente en su mayoría de carrera universitaria. Se afirmaba mayoritariamente que Dios era el resultado en la mente

humana de miedos ancestrales y proyección de deseos insatisfechos. Que acudíamos a Dios buscando refugio porque no teníamos valor suficiente para hacer frente a la dura realidad. Que bajo la tapadera de Dios se escondía mucho de superstición y fanatismo, mucho de abuso de poder y de estructuras dominadoras. En fin, que llamábamos “Dios” a una invención humana fatalmente hija del miedo y de la ambición. Y que sólo somos libres cuando dejamos de apoyarnos en ese “Dios” refugio y tapadera.

Mi argumentación a favor de una fe sencilla, experiencial, comprometida con la vida, no dieron resultado alguno. Se multiplicaban las razones para acusar a las religiones de infantilismo cultural y social, y a las iglesias de explotadoras de esa religiosidad infantil. Yo mismo resultaba ante mis compañeros de grupo, en su mayoría no creyentes o con una fe más evolucionada que la mía, un bicho ingenuo, tal vez débil, seguro que víctima de mis propios miedos.

Y digo que fue terrible la noche, que es una suave manera de expresar las tinieblas que ocupaban mi alma, la angustia que parecía querer asfixiarme. Solo en mi dormitorio. Con todas aquellas cuestiones sobre Dios -¿contra Dios?-, pesando en mi abierto psiquismo. Si era verdad lo que decía el grupo, yo estaba muy engañado. Mi vida entera era una mentira, pues estaba basada en la fe en Dios, la vana ilusión de un Dios. ¿Y cómo podía ser yo el único no equivocado? ¿Y por qué siendo varios contra mí yo no me había dado por vencido? No puede ser. Dios no puede ser un invento del hombre. Cierto que arrojamos sobre Dios muchas falsas imágenes. Cierto que damos el nombre de Dios a intereses humanos individuales y colectivos. Pero Dios es otra cosa.

Y cuando había llegado a la conclusión de no negar ni afirmar nada sobre Dios, para seguir en una búsqueda sincera, a la intemperie, sin refugios ni seguridades... -serían ya altas horas de la amanecida: una noche sin pegar ojo-, me inundó desde dentro la claridad. Una paz imprevisible que nada tenía que ver con la angustia y oscuridad de momentos anteriores. Un “¡sí! a Dios que no tenía raíces intelectuales. Un ver mi vida en constante lance de salir de sí misma y recibirse de no saber de donde. Como si a mi oído se me dijera: tú has luchado por Dios; tú has defendido la imagen de Dios en el hombre; tú has puesto tu vida al servicio de un mudo de hermanos; tú has creído que Dios es el primero en creer en el hombre; y ahora, ¿vas a creer que Dios te va a abandonar en la noche de la fe? ¿Crees que eres tú más generoso que Dios? ¿No soy Yo quien te he lanzado a la arena de la defensa de la dignidad sagrada de la persona humana? ¿Y piensas que te voy a dejar solo? ¡No!; confía en mí, hijo mío, y nunca olvides que Yo te necesito.

\* \* \*

Mi Dios es inquietante. Mi Dios no se deja nunca poseer, y siempre me hace señas desde más lejos, para que no me detenga en ningún logro del camino. Mi Dios es el Dios de los insatisfechos, de los sedientos. Mi Dios es el Dios de las promesas que se van cumpliendo y siempre están por cumplir. Mi Dios es el que me cerciora ahora, a mis setenta y dos años, que vale la pena vivir y morir sin apegos ni miedos a lo uno o lo otro. Mi Dios es el total y absolutamente Otro, todo otro que se cruza en mi camino. Lo otro que siempre me aguarda.

¿Cómo no amar a este Dios -exista o no, sea o no evidente- si me hace existir a mí con todo mi bagaje de luces y sombras (sombras que nunca sofocan totalmente a las luces),

si me hace evidente la grandeza de la vida humana, capaz de asociarse e identificarse con la Vida Divina? Ya lo sabemos: con palabras se puede afirmar y negar todo, aún lo evidentemente demostrado. Tras la inmensa gracia de una larga vida creyente, no afirmo ni niego nada, nada, nada. Sólo sé que Dios me ama. Que este mundo que tanto amo, Dios lo ama más, infinitamente más que yo. ¿Qué más necesito saber?

## PATERNIDAD EN EL CELIBATO (PARA UNA HISTORIA ABRAHÁMICA)

*¿Es la religión metafísica la que se ha perdido, transformándose en una especie de religión de la conducta?*

(Pier Paolo Pasolini)

*La alternativa que se presenta es la siguiente: o bien corremos un velo sobre la historia de Abraham o bien aprendemos a espantarnos ante la inaudita paradoja que da sentido a su vida, con lo que estaremos en grado de comprender que nuestra época, lo mismo que cualquier otra, puede ser feliz si posee la fe.*

(Sören Kierkegaard)

Es imposible que ahora, a mis setenta y dos años, tenga yo un hijo, un hijo que no lo había tenido antes, en mi condición fiel de célibe. Pero lo que no es imposible es que yo ame en F S al hijo que no he tenido antes. No es imposible amarlo como si realmente fuera mi hijo, un hijo de siempre y para siempre. El deseo (tal vez mejor, nostalgia) que siempre me ha acompañado de un hijo, deseo hecho sagrado (*sacrum-facere*), en virtud del amor de castidad, de la caridad pastoral, ha ido cavando profundamente en mi psiquismo humano de varón esa conciencia de ser eficazmente padre de muchos a través del desarrollo de mi actividad pastoral, esa necesidad de amar a muchas personas como a la familia verdadera y a los hijos que el celibato ministerial me había *arrebata*do, si bien, con mi consentimiento más o menos lúcido. Tal ejercicio de amor desarrollado a lo largo de más de cuarenta años, preparó mi alma y mi corazón para recibir en F S a un hijo muy entrañable, venido providencialmente a consolar días de escasa luz.

No es el fruto de mis entrañas -bien lo reconozco-: de la semilla que siglos y generaciones ha ido madurando en mi carne en función del amor y de la transmisión de la vida. Pero sí lo es del sentimiento acumulado en mí y cultivado consciente y metódicamente de amor a la vida real, a la entera existencia humana; como admiración ante tantas bondades y bellezas que engrandecen el ser humano; como necesidad de prolongar en el mundo de los vivos algo de lo que para mí ha sido más vital, valioso, eterno. Cuando mi perfil físico desaparezca del horizonte humano, el hijo, los hijos, todo aquello que amé con entrega gratuita, dará cuenta silenciosa de un cariño, de una ternura, de una emoción existencial que, durante un tiempo portó mi nombre y apellidos por los caminos del mundo, como aportación a la aventura humana.

\* \* \*

El celibato nunca desarraigó en mí el deseo de ser padre. ¡Y cómo he amado a los hijos de otros, llegando a descubrir en dicho amor, que compartía con los padres biológicos lo mejor de la paternidad, liberado mi amor a la vez de todo afán posesivo, de todo lazo de

dependencia, sin que por eso disminuyera el sufrimiento por el otro que genera todo interés real!

Vino a ser, con el paso de los años, y no sin afrontar momentos de gran dificultad, el celibato, una escuela de amor permanente, una especie de purificación en la paternidad. Si primero lo consideré un martirio “*por el Reino de Dios*”, una forma de mutilación difícilmente comprensible, poco a poco se me evidenció espacio de gratuidad, que me conducía a amar a mis hijos sabiendo que no eran míos, ni para mí, sino de Dios y para la vida. Se me evidenció, el celibato, camino de libertad en el amor. Sólo así podría colaborar con los progenitores para la educación en la libertad de sus propios hijos, para una educación en su más alta dimensión de respeto y valoración a la originalidad personal y generacional de cada uno de sus hijos e hijas.

Gracias a este amor de castidad, a esta paternidad de las entrañas más telúricas y compartidas, comprendí aquello de “*a nadie llaméis padre sobre la tierra, pues todos vosotros sois hermanos*”. Jamás acepté sin más que me llamasen padre en mi ejercicio ministerial. La fraternidad, revelada como estatuto fundamental del Reino, me cercioraba que mi servicio a las personas debía llevarse a cabo sin plataformas de poder ni sedes de sabiduría. Ser hermano antes que padre, ser hermano aunque sea padre, llenaba de eficacia evangélica la torpeza de mi tarea, la fragilidad de mi amor a mis hijos.

Hoy, puedo afirmar, los hijos e hijas que el celibato me ha proporcionado, son para mí motivo de gozo y corona de gloria. Por ellos también mantengo la confianza en la vida. Ellas, ellos, saben cuanto les he amado, con cuanto admiración, con cuanto dulce cosuelo, con cuanto dolor compartido y esperanzas diseñadas en conjunto. Esforzado siempre en respetar sus caminos interiores, reconociendo que en sus íntimas debilidades radicaba su mayor fuerza, y todas sus fragilidades estaban cargadas de promesas.

A veces -confieso- he llegado en mi admiración ante sus llamativas cualidades de cualquier tipo -sin olvidar los encantos físicos-, a veces he llegado, a una especie de veneración adorativa. ¡Hay tantas cosas hermosas en tus criaturas, Señor! ¿Cómo serás entonces Tú, que las repartes sin medida, y todas las contiene en su fuente de manera infinita? ¡Cuán fácil me ha resultado enamorarme, quedarme enganchado por el corazón, aún sabiendo que mi corazón no podía ser esclavo en exclusiva de nadie, por ser ya esclavo de las llamadas de todos a la comunión y al servicio! Y así la belleza de una persona, la bondad de otra, el ingenio de aquel, la creatividad del otro..., alertaban mi mundo emocional y lo ponían en búsqueda, como trampolines -no trampas- que me enviaban a dimensiones más profundas de la existencia y del espíritu. Hoy doy muchas gracias por haberme enamorado tantas veces, ¡y tanto!, a lo largo de mi vida.

Es, pues, el momento de confesar, una vez más, mi admiración hacia los jóvenes y hacia la juventud en general. Mirándolos de cerca y de lejos, contemplándolos en lo que llevan por dentro y en lo que manifiestan por fuera (no siempre de acuerdo ambas dimensiones), ha brotado en mí, ya en la tercera edad (pero también antes), la conciencia clarividente de que la hermosura de la vida humana jamás se marchitará en tanto quede un joven sobre la tierra; desde ellos se abre un horizonte que para mí, no pocas veces, desemboca en la inmensidad de Dios, en la eterna juventud de Dios que Él no niega a los hombres. Con todo, ellos y ellas saben, tantos amigos jóvenes que tuve y tengo, que yo no hago un ídolo de la fuerza y de la belleza juveniles, consciente de su

dimensión temporal que les recuerda y nos recuerda que la juventud no es un fin en sí misma, y que la lozanía, agilidad, alegría y desenfado de la edad primaveral llevan consigo muchos nubarrones y tormentas antes de convertirse en fruto sabroso para muchos labios.

\* \* \*

Y en el haber sabido aceptar y respetar el misterio del otro, aprendí a ser padre. En su esencia era para mí hijo, porque lo que en mí lo acogía y reconocía, no era nada distinto del cariño atento y admirativo hacia su vida real y el interés más alto por su plena realización humana. Y es cierto que ahora venzo toda soledad y tristeza tan sólo con entrar dentro de mí mismo, donde la presencia del hijo, es fuente de consuelo y esperanza.

Tal vez sea este el secreto más hermoso de mi vida, y por el que ha valido la pena la renuncia, la lucha y la larga espera: llegar a tener sentimientos de padre, vivencias de la más amorosa y limpia paternidad, aunque no se haya engendrado un hijo de la propia carne. Porque los hijos son de quienes los aman. Y son más hijos de quienes más los aman. Y no es imposible amar como padre a una criatura que no porta tu ADN, si lo amas como un padre debe amar a su hijo: empujándolo a la responsabilidad de su singular existencia, acompañando en la distancia para mejor respetar lo que es exclusivamente suyo, y viendo en lontananza su realización como algo que es tuyo y no es para ti. Los hijos son para la vida. Lo imposible es ser padre -o pretender serlo-, sin haber renunciado de ante mano a toda forma de posesión sobre el hijo.

Supe, desde el primer momento, que F S no era “mío” en ningún sentido. Y en ello se me ofreció sentirme vinculado a su destino como al de un verdadero hijo, cuyo futuro me prolonga en el amor más allá de mis límites temporales.

\* \* \*

Todo comenzó en aquella mañana de domingo de primeros de abril de dos mil seis. Acababa yo de celebrar la Misa de niños, en sustitución del párroco ausente, cuando un muchacho, moreno pero no demasiado, más bien alto, de veintitantos años, cortés y respetuoso, me saludó presentándose como seminarista paraguayo, que había venido a España a trabajar para ayudar a urgentes necesidades de familia. De entrada me produjo admiración ese gesto de generosidad con los suyos, tomando el camino nada fácil de la emigración y el duro trabajo. Y conforme fui conociéndolo mejor, caí rendido ante su sencillez, cordialidad, facilidad de trato y, justo es reconocer, su apostura varonil.

Le invité a casa, donde desayunamos y comimos juntos en varias ocasiones. Se comprometió, en la medida en que sus responsabilidades laborales se lo permitían, a acompañarme en la celebración de misa de nueve, que era la que me correspondía los domingos y festivos. Ayudaba como lector, acólito y ministro extraordinario de la Eucaristía. Yo me descubrí pronto enriquecido con su alegría juvenil espontánea y no ruidosa. Conocí también el entorno de amigos y compatriotas suyos, con quienes llegué a compartir mesa y “mate”. Él, por mi parte, conoció igualmente a mi familia y amigos más frecuentes. En fin, se trabó una amistad verdadera, y con ella, dada la diferencia de edades, fue creciendo el afecto paterno-filial (¡siempre me llamaba “padre”!), hasta

engendrar en mí un sentimiento que me hacía exclamar: Si yo tuviera un hijo como tú, me volvería loco.

En ningún momento tuve la menor duda sobre la hermosura de aquella relación, no buscada, jamás pensada, producto de una circunstancia nada habitual (pues fue la única vez que celebraba la misa de niños), y que tenía el carácter de un regalo inesperado -el mejor que se me podía hacer en aquellos momentos- por parte del Padre Dios.

Fue muy reconfortante el seguir viéndonos una o dos veces por semana. Pronto me sentí lleno de gratitud, y comencé en mi oración a bendecir al Dueño de la vida por haberme permitido aquel encuentro y la amistad subsiguiente con F S. Su existencia cercana a la mía me parecía un espacio de admiración, consuelo y descanso que se había abierto ante mis pobres días de persona mayor, jubilado, con pocas posibilidades ya de nuevas ilusiones. También me llamaba él, con sano realismo y sin ánimo de ofender: *Mi padre viejo*. Y yo le respondía con humor y ternura: *A nadie envidio en este mundo sino a tus padres*. Y le encargaba que se lo dijera, a fin de que ellos se unieran conmigo -y yo con ellos- en la acción de gracias por este hijo de ellos y mío. Era para mí *el hijo de la promesa*, venido en mi vejez, como garantía de la fecundidad que Dios no niega a nadie.

\* \* \*

Pero bien pronto supe que, para ganar el hijo de la promesa, hay que sacrificar al hijo de la carne. Tras dos años y medio de gozosa y responsable amistad, F S decidió volver a su tierra, a fin de acabar sus estudios en el teologado y ordenarse presbítero al servicio de su diócesis paraguaya. De esto habíamos hablado mucho él y yo. Siempre le dije que yo prefería que se ordenase para ser cura entre sus gentes, mejor que hacerlo para trabajar en España como sacerdote, porque aquí el ministerio evangelizador es más técnico que carismático, más de mantenimiento que de misión; y, sobre todo, porque las iglesias de Europa necesitan una conversión urgente al papel de laicado. Por otro lado, él amaba mucho a sus gentes y a su país. Con frecuencia le escuché exclamar: *¡Paraguay es tan bonito!*

Sé que fue para él una difícil elección. Le faltaba poco para *tener papeles*, es decir, para disponer del permiso de residencia en España, cosa muy cotizada por tantos inmigrantes, y a la que F S renunciaba, por su convicción de regresar a su Seminario y prepararse para la no muy lejana ordenación. También tenía una situación laboral ventajosa, sin ser privilegiada, que le permitía enviar un dinerillo frecuente a su familia para cubrir necesidades y prever el futuro. No era de extrañar que le costase la partida. Había sabido hacerse de buenas amistades. Éramos muchos los que lo queríamos por aquí. Y él lo sabía muy bien. La despedida sería entre lágrimas. *Volveré, volveré; yo sé que volveré*: le oí decir, conmovido, más de una vez.

\* \* \*

Pero todo cuanto vivimos en esta vida tiene su “más allá”, al que no podemos renunciar para detenernos en el “más acá” del presente, de lo ya conocido y domesticado. Y sin su “más allá”, todo presente se empobrece hasta la deshumanización. ¿Cuál es el más allá de mi amistad con F S?



Mi “más allá” no podía ser otro que la persona misma de FS. Porque es mi hijo, el hijo de la promesa; porque en él se proyectan mis mejores y más nobles anhelos de humanidad, porque en su futuro, sea del modo que fuere, y aunque no se consagrara al ministerio de los presbíteros, su existencia será hermosa, sembrará vida, alentará esperanza, alumbrará fe para muchos. ¿Cómo estoy tan seguro de ello? ¿Cómo podría no estarlo, si lo más significativo que se me ha revelado a través de esta amistad-paternidad es que Dios lo ama infinitamente, infinitamente más que yo y que todos los que lo amamos juntos; y en el amor infinito de Dios hacia F S, bebemos todos los que lo amamos? Estoy seguro, sí, porque todo amor verdadero tiene un componente de fe en la persona amada.

Poder decir hoy todo esto, poder decirlo por escrito, poder decirlo para muchos, es como un cumplimiento, una cabal realización de mi vida, en el testimonio de la mejor realidad -junto con la fe en el Dios de Jesús- que he recibido en los últimos años. ¡Resulta para mí tan gratificante morir después de haber sido padre, en la persona de F S, prolongando en él muchas de mis mayores ilusiones, tanto en el orden de valores humanos, cuanto en las experiencias de fe y en el futuro de su vocación evangelizadora!

\* \* \*

No fue fácil la despedida para ninguno de los dos. ¿Volveríamos alguna vez a encontrarnos? ¿No habría sido mejor no conoceros nunca? ¡No! Estas cosas ocurren por algo y para algo. Yo sabía que, pese al dolor de despedida, él tenía ante sí un futuro hermoso, y que volvía a su tierra y a sus personas queridas, lo cual daba a su marcha una dimensión menos dolorosa que la que me quedaba a mí, un cura jubilado, con escasa familia y un futuro limitado por diversos achaques de salud y otras circunstancias de carácter particular.

¡Bien que hubiera querido que F S permaneciera en España, lo más cercano posible a mí, contando con su ayuda, con su simple presencia, para acompañarme en mi salida de este mundo! Pero esto hubiera sido demasiado. Debía encontrar suficiente el mantener vivo su recuerdo, el saber que él era fiel a sí mismo y a la tarea existencial que brotaba de su misma fidelidad. Debía ser suficiente para mí, como para todo padre auténtico, no egoísta, no acaparador de las virtudes del hijo, con confiar y esperar que el hijo muy amado alcanzase su más alta talla de hombre libre, hombre con conciencia de misión en la vida, hombre guiado en todos sus caminos por la fe en Dios Padre, por la conciencia luminosa de que hemos venido a este mundo para gozar mucho de todas las bondades creadas y ayudar a muchos a que las gocen también en acción de gracias.

¿Qué pude dar yo a F S? No lo sé. Lo nuestro no es llevar cuentas. Pero sí sé, con convencimiento invencible, que él me ha dado, en esos dos años y medio, y para el tiempo que me reste en este mundo, mucho más, infinitamente más de cuanto pueda haberle dado yo a él. Me dio su alegría juvenil, ayudándome a salir de estados depresivos que la simple medicación no vence; me dio, en las demoradas conversaciones sobre su futuro, intentado discernir la voluntad divina sobre su persona, la evidencia de que el Espíritu del Señor Jesús acompaña y no defrauda a quien busca sinceramente su lugar en la vida; me dio la conciencia de ser todavía útil para algo, útil sobre todo a alguien, cuando se trata, como en este caso se trataba, de compartir experiencias y puntos de vista madurados al calor del sufrimiento por amor con una

persona joven que todavía se mueve entre dudas y espejismos; y me dio, un horizonte de esperanza y de consuelo en su decisión a retomar los estudios teológicos con la intención de hacerse cura. Esa dimensión tan importante en mi vida del ministerio presbiteral, tenía en F S, mi muy querido hijo, un continuador, con una vocación al parecer probada.

¿Qué es lo más fuerte en mí: el sentimiento de la pérdida -¿cuándo nos volveremos a ver!-, o el sentimiento de gozo, sabiendo que F S, lleno de vitalidad y entusiasmo, busca lo que Dios quiere para él, dispuesto a entregar su vida en el seguimiento de Jesús? Hay que sacrificar al hijo de la carne, como Abraham, hay que aceptar confiadamente la pérdida del hijo, el muchacho salido de las propias entrañas, para recibir el hijo de la promesa, la descendencia en que serán bendecidos muchos hermanos.

Y aún cuando el hijo de la promesa no respondiera a las ilusiones y expectativas de su padre terrenal, el padre deberá saber que es hijo de Dios antes y más que suyo; que Dios sabe en su eternidad qué es lo que más conviene a este hijo; y que dicho hijo, haga lo que haga en su proceso temporal, siempre contará con el amor comprensivo del Padre y con su favor que sabe sacar bien de todo mal y enderezar lo torcido.

El gozo es más fuerte en mí que el sentimiento de la pérdida. El llanto es copioso, pero la misma fuente del llanto, el amor a F S como hijo de la promesa *engendrado* en mi vejez, confirmación de la fecundidad del amor de castidad, me cerciora de que nada madura ni se hace universal en este mundo sin pasar por el tamiz del sufrimiento y de la larga espera. Mi claro amor a F S me conduce a sufrir en paz su lejanía física, porque se que él existe y que hay Alguien que lo ama más y mejor que yo.

\* \* \*

¿Cómo silenciar la parte de renuncia y de sufrimiento moral (casi físico), que esta historia lleva consigo? ¿Cómo negar, sin voluntad de autoengaño, la posibilidad más probable de que ya nunca más vuelva a ver y a estrechar entre mis brazos a FS? ¿Cómo dejar de soñar en lo que hubiese sido la etapa final de mi vida teniéndolo a mi lado? ¿No es cierto que yo mismo le empujaba a marchar a su tierra y entre sus gentes, para rendir allí su mejor servicio en favor de los pobres? ¿Pero cómo olvidar, una vez regresado, los buenos y felices omentos en que compartimos la verdad de nuestras respectivas vidas, los valores máximos que acariciábamos como irrenunciables, y los objetivos que coronaban, sobre todo en su caso, sus búsquedas y esfuerzos? Resueltamente, su partida, habría una herida irrestañable en mi corazón.

Y precisamente, por quererlo como a un hijo, al que hubiera deseado darle todo cuanto uno es y tiene, y del que se esperan las mejores alegrías, me veía obligado, en virtud de la fidelidad a mí mismo (¿podía dejarme aniquilar por un dolor tan tremendo?) y de fidelidad también a su persona (joven, cargada de futuro y de promesas de bien compartido con muchos), me sentía obligado a orientar todas las energía de mi ser más vivo hacia una aceptación sin fisuras del hecho de la separación.

Y era entonces, cuando aceptaba la partida de FS como pérdida irreparable y a la vez como deber de fidelidad a ambos, que resonaba en mi interior la voz de la conciencia libre que me aseguraba: Nunca recuperarás a FS, porque tampoco lo has perdido. Hubiera sido hermoso, lleno de luz y de consuelo, que él hubiese permanecido cerca de

ti en estos años finales de tu peregrinar; pero reconoce que más hermoso es, inmensamente más hermoso, que él haya llegado a ser tu hijo, nacido, no de la carne, sino de la proyección temporal de la fe en el Padre de todos, y del amor de gratuidad que envuelve y dignifica toda relación entre personas. No has entregado voluntariamente a tu hijo; se te ha quitado por la fuerza incontrovertible del destino. Pero has aceptado esta fuerza como verdad de fe y de amor, como abandono en la voluntad del Padre, y ahora eres más padre que lo hubieras sido de otra manera. El gran consuelo que me resta, amén de los recuerdos tan vigorosos de su amable presencia, es haber experimentado, una vez más, que la paz del corazón es hija de la gozosa (aunque dura) aceptación de la realidad y de la renuncia a todo afán posesivo sobre la persona.

Él es mi hijo y, en cierto sentido, también yo lo soy de él. Nacemos a la adultez y madurez humana de toda experiencia que nos sitúa de manera abierta y agradecida ante la finitud de nuestro ser temporal. Nuestros límites nos dicen lo que somos y podemos; y, al situarnos en paz dentro de ellos, al no querer poder más de lo que en realidad podemos, descubrimos que podemos mucho más y tenemos mucho más de cuanto necesitamos para que nuestra existencia sea gozosa y fecunda. Esto he vuelto a saberlo con FS, en los dos años y medio de convivencia, y, más aún, en el hecho doloroso de su partida. Reconocerlo es restituirle algo de lo mucho que él me ha dado.

No se trata de una resignación infinita, sino de un infinito amor. Mi imposibilidad de ser padre en el acto de la procreación biológica, no me impide ser padre (e hijo) de FS en el acto de la comunión de vida y de fe, de afecto y destino, que el Padre común y universal alienta en cada uno de sus hijos conscientes de tal filiación. ¿No nos hace a todos ser “padre” el hecho de haber sido creados a imagen y semejanza del único Padre? ¿Y no nos encontramos abocados todos los “padres” a entregar de alguna manera a nuestro “hijo único”, a nuestro más amado, al estilo del Eterno, para la salvación del mundo?

Recibido, mediante el sacrificio, el hijo de la promesa, ya es mucho menos necesario el hijo de la carne. En el tiempo que me reste en esta vida, vivirán dentro de mí, unidos en una misma persona, el hijo de la carne y el de la promesa, en un amor irrenunciable, incorruptible, por su condición de don eterno. Un amor así es, además, estímulo para seguir viviendo, para seguir amando.

Archena, 3 - IX - 09

## EPÍLOGO EN ABRAZO

Mi experiencia de vida ha hecho del abrazo una metáfora recurrente, reconfortante.

Abrazar es vivir, sentirse vivo, compartir vida desde adentro, como calor y estímulo, como sensación de plenitud.

El que sabe abrazar busca tocar el corazón de la persona amada.

El que se deja abrazar entra en comunión con el misterio del otro.

Sin la vivencia del abrazo se nubla lo mejor de la experiencia de estar vivo.

Hoy pienso que ser humano es vivir en un abrazo continuo, dilatador del propio corazón a lo infinito.

Cuando oigo hablar del *universo en expansión*, no puedo menos que imaginar mi corazón creciendo, acrecentándose con cada abrazo.

El verdadero abrazo no se da nunca ni principalmente con los brazos, se da con las venas de todo el cuerpo reventando de felicidad.

Mis venas, como sarmientos, se enredan con las tuyas, y se destila el mosto embriagador de no poder ser ya el uno sin el otro.

Todo abrazo que no compromete todo el ser no hace crecer la vida del abrazante ni del abrazado.

El que no abraza al mundo entero en cada abrazo, no abraza en realidad a nadie, nada.

El motor que mueve al abrazo es la necesidad de vencer a la muerte.

La metáfora del abrazo es, tal vez, la más clara y viva imagen de Dios: ese Dios que no puede ser sin darse. Ese Dios que no cabe en imágenes fijas porque es Amor (Abrazo) en continuo don.

Porque he sabido del abrazo, mi fe en Dios es nada abstracta, mi fe en Dios es menos oscura. La oscuridad propia de la fe se torna, en las redes de un abrazo, guía en medio de la densa niebla.

Si *besar* -se ha dicho- *es Orar*, abrazar es entrar en Comunión de vida y destino con el Eterno Abrazante; y no poder ya ser uno mismo fuera de su Abrazo.

Dios es el Abrazo en que todos llegamos a ser uno, abrazándolo a Él, a nuestra vez, en todo cuanto es vivo.

Dios me llama a abrazarlo todo desde la hermosura destellante de la vida misma, donde Él no cesa de sanar, recrear, perfeccionar con su Abrazo (su Amor), el curso decadente o ascendente de todo lo creado.

En cada uno de mis abrazos (que son muchos) -al árbol, la montaña, el mar en que me baño, el cielo en que se pierde mi mirada, el dócil animal acariciado, el cuerpo incandescente del amado...-, Dios me sale al encuentro; Dios me enseña a abrazar castamente todas las cosas.

Abrazar un cuerpo es mucho más que abrazar la parte material o física de la persona: es abrazar su realidad humana, el ser total (débil y vulnerable) que se me ofrece como llamada al intercambio enriquecedor.

Quien sabe abrazar comunica algo de lo mejor que hay en sí, y recibe la descarga de humanidad contenida en el otro.

El verdadero abrazo no es selectivo, pero sí tiene sus preferencias en aquellas personas que sufren más en su discapacidad o aislamiento.

¡Dios es la fuente y la fuerza de todo abrazo con pasión!

¡Dios es el destinatario final de todo abrazo sincero!

Abrazar es comprender: ¿quién comprende como Dios?

Abrazar es contener: ¿no contiene Él en sí, como principio y fin, todas las cosas?

Abrazar es incluir: ¡Nadie ni nada queda fuera de su Amor!

Abrazar es tomar uno a su cargo, con responsabilidad afectiva, la empresa que se prefiere, la persona a quien se ama, los objetivos que resultan irrenunciables.

Así abraza Dios, comprendiendo, conteniendo, incluyendo en sus designios de bien universal el bien particular y concreto de cada criatura.

Abrazar mi muerte no será mi último abrazo en este mundo. Seguiré abrazando en todos los abrazos con alma. Seguiré abrazado por todos cuantos sepan abrazar.

Lo mucho que no llegué a saber en esta vida sobre el abrazo (el amor) lo sabré entonces, en el Abrazo Eterno con Dios.

Archena, 22 - IX - 09